

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR FUE

*ser solo
tu mejor amiga*

9

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

Prólogo

MI ERROR FUE SER SOLO TU MEJOR AMIGA PARTE I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Agradecimientos

Biografía

Bibliografía

Próximamente

Créditos

Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

PRÓLOGO

El pequeño Jack, de tres años, se alzaba para intentar ver a la hija recién nacida de Natty, su cocinera y la mujer que los cuidaba a él y a su hermano mayor, Aiden. Lo intentó sin éxito una vez más hasta que Javier, el marido de Natty, se dio cuenta y lo levantó para que se asomara por encima de la cunita.

Jack pudo ver finalmente al bebé sonrosado y pelón. A sus ojos, era demasiado pequeña. ¿Cómo podía una cosa tan pequeña ser una personita? Pero Jack no dijo nada, solo la miró. Estiró el brazo y cogió aquella mano en miniatura. La niña le respondió apretando sus deditos en torno a los suyos.

Aquel gesto sorprendió a Jack y despertó algo en él. Sin importarle quién estuviera presente, dijo unas palabras demasiado grandes para un niño tan pequeño:

—Eimy es mía. Es mi Eimy.

El comentario de Jack sorprendió a todos. Sobre todo, porque Javier y Natty no tenían claro cómo iban a llamarla. Unos días atrás, Jack les había preguntado qué nombre le iban a poner a la niña y, como no se decidían, él les dijo varios, entre ellos el de Eimy, y les explicó que le gustaba porque significaba amada.

Natty sonrió, miró con cariño a su marido y este asintió. Ambos sabían que el nombre de su hija estaba decidido.

Su pequeña se llamaría Eimy... Y los años demostraron que Jack no dijo en broma lo de que Eimy fuera suya, pues desde que nació no se separó nunca de su nueva compañera de juegos.

Natty sabía que en el fondo Jack necesitaba tener a alguien que fuera solo para él. Alguien que llenara el hueco que siempre dejaba su madre cada vez que se iba y los dejaba solos.

* * *

Jack esperaba a su madre. Se había puesto sus mejores ropas y Natty le había peinado su pelo negro y rebelde para que estuviera presentable.

Aquella vez su madre había prometido venir para quedarse. Jack, como cualquier niño de nueve años, quería a su madre a su lado, quería que su madre fuera como Natty y tenía la esperanza de que, si le demostraba que era un buen hijo, ella ya no se marcharía nunca más.

Llegó hasta la escalera. La pequeña Eimy corrió a su lado y juntos salieron hacia el jardín.

Ambos esperaron sentados en las escaleras de la entrada de la casa a que el abuelo regresara con su madre. Eimy lo miraba tras sus gafas y le sonreía con sus penetrantes ojos verdes; sabía mejor que nadie lo importante que era este día para él. Jack estaba muy nervioso, pero Eimy siempre sabía sacarle una sonrisa.

Unos minutos después vieron un coche que se acercaba. Los dos se levantaron y fueron juntos hacia él con cuidado. Cuando el abuelo aparcó y salió del vehículo, Jack miró hacia el interior.

—No va a venir... —dijo el abuelo.

Jack sintió el peso de la traición de su madre. Otra más. Pero aquella sería la última. Como le pasaba a su hermano Aiden, ya no necesitaba más desplantes para aceptar que su madre prefería a sus nuevos novios antes que a sus hijos.

Un profundo odio nació en su interior. La odió a ella. Y se odió a sí mismo por no ser lo bastante bueno para merecer el amor de su madre y por no haber conseguido retenerla a su lado en las contadas ocasiones en que la había visto.

Salió corriendo, huyó herido, dejando allí a Eimy y al abuelo. Quería estar solo, por lo destrozado que se sentía cuando su madre lo rechazaba y lo mucho que él deseaba que no fuera así. La odiaba, odiaba el amor que la atontaba, odiaba a todos...

«El amor es un asco», concluyó el pequeño.

Eimy no tardó en encontrarlo tirando piedras al lago. Se sentó cerca y esperó paciente, en silencio, sabiendo que su amigo necesitaba tiempo. Jack no tardó en sentarse a su lado. Juntos vieron como caía el atardecer sin decir nada. A veces sobran las palabras.

Eimy cogió su mano cuando percibió que estaba más tranquilo y la apretó infundiéndole ánimo. Puede que, a los ojos de todos, Eimy solo fuera una niña de seis años, pero entre ella y Jack existía una conexión especial que hacía que ambos se comprendieran sin necesidad de hablar y que ella supiera el momento exacto en el que intervenir sin que Jack tuviera que decirle que se callara.

—Yo siempre estaré a tu lado. Siempre seré tu mejor amiga.

Jack apretó la mano de Eimy con fuerza.

—La amistad es irrompible. Nuestra amistad lo será. —Eimy sonrió y asintió—. Irrompible —repitió Jack, mientras en su interior se hacía una promesa: no iba a permitir que nada ni nadie le separara de ella. Mientras Eimy estuviera a su lado, todo estaría bien. Ella hacía que la soledad que su madre siempre le dejaba en el pecho no fuera tan profunda. Ella hacía que la soledad no existiera.

Lástima que unos años más tarde Jack no pudiera evitar que Eimy se fuera de su lado...

**MI ERROR FUE SER SOLO
TU MEJOR AMIGA**

CAPÍTULO 1



EIMY

Observo la nueva casa de Jack y Aiden.

Acabo de aparcar delante de ella. Mi coche de segunda mano se ve raro entre tantos otros de alta gama, pero cuando mis padres me dieron dinero para que me lo comprara, no quise gastarme mucho. Lo malo es que no es tan seguro ni está tan bien equipado como ellos creen y tampoco les dije que el dinero que me sobró se lo di a mis tíos por todas las atenciones que habían tenido conmigo.

Cierro el coche y camino hacia la verja, pero, al alzar la mano para tocar el timbre, dudo. Hace cuatro años que me fui, que hui de lo que sentía por Jack, incapaz de hacer frente a ese sentimiento. Incapaz de tenerlo cerca y considerarlo solo como un amigo. Creí que la distancia y el no tener noticias de él me harían olvidarle y que un día podría volver y no ser más que su amiga; la amiga que solo lo quería, que sentía amor platónico por él. Pero cuando se hizo famoso, supe que olvidarle sería imposible. Su música me persigue allá donde vaya, sus canciones me recuerdan las que componíamos juntos, y su voz, las veces que cantábamos uniendo nuestras voces.

No, no lo he olvidado y una parte de mí sabe que nunca lo haré.

Me tocaba aceptar esto y regresar, sabiendo que su vida y la mía solo están unidas por la amistad.

Prometí a mis padres que volvería a estudiar en la universidad del pueblo. Sin embargo, esa promesa no es lo que me ha traído aquí, pues mis padres me liberaron de ella hace meses. No, lo que me ha hecho volver ha sido el darme cuenta de que, por mucho que huyamos de algo, la realidad no va a cambiar.

Debía regresar y afrontar el problema de cara.

Dejar de ser una cobarde.

Echo de menos a Jack. Ha sido una parte muy importante de mi vida desde que nací y estos cuatro años lejos de él han sido un infierno. Lo necesitaba. Lo necesitaba como amigo. Tal vez no sea tarde para recuperar nuestra amistad, aunque sé que para que entienda mi distanciamiento debo decirle la verdad y confesarle lo que siento por él. Al fin y al cabo, Jack puede leer con facilidad la verdad en mis ojos, o al menos antes podía. Si no supo ver que lo amaba, fue únicamente porque para él el amor no es un sentimiento a tener en cuenta. Desde niño ha odiado esa palabra. Le recordaba a su madre y todas las

veces que los llamaba para decirles que estaba enamorada de nuevo y que esta vez saldría bien, que era el hombre de su vida.

Cuando me fui creía que el día que regresara sería una persona diferente, más segura de mí misma, sin esta timidez que me asfixia y me hace recluirme del mundo. Creía que los años y la distancia me harían cambiar..., pero me equivoqué. Sigo siendo la misma de siempre. Así que, ¿de qué ha servido retrasar este momento?

Toco al timbre. No tardo en reconocer la voz de mi padre a través del intercomunicador.

—Soy yo, Eimy.

La puerta se abre y me adentro en esta finca desconocida para mí. El jardín está muy bien cuidado, al igual que los de las casas de alrededor. Aunque en este barrio las mansiones antiguas se mezclan con las modernas, lo hacen sin romper la armonía: todas muestran un aspecto similar. Camino por el sendero sin querer mirar el castillo del rey que se eleva a mi izquierda y se puede ver porque está más alto que las demás edificaciones. La opresión en el pecho que provocó la confesión de mi padre sobre su verdadera identidad sigue estando ahí y prefiero afrontar los problemas de uno en uno.

Antes de que llegue a las escaleras de la entrada, mis padres salen de la casa y me abrazan a medio camino.

—¿Qué haces aquí?! —me pregunta mi madre tras besarme sin salir de su asombro, pues no esperaban que viniera hoy.

Mi padre tira de mí hacia la casa sin dejarme responder y me lleva al interior. El corazón me martillea con fuerza ante la perspectiva de ver a Jack.

—Lo he adelantado... Quería daros una sorpresa.

Mi madre me abraza de nuevo emocionada.

—Qué alegría tenerte aquí —me dice mi padre—. Dame las llaves del coche para que saque el equipaje. Estoy deseando ver qué coche te has comprado.

Pongo mala cara y mis padres fruncen el ceño de inmediato; me conocen, saben que algo no va bien.

—¿Qué pasa? ¿No has venido en tu coche nuevo?

—Sí, bueno..., no es como esperáis, pero para mí es suficiente.

Mis padres me acompañan afuera y cruzamos juntos el jardín. A través de la verja observan desde lejos los coches aparcados y sé el momento exacto en que sus ojos se posan en el mío, porque los dos frenan en seco.

—Dime que no es tuyo ese cacharro —dice mi padre.

Me muerdo el labio.

—¿Cómo has podido comprarte un coche así? —me pregunta mi madre adivinando por mis gestos que es ese—. ¿Acaso no te dimos dinero suficiente?

—Mamá...

Mi padre y mi madre van hacia el coche y yo los sigo. Cuando lo tienen cerca, ponen peor cara.

—No me gusta...

—¿Qué has hecho con el resto del dinero? —me pregunta mi madre. Me muerdo el labio—. Eimy...

—Les compré a los tíos algunas cosas..., quería tener un detalle con ellos por haberme cuidado tan bien estos años.

—Mi hermana no hubiera aceptado el dinero...

—Ya, por eso se lo compré por mi cuenta y me quedé con los tiques para que no pudieran devolverlos. Necesitaban cambiar algunos muebles y varias cosas que se les habían roto, y no lo hacían porque siempre van agobiados..., se lo debía.

—¿Y qué pasa con lo que has ganado gracias a las ventas de tus canciones? —me suelta mi padre. Aparto la mirada; no me gusta hablar de ese tema—. Aunque no quieras hacerte cargo de ese dinero, es tuyo. Son derechos de autor. Si querías hacer eso por tus tíos, me parece perfecto, pero no con el dinero que te dimos para el coche. Me parece una irresponsabilidad habértelo gastado en este... este trasto y haber venido en él.

—Papá...

El me tiende la mano enfadado.

—Las llaves. —Se las doy—. Solo espero que no le hayas cogido cariño, porque pienso deshacerme de esta chatarra y comprarte un coche decente. No se puede confiar en tu criterio.

—Quiero valerme por mí misma...

—Mira, Eimy —me dice mi madre—, hemos pasado que no quieras estudiar en la universidad que dispuso el abuelo para ti..., pero no dejaremos que corras peligro conduciendo esa cosa.

Agacho la cabeza. Mi retorno no ha sido como esperaba... O tal vez sí, pues sabía que el coche no les gustaría y creo que en el fondo lo compré para demostrarles —y demostrarme— que seguía siendo yo, por mucho que acabara de descubrir que mi padre debía haber sido rey, y no su hermano.

Tomo aire y me recuerdo: «Los problemas, de uno en uno».

Mi madre me acompaña a la casa. Nada más entrar me fijo, esta vez sí, en lo preciosa que es. Muchos muebles son los mismos que había en la otra vivienda. Cuando las cosas fueron mal el abuelo tuvo que vender algunos, pero entre todos conseguimos salir adelante. Mis padres trabajaron lejos de la casa para poder ayudar, cosa que yo no sabía; me lo contó mi padre cuando me dijo que era de la familia real y que el abuelo era uno de sus mejores amigos. Eso me hizo entender muchas cosas; sobre todo, por qué mi padre, si era un simple jardinero, tenía esa familiaridad con el abuelo. Siempre noté que entre los

dos existía una amistad más profunda, más de lo que correspondía simplemente por tener un estatus similar.

Mi madre me enseña las habitaciones de la planta baja, entre ellas el despacho de Aiden, donde hay una preciosa foto de él con su novia, Katt. Mis padres me han contado su historia y me alegro mucho por Aiden. Siempre hizo lo que creía que el abuelo esperaba de él y ya era hora de que empezara a vivir por sí mismo. Lo he echado mucho de menos y sé por mis padres que él también tenía ganas de que volviera. Es normal, nos hemos criado juntos los tres.

Mi padre se une a nosotras tras traer mi equipaje y seguimos con la visita. Me dicen que arriba están los cuartos de invitados, otro salón y las habitaciones de Aiden, Jack y Katt.

—Aunque Katt duerme siempre en la de Aiden, y más desde que la decoraron a gusto de los dos —me aclara mi madre sonriendo.

Me llevan hacia la cocina y, de camino, me señalan una puerta cerrada.

—En la planta baja está el estudio de Jack, donde compone y toca. Por suerte, lo ha insonorizado —bromea mi padre.

—¿Y dónde está? —pregunto al fin.

—Había quedado; vendrá por la tarde.

Asiento y trato de respirar, pues preguntar por él me ha alterado. Ahora, estando por fin de vuelta, no encuentro una razón de peso para haber permanecido fuera tanto tiempo y me siento muy tonta por haberme ido de esa forma solo por quererlo, pero no podía más. Estar a su lado y verlo con Natalia, su novia por aquel entonces, me dolía mucho, y más cuando la creyó a ella en vez de a mí. Hace años que le perdoné, pero no encontraba el valor para regresar. Me daba miedo hacerlo y comprobar que mi amistad con Jack se había estropeado.

Sé que él pregunta mucho por mí y que ha querido saber dónde estaba para verme. Pero hasta que no lo vea no sabré dónde quedó nuestra amistad y si tendré que asumir que al irme así perdí a mi mejor amigo. Me da miedo que así sea, pues una vez lo descubra, la realidad empañará el bello recuerdo de nuestra infancia, cuando éramos inseparables... O, bueno, lo éramos hasta que Jack llegó al instituto y este le cambió. Tal vez, de haberme quedado, la vida nos habría separado de igual forma. Tal vez nuestra amistad estaba destinada a romperse al llegar a la edad adulta.

Mis padres me sirven algo para picar y, mientras lo hago, me preguntan por mis tíos. Luego vamos hacia nuestra casa. El abuelo habilitó parte de la finca para que mis padres tuvieran su espacio independiente, aunque siempre hacen vida en la casa principal. Al pensar en el abuelo me entristezco. No supe de su muerte hasta tiempo después, pues le hizo prometer a mi padre que no me lo diría: no quería que viniera por él y no porque era mi deseo. Me hubiera gustado estar con él cuando enfermó. Era muy cabezón, pero muy bueno.

La casa de mis padres es bastante más pequeña que la mansión, pero muy acogedora. Lo primero que hacen es enseñarme mi cuarto.

Los muebles son diferentes. La cama, mucho más grande, y tiene un tocador a un lado y una tele de plasma en la pared. Me fijo enseguida en el vestidor y en el aseo que hay dentro del cuarto. Es mucho más grande que mi antigua habitación, pero carente de la vida que tenía aquella. No tardo en fijarme en varias cajas marcadas.

—No sabíamos cómo ordenar tus cosas y si querías seguir teniendo puestos los mismos adornos que cuando te fuiste —me dice mi madre—. Todo está en las cajas, tú decides qué toque darle a tu nuevo cuarto. Espero que te guste.

—Me gusta mucho. Es muy bonito.

Mi madre asiente. Se despiden de mí y me dicen a qué hora será la comida. Miro las maletas que he traído con mi ropa de estos años y las cajas donde están guardados tantos recuerdos. Me siento incapaz de abrirlas y enfrentarme a todo lo que dejé atrás cuando me fui, así que me tiro en la cama dejando que los cojines me abracen y me quedo absorta contemplando el techo.

* * *

No sé qué hora es cuando alguien toca a la puerta. Me pongo alerta y me siento en la cama con el corazón a punto de estallarme ante la posibilidad de que sea Jack. Sé que mis padres dijeron que no vendría a comer, pero bien puede haber cambiado de idea.

—Adelante.

Me levanto y, aunque no es Jack, sonrío a la persona que acaba de entrar y viene hacia mí: Aiden.

Me fijo en que está mucho más guapo de como lo recordaba. Su pelo rubio parece algo más claro y sus preciosos ojos marrones brillan con una felicidad que nunca había visto reflejada en ellos, y sé que es por estar con Katt.

—Bienvenida, pequeña. —Aiden me abraza. Esto me sorprende y me hace ser aún más consciente del cambio que ha dado. No es que antes no me abrazara alguna vez, pero casi siempre lo hacía de forma casual, no como Jack, que nunca pedía permiso para cogerme la mano o abrazarme. Me refugio en sus brazos, aceptando su cariño. Aiden siempre ha sido como un hermano mayor para mí y he sido una tonta por haberlo alejado de mi vida.

—Me alegra estar aquí. Tenía ganas de verte.

Aiden se separa y se sienta en mi silla de escritorio, mientras yo lo hago en un sofá que hay cerca. Lleva un traje de chaqueta, así que deduzco que acaba de llegar de trabajar, pero le da un aire juvenil, un atractivo que solo Aiden puede conseguir.

—Espero que no tengas pensado salir huyendo de nuevo.

—No, ya no cometeré ese error otra vez.

—Sé por tus padres que todo te ha ido bien y también sé, o creo saber, por qué te fuiste.

Me sonrojo y aparto la mirada.

—En ese momento era lo que sentía que debía hacer. Luego me di cuenta de que huir no era la solución, pero ya había pasado el tiempo y se me hacía muy difícil. No sabía qué me iba a encontrar cuando volviera.

—Tenías miedo de que todo hubiera cambiado entre vosotros.

Asiento. Aiden no es tonto, es evidente que él sabe por qué me fui.

—Todo será como antes. —Por la forma en que lo dice, siento que teme que siga enamorada de Jack y no pueda con esto.

¿Por qué el amor tiene que complicarlo todo? Yo no he pedido sentir esto por alguien con el que sé que solo puedo tener una amistad. Solo espero que al ver a Jack descubra que ya no lo amo de la misma forma en que lo hacía cuando me fui. Todo sería más fácil.

—Tengo que presentarte a alguien. De hecho, no sé como no ha entrado hace rato. — Aiden mira hacia la puerta con los ojos brillantes.

Me vuelvo y veo a una joven más o menos de mi edad, de pelo castaño e intensos ojos verdes. Le saca la lengua a Aiden y trata de hacerse la ofendida por su comentario sin éxito, pues al mirarlo le devuelve la sonrisa. No tengo duda de que es Katt, la nieta del abuelo. Tiene algo que me recuerda a él.

—Katt, te presento a Eimy.

—Sé quién es y puedo presentarme solita.

Katt se vuelve hacia mí, sonriente, y me da dos besos. Yo se los devuelvo y le sonrío, pero me quedo callada, sin saber qué decir. Siempre me pasa cuando conozco a alguien: me bloqueo hasta anularme, y lo odio. Menos mal que Aiden me conoce y no tarda en ponerse a hablar.

—¿Estabas muy lejos? Todo este tiempo hemos intentado sonsacarles a tus padres dónde estabas, pero no ha habido manera.

—En casa de la hermana de mi madre, a una hora y media de aquí.

—Pero si ese fue el primer sitio en el que Jack te buscó. ¿Cómo se las apañaron tus tíos para convencerlo de que no vivías con ellos?

A los pocos días de irme a casa de mis tíos, Jack se presentó allí, convencido de que era el único sitio a donde mis padres me habrían dejado ir.

—Sí, mis tíos me lo dijeron. Yo no estaba en casa en ese momento y, como dormía en la buhardilla que antes usaban de trastero, Jack no vio nada raro en la casa que indicara que vivía allí. Mi tía sabía que si le dejaba revisar la casa y veía que en las habitaciones de invitados no había nada mío, se iría sin más. Y así fue.

—Te siguió buscando, pero tu madre tiene poca familia y no te encontró.

—Lo sé.

—¿Y qué pasará ahora cuando os veáis? —pregunta Katt—. La verdad es que siento curiosidad. Lástima que Jack esté con la tonta de Luz hablando de su nuevo disco.

—Katt, no insultes a Luz.

—La insultaré tanto como quiera. Esa no me engaña, es una zorra con piel de cordero...

—Katt... —la recrimina Aiden, pero ella lo mira dejando claro que dirá lo que le dé la gana.

No puedo estar más de acuerdo con ella. Hace unos meses se filtró la noticia de que Jack podía tener algo con la hija de su representante. Les han pillado en más de una foto en actitud cariñosa o besándose. La primera foto que vi de ellos se me clavó como una daga en el pecho y el dolor que sentí no hacía sino confirmar que aún seguía sintiendo algo por Jack. Desde entonces evito mirar lo que se dice de él y, como a Katt, a mí Luz no me cae bien: tiene algo que me recuerda a Natalia. A lo largo de los años Jack ha sido fotografiado con varias chicas; nada importante, líos de una noche... Pero con Luz parece ir en serio. Es la segunda persona por la que Jack se interesa y eso me duele, aunque sé que no debería.

—¿A ti qué te parece? —me pregunta Katt.

—Yo... —Miro a Aiden y luego a Katt—. Eh... —Cierro los ojos y digo muy flojo—: No creo que sea lo mejor para Jack, pero no la conozco.

—Mejor que no lo hagas —dice Katt acercándose a mí, como si estuviéramos hablando en confidencia—. Es una imbécil.

—Y tú deberías moderar tu lenguaje, pero a estas alturas lo veo imposible.

—En el fondo le encanta mi forma de hablar —me susurra en alto, como para que él no lo oiga.

—Muy en el fondo. —Katt le tira un cojín a Aiden, que este coge al vuelo, pero con el segundo tiene más puntería, pues le da en la cabeza—. Ya vale, eres una cría.

—Habló el viejo —Katt le lanza otro cojín, pero Aiden, más rápido, la coge de la mano y la sienta en su regazo para hacerle cosquillas—. ¡Vale, vale! Tú ganas.

Sonrío. Me gusta verlos así, ver a Aiden feliz, y Katt me cae bien. Tiene algo que hace que estar a su lado sea sencillo. Tal vez sea porque me ha tratado con naturalidad, esperando a que hablara, sin echarme en cara ni hacer mención de mi timidez.

—Chicos, a comer —nos dice mi padre entrando en mi cuarto—. ¿Aún no has colocado nada?

—No.

—¿No pensarás salir huyendo otra vez?

—No.

—Bien, luego te ayudaremos a ordenarlo todo.

Asiento y los sigo hacia la cocina. No sabía que mi padre temiera que pudiera salir huyendo. Tal vez lo que teme no es que me vaya del pueblo, sino que acepte la propuesta que me hizo mi primo Liam de saber más cosas de nuestro linaje y ser presentada en sociedad. Pienso en ella y me agobio; ahora mismo no me apetece ahondar en ese tema.

Disfruto en silencio de la comida de mi madre. Cómo la he echado de menos, está deliciosa. Mis padres hablan con Aiden y Katt sobre el trabajo. Katt dice que tiene que leer muchos informes de casos pasados y tratar de aprender lo máximo posible de ellos. No tarda en explicarme que quiere ser abogada —«No una cualquiera, sino la mejor», afirma con vehemencia, haciéndonos sonreír a todos— para ayudar a los más necesitados. Esto hace que la simpatía que siento por ella aumente y también sus gestos al hablar; me recuerda muchísimo al abuelo.

—Yo estoy hasta arriba de trabajo, y más desde que mi padre ha decidido ampliar su empresa y quitarnos clientes —nos comenta Aiden bastante serio.

—Vaya, lo siento —le digo afectada.

Mis padres me han tenido al tanto de todo. Cuando su padre volvió a encontrarse con ellos, los repudió y dejó claro delante de todo el mundo que para él no eran sus hijos..., aunque teniendo en cuenta que tampoco se habla con Albert, su hijo legítimo, no me extraña. Al único que parece tener aprecio es a su hijo mayor, nacido también fuera del matrimonio. He visto fotos del padre de Jack y Aiden y no me gusta. No parece trigo limpio.

—Tranquila, lo solucionaremos —me dice Aiden.

Asiento y espero que de verdad sea así, pues me ha parecido ver pasar por los ojos de Aiden un halo de preocupación.

—¿Y qué has hecho en estos cuatro años? —me pregunta cambiando de tema—. Tus padres solo nos contaban que estabas bien.

Miro a Aiden, sintiéndome mal una vez más por haberlo alejado de mí todo este tiempo.

—He estado estudiando; me costó mucho sacarme el bachillerato. —Me percaté de que la timidez inicial que suelo sentir cuando conozco a alguien y que me supone un verdadero problema a la hora de hacer amigos ya ha desaparecido con Katt. Es como si fuera una vieja conocida... y no es normal que esto me suceda.

—Repitió un curso —añade mi padre—. Pero, por suerte, ha acabado con buenas notas y puede elegir la carrera que quiera.

Agacho la mirada, pues aún no he tomado una decisión sobre eso.

—¿Y vas a venir a mi universidad?

—No, Eimy no quiere —añade mi madre, sin ocultar lo molesta que está por mi decisión.

—Ya os dije que no quería gastarme un dineral en mi educación y menos cuando ni siquiera sé lo que quiero estudiar.

—Entonces ¿qué carrera has elegido? —me pregunta Aiden—. Porque empiezas ahora, en unos días, ¿no?

—Sí. De momento he cogido una básica, para luego poder convalidar las asignaturas cuando me decida por una.

—Siempre pensé que te decantarías por la carrera de Jack y estudiarías solfeo y música.

—¿Y de qué serviría? —le digo a Aiden—. No puedo ser profesora de música por mi ansiedad de hablar en público, y mucho menos cantante por mi miedo escénico. Sería una pérdida de tiempo. Una gran pérdida de tiempo —reitero con más énfasis.

Aiden me mira con una ceja levantada, dejando claro que él no lo considera así.

—Mi hermana dice que no ha tocado un instrumento en estos cuatro años y que nunca la ha escuchado cantar.

Miro mi plato, muerta de vergüenza. Mi madre no se corta al hablar de mis cosas con Aiden y Katt, cosa que no me extraña, pues quiere a Aiden y a Jack como si fueran sus hijos.

—A mí tampoco me gusta nada hablar en público, pero nadie sabe que lo paso tan mal porque, cuando he tenido que exponer un caso en clase, lo he hecho con la cabeza bien alta. Y si alguien se mete conmigo...

—... Pobrecito de él —añade Aiden. Katt le tira una miguita de pan.

—Dejadlo ya —dice mi madre sonriente.

Termino la comida como puedo, pues siento una gran desazón en el pecho. Cada minuto que paso en esta casa me siento más tonta por haber huido del pueblo. Y aunque todo esté igual con Aiden y sea como si el tiempo no hubiera pasado, con Jack no tiene por qué ser así. ¿Qué ocurrirá cuando vea que todo sigue como antes menos mi amistad con Jack?

Ayudo a mi madre a recoger la mesa junto con Katt, que parece hacer esto de forma habitual, pese a ser la señora de la casa y al título que ostenta.

—Ven, te enseñaré los alrededores —dice Katt tirando de mi mano y llevándome hacia la puerta de jardín.

No puedo negarme, pues cuando quiero darme cuenta ya estamos fuera. Katt es puro nervio.

Me muestra la fuente y los jardines cuidados por mi padre. Son realmente preciosos. Siempre le encantó la jardinería y, viendo su maravilloso trabajo con las plantas, me cuesta imaginármelo de niño, siendo educado para ser el heredero al trono, y no plantando flores. Miro de reojo hacia donde está el castillo. Aún me cuesta asimilar esa historia.

—¿Por qué no estudias en mi universidad? Hubiéramos ido juntas.

—Quiero hacer esto por mí misma —le reconozco.

—Te entiendo, pero el abuelo dejó pagada tu educación y..., bueno, sé por Aiden que Jack te abrió una cuenta donde ir ingresando el dinero de tus derechos de autor.

—No quiero hablar de ese dinero. No me pertenece...

—Sí te pertenece. Jack empezó a ser conocido mundialmente cuando cantó vuestra canción.

—Él componía más que yo. Yo solo le di algunas ideas..., no soy tan buena como él.

—Eso no lo sé, porque no te he visto en acción. Un día espero escucharte cantar...

—No, eso nunca será posible —le corto tensa, y a mi mente acuden imágenes que siempre me persiguen y trato de olvidar; las risas a mi alrededor y la vergüenza que sentí. No, nunca más dejaré que nadie me escuche cantar.

—Como quieras. Pero la vida es muy larga y nunca se sabe.

Katt me sonrío con calidez. Tira de mi mano de vuelta a casa de mis padres.

—Venga, te ayudo con las maletas. Hoy no tengo nada que hacer.

La sigo. Katt irradia una fuerza y una determinación que son difíciles de ignorar y tampoco me apetece discutir con ella, así que me dejo llevar, sin más.

* * *

Abro una de las cajas que contienen mis antiguas cosas. Katt me mira curiosa. En cuanto echo un vistazo al interior, sé que no ha sido buena idea. Mis ojos se posan en una foto mía con Jack riéndonos, felices, cómplices... Mi padre nos la hizo tras nuestra actuación, cuando cantamos para Aiden, el abuelo y mis padres. Delante de ellos nunca he sentido miedo de cantar, pero solo con ellos. Yo tenía diez años y Jack, trece; la canción la mejoramos con el tiempo, pero ese día nos quedó genial.

—Se nota que éramos muy amigos.

—Sí, lo erais.

Cierro la caja. Recordar un tiempo pasado es muy doloroso, sobre todo cuando no sabes si solo es un recuerdo de lo que tenías y has perdido.

—Lo haré luego.

—Como quieras. He quedado para ir a tomar algo con unas amigas... ¿Te apuntas?

—No, prefiero que no... No.

Me agobio. Katt pone su mano sobre mi brazo.

—Otro día entonces —me dice comprensiva, entendiendo mi desazón por estar con personas que no conozco. Asiento odiándome por ser así.

Ceno con mis padres en nuestra parte de la casa, ya que Aiden y Katt han salido y Jack aún no ha vuelto. Y esto me inquieta. Quiero terminar de una vez con la incertidumbre de qué sucederá cuando le vea y cómo serán ahora las cosas entre los dos. Sé que no tiene sentido que me entren en este momento las prisas cuando he esperado tanto para volver, pero ya que me he decidido, quiero pasar este trago cuanto antes.

—Me voy a revisar que todo esté bien cerrado —comenta mi padre tras recoger sus cosas, y va hacia la puerta que separa nuestra casa del resto de la mansión.

—Papá —le digo siguiéndole. Él se detiene—, si por casualidad ves a Jack..., dile que quiero hablar con él.

Tiemblo. Mi corazón está a punto de estallar ante la perspectiva de reencontrarnos, pero debo ser valiente, al menos por esta vez.

Mi padre asiente y se marcha. Ayudo a mi madre a recoger antes de irme a mi cuarto. Una vez en él, dudo si ponerme el pijama o esperar vestida a Jack. Al final decido quedarme con la ropa de estar por casa: un pantalón de chándal y una camiseta vieja que ya no uso para salir a la calle, pues aunque me encanta el dibujo que tiene de una niña sacando la lengua, mi tía la manchó de lejía en una manga sin querer.

Me miro en el espejo mientras espero. Dudo si soltarme las trenzas y quitarme las gafas. Se supone que ya no las necesito porque me operaron de la vista, pero me sentía desnuda sin ellas, como si me faltara algo, y además la gente me miraba y no sabía si era porque no les gustaba mi cara sin gafas o por qué —al menos cuando las llevo puestas sé que lo hacen por ser una «gafotas» y ni se fijan de verdad en mí—. Así que opté por comprarme unas sin graduación, cosa que no gustó a mis tíos ni a mis padres cuando se enteraron.

Tocan a la puerta. Me pongo recta por los nervios y miro hacia ella. ¿Será Jack? Sin embargo, es mi padre quien abre la puerta.

—Jack ha llegado —me dice—. Le he dado tu mensaje, pero no sé si vendrá esta noche a hablar contigo. Tal vez mañana.

Trato de tranquilizar mi pulso y mi respiración.

—¿Por qué crees que no vendrá esta noche?

—Porque cuando se lo dije, simplemente asintió y se encerró en su estudio. Y cuando se mete allí, no lo hace con la idea de salir pronto. Pero quién sabe, lo mismo viene ahora.

Asiento. Mi padre me desea las buenas noches y se marcha. Una parte de mí sabe que no veré a Jack esta noche y que, si yo no doy el paso, él no hará más que buscar excusas para retrasar nuestro encuentro. Y todo por mi culpa. Si me hubiera visto cuando vino a buscarme a casa de mi tía, seguramente yo habría vuelto antes, pero con cada día que he dejado pasar sin que nos veamos, la pared de ladrillos que he levantado entre nosotros se alzaba un poco más.

¿Estoy preparada para destruir esa pared?

Dudo, camino arriba y abajo por el cuarto. Me sudan las palmas de las manos y el corazón no deja de latirme con fuerza. Al final, tras mirar las cajas de nuestro pasado en común, opto por la decisión más valiente que he tomado en mi vida y que me hace temblar de los pies a la cabeza:

Ir a hablar con Jack. Yo me alejé, yo debo acortar las distancias entre los dos.

* * *

Pongo la mano en el pomo de la puerta que da al sótano. Lo giro y, sin pensarlo mucho, abro. Bajo las escaleras, bien iluminadas, que llevan hasta una puerta que evita que salga el sonido del estudio. La abro y me asomo. No veo a Jack, pero sí puedo escuchar ahora los suaves acordes de un piano. Esto me transporta a mi infancia. Me pasaba horas a su lado viéndolo tocar; muchas veces me quedaba dormida en el sofá que tenía en el estudio. Su música me ha acompañado toda la vida, pues Jack dejó claro desde bien pequeño que había nacido para esto. Que la música formaba parte de él.

Veo un estudio de grabación a mi derecha y otra sala, cuya puerta acristalada permite ver lo que hay al otro lado. Me acerco a ella y ahí está Jack, tocando el piano. El corazón me pega un salto en el pecho. He ido a sus conciertos, pero siempre lo he visto de lejos, o por la tele. No es lo mismo que tenerlo tan cerca de nuevo.

Los años solo han conseguido realzar su belleza. Sus rasgos se han perfilado y son más varoniles. Su espalda es más ancha de lo que recordaba debido a la musculatura que luce; no es muy marcada, pero sí tiene un cuerpo de escándalo que hace que más de una pierda la cabeza por él. Y, sí, yo entre ellas. Nunca he deseado a nadie como a él..., aunque lo mío va más allá del deseo físico.

El pelo negro le cae sobre la frente y no puedo verle bien la cara, pero no importa: sus ojos azules los tengo grabados a fuego en mi memoria. Está concentrado. Seguramente esté tocando para evadirse de algo; tal vez para no lidiar con el tema de mi retorno. ¿Y si no quiere saber nada de mí? Dudo si entrar o no, pero necesito saber qué queda de lo que fuimos. No puedo echarme atrás ahora. Con Jack nunca fui cobarde, salvo aquella vez que me vino a buscar a donde sospechaba que estaba y me escondí; con él nunca me ha podido la vergüenza ni he tenido necesidad de esconderme. Y él tampoco. Ambos conocíamos cosas del otro que los demás ignoraban... O así era hasta que Jack empezó el instituto y comenzó a salir con Natalia. Nuestra separación no se debe solo a mi marcha. Empezamos a distanciarnos mucho antes, al crecer, casi sin darnos cuenta..., y no me gustaba saber que cada día que pasaba lo perdía un poco más. Puede que esa fuera también una de las razones por las que me fui: para no ver cómo se destruía lo nuestro y que no podía hacer nada por evitarlo.

¿Y qué hago aquí entonces? ¿Y si nuestra amistad estaba abocada al fracaso desde hace tiempo? Las mismas dudas que me han atormentado estos años me vuelven a asaltar ahora y me hacen vacilar, pero finalmente decido armarme de valor y dar el último paso.

Cuanto Jack escucha la puerta, deja de tocar. No levanta la vista del piano, como si supiera que soy yo la que he entrado. Esto me hace sentir estúpida. Por suerte, no tarda mucho en darse la vuelta y por fin, tras cuatro años, sus ojos azules vuelven a entrelazarse con los míos.

El corazón está a punto de salirse del pecho.

Ya no hay marcha atrás.

—Hola, Jack... He vuelto.

CAPÍTULO 2



JACK

Me quedo mirando a Eimy, con emociones encontradas. Por un lado, me muero por abrazarla y asimilar que de verdad ha vuelto, y por otro, me siento traicionado por que se fuera y no quisiera saber nada de mí en todo este tiempo. Su huida se convirtió al final en un abandono como los de mi madre. De esta ya me lo espero, pero de Eimy, no. Eimy era mi mejor amiga, mi compañera, mi confidente, mi otra mitad. La persona que me complementaba. Y de la noche a la mañana se fue, olvidando sus promesas de que siempre estaríamos juntos. Al principio la busqué para pedirle perdón; después me di cuenta de que no le había hecho nada tan malo como para que ni siquiera se dignara a verme de nuevo. He estado cuatro años echándola de menos y cuatro años reprochándole que se fuera y me dejara solo.

Este tiempo ha hecho que su rostro adquiera más belleza y madurez. Siempre fue muy bonita, pero sus ojos me parecen ahora más verdes y sus labios, más rojos y carnosos. Su cuerpo es el de una mujer hecha y derecha, con sus curvas bien formadas bajo su ropa de estar por casa. Una ropa y un peinado que sí me recuerdan a la Eimy que era, pero no sé qué quedará de ella, pues la que conocía nunca me hubiera abandonado.

No digo nada. No puedo decirle «lo siento» por una riña que ahora carece de sentido, no lo veo necesario. Las personas que se quieren se pelean, pero juntas afrontan las discusiones y se dan tiempo para rectificar. Eimy no me lo dio.

La observo serio. Eimy duda, se muerde el labio, finalmente se acerca un poco.

—Te comprendo. Estás resentido porque me fui sin más y no te di la oportunidad de explicarte y de solucionar aquella tonta discusión. Y sé que te defraudé cuando no volví.

La miro en silencio. No necesito añadir nada, pues Eimy me sigue entendiendo mejor que nadie y eso es algo que siempre me ha gustado de nuestra amistad. El saber lo que piensa el otro sin necesidad de palabras, que en muchas ocasiones no alcanzan para expresar los sentimientos.

—Sé que, si no te digo la verdad, nunca volveremos a ser los amigos de antes.

La miro sorprendido, a la espera de saber de qué verdad puede tratarse. He pensado alguna vez si había algún motivo, pero me enfadaba que no me lo dijera.

—Cuando entraste en el instituto nos distanciamos un poco. Empezaste a salir de fiesta con los amigos y ya no estabas tanto en casa.

Asiento, pues tiene razón. No lo hacía a propósito. Siempre intentaba buscar un rato para estar con ella, pero es cierto que entre los amigos, Natalia y el baloncesto, nada era lo mismo. Hasta ahora no me había percatado de eso.

—Yo sentía que tú habías crecido mucho más rápido que yo. Que de pronto los tres años que nos llevamos de diferencia se habían convertido en un abismo entre los dos. Me sentía una niña a tu lado. Quizás porque te echaba de menos aun estando cerca, y me dolía ver que cada día estábamos más distanciados... Y para colmo, tuvimos aquella discusión. Habíamos discutido muchas veces antes, pero nunca como aquel día. El hecho de que defendieras a Natalia me hizo darme cuenta de que llegaría un momento en que yo no sería más que un estorbo en tu vida y que cada uno seguiría su camino. —Abro la boca para hablar, pero ella levanta la mano para detenerme—. Por mucho que tú digas que no, yo sabía que tarde o temprano descubrirías cómo era ella realmente y verías que yo tenía razón, pero eso daba igual; otro día sería por otra... y eso me dolía. Me dolía por lo que sentía por ti, Jack.

Me pongo alerta.

—Por aquel entonces, la amistad se transformó en un enamoramiento que solo me hacía daño —lo dice rápido y sé que reconocerlo le ha costado. No me inmutó; Eimy sonrío—. Sé que no crees en el amor y que ahora mismo pensarás que estaba confundida..., pero, sea como sea, se me juntó todo. Me agobié. No vi otra salida que alejarme de aquí.

Toma aire.

—Hace tiempo que sabía que debía volver, pero no cómo hacerlo; me daba miedo encontrarme con que ya no era como antes entre los dos. Que la amistad que teníamos se había roto. El tiempo pasa rápido cuando buscas el momento oportuno para afrontar las consecuencias de tus actos.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Por primera vez veo todo desde la perspectiva de Eimy y me doy cuenta de que no podía haber hecho otra cosa que lo que hizo; pero han sido muchos días de rabia porque se fuera, de echarla de menos y de aceptar que no debía importarle tanto como siempre he creído.

La gente cree que cambié por lo que me hizo Natalia; no le he contado a nadie que en verdad la rabia era por la partida de Eimy. Su abandono me dolía más que cualquier otra cosa.

—Bueno, te dejo, tienes cara de querer estar solo... o tal vez me equivoque y ya no sepa ver lo que te pasa por la cabeza.

Eimy duda; veo su incertidumbre por no saber en qué punto nos encontramos ahora. Y no, no se equivoca. Necesito estar solo. Así que se va sin añadir nada más, dándome tiempo para asimilar toda esta información.

Me pongo a pensar en todo lo que ocurrió. Eimy tiene razón en muchas cosas. Si echo la vista atrás, me veo a mí mismo con catorce años, cuando entré en el instituto, eclipsado por la novedad, por las chicas y por salir con los amigos. Eimy tenía once,

seguía queriendo hacer las mismas cosas de siempre y yo ya no era el mismo, quería sentirme adulto y prefería mil veces salir de fiesta a quedarme en casa. Y cuando ella cumplió catorce y entró en el instituto, la cosa no cambió. Supongo que una parte de mí la veía más pequeña e inconscientemente la aparté de mi lado, porque, de lo contrario, la habría integrado en mi grupo de amigos y no lo hice. Ella iba por su lado y yo por el mío, y aunque quería creer que con protegerla de los que se metían con ella era suficiente, ahora me doy cuenta de que no era así. Recuerdo la cantidad de veces que cancelé citas con Eimy, que nunca encontraba tiempo para ir al cine juntos... Era yo el que, sin querer, estaba causando nuestro distanciamiento.

Me ha dicho que estaba enamorada. No tengo duda de que Eimy confundía sus sentimientos. Nosotros siempre nos hemos querido como amigos, pero eso no es amor. Aunque entiendo que, si era eso lo que creía sentir, ayudó para que se alejara de mi lado.

Ahora me siento un imbécil por no haber visto todo esto antes. Una vez más Eimy ha sido la más madura de los dos. Ella sí era consciente, y por eso se marchó. Me paso la mano por el pelo, cansado, confundido y arrepentido.

De todas formas, me molesta pensar que hace tiempo que pudimos haber solucionado todo esto, pero sé que a veces cuesta dar el paso. Si no costara, yo ya estaría en el cuarto de Eimy diciéndole lo que pienso...

Maldición.

Me levanto y decido no retrasarlo más. Cuatro años ya me parecen suficientes.

* * *

Trepo por el árbol hasta el balcón que da al cuarto de Eimy, con la esperanza de que esté abierto. Una vez en él, compruebo ambas puertas, pero las dos están cerradas. De repente, la cortina se abre y aparece Eimy al otro lado mirándome asustada, o lo está hasta que descubre que soy yo. Me abre y entro sin perder tiempo. Eimy me mira a la espera de que diga algo. Se ha puesto un pijama cómodo de verano que deja a la vista sus bien torneadas piernas, se ha soltado el pelo y se ha quitado las gafas. Por unos instantes me cuesta ver a Eimy en la hermosa joven que tengo delante, pero es ella.

—Tienes razón —le digo al fin—. Si te soy sincero, nunca se me había ocurrido pensar que nos habíamos distanciado por mi culpa.

—No creo que fuera culpa de nadie, solo de que nos hicimos mayores.

—Tal vez, pero ahora nuestra diferencia de edad ya no hace que haya un abismo entre los dos.

—Eso depende de nosotros.

Nos quedamos mirándonos al tiempo que recuerdo nuestras aventuras y cómo la buscaba siempre cuando era niño. Cómo ella fue mi apoyo cuando aún soñaba con tener una madre como la suya. En estos cuatro años he vivido muchas cosas y la he odiado por no estar a mi lado, pero ese odio solo era debido a lo mucho que la echaba de menos.

Sin pensarlo más, hago lo que llevo deseando hacer desde que abrió la puerta del estudio: me acerco y la estrecho contra mi pecho. Eimy se tensa al principio, pero no tarda en abrazarme con fuerza. Es como si hubiera llegado a casa tras un largo viaje y por fin todo volviera a estar bien. No es la primera vez que nos abrazamos; cuando éramos niños incluso dormíamos a veces en la misma cama, pero ahora todo es distinto. Lo que siento con ella entre mis brazos no se parece a nada de lo que haya vivido en el pasado. Ahora soy más consciente de ella, de lo bien que encajan su cuerpo y el mío y de lo que me reconforta su contacto..., de su feminidad, que se ha definido con los años. Ya no queda nada de la niña con la que jugaba en mi infancia. Sin embargo, aspiro su aroma y sonrío cuando descubro que eso no ha cambiado: Eimy sigue usando su perfume de cerezas, el que le regalé hace años. Parece que ha seguido comprándolo todo este tiempo.

—Hemos sido un par de tontos —le digo separándome un poco. Eimy me mira sonriente.

—Lo cierto es que sí... Me alegra estar de vuelta.

Me separo de ella, pues por un instante se me ha pasado por la cabeza la loca idea de besarla en los labios. Ha debido de ser por la emoción del momento.

Me siento en su cama, que está abierta para acostarse, y cojo sus gafas de la mesilla.

—¿No te las pones?

Eimy se sienta en el sillón que hay al lado de la cama.

—No las necesito, hace meses me operé de la vista..., no tienen graduación.

Vuelvo a dejarlas donde estaban y la miro inquieto, pues deduzco por su comentario que Eimy se esconde tras las gafas, que sigue siendo tan tímida e insegura como antes. Nuevamente me asalta el temor de que le haya podido pasar algo, que alguien la haya lastimado. Pese a que en este tiempo sus padres siempre nos han asegurado que estaba bien, eso nunca ha servido para acallar mis miedos y ahora, teniéndola delante, saber que se esconde tras unas gafas que no necesita me hace tensarme.

—Tenemos mucho de que hablar.

—Sí, pero hoy es tarde...

—¿Acaso tienes prisa o sueño? Tú y yo sabemos que lo que quieres es retrasar esta conversación.

Eimy me mira, pero no lo niega y sonrío. Por lo visto ella me sigue conociendo tan bien como yo a ella. Es un alivio que eso no se haya perdido entre los dos. Me gusta saber lo que le pasa solo con mirarla a los ojos... y espero que esta vez no sea tan estúpido como para ignorar la realidad. No me siento orgulloso de aquellos tiempos de instituto, pero quiero creer que con veintidós años ya no soy tan inmaduro como antes.

—Me alegro mucho por tu éxito. No me extraña que tengas miles de seguidores en todo el mundo... ni que la gran mayoría sean mujeres —añade con una sonrisa pilla.

—Sabes que nunca soñé con triunfar en la música yo solo.

Eimy aparta la vista.

—Y ambos sabemos que tu sueño es imposible. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Abro la boca para protestar, pero hoy no quiero discutir, menos aún después de tanto tiempo sin hablarnos, y, siempre que tocamos este tema, Eimy se cierra en banda.

—Me hubiera gustado que estuvieras en mi primer concierto.

Eimy sonríe.

—He estado siempre más cerca de ti de lo que tú has pensado. Fui a tu primer concierto, pero no usé el pase que me dieron mis padres; compré una entrada y me escondí entre el público... y he ido a varios más. Eres increíble cuando estás en el escenario. Haces que todo el mundo a tu alrededor vibre con tu música.

—Con nuestra música.

—Nuestras solo son tres canciones, las menos pervertidas —me replica sonriente.

—¡No son pervertidas!

—¿Acaso «quiero hacerte el amor hasta que el sol nos descubra amándonos como locos» no lo es?

—Por lo menos puse hacer el amor —le digo de forma pícaro. Eimy me tira un cojín—. Pero fue nuestra canción la que hizo que la gente me conociera.

—Me gusta mucho cómo la cantas.

—Queda mejor cuando la cantamos juntos.

—No empieces...

—¿Yo? —Me hago el inocente—. Si te soy sincero, toda esta fama me ha llegado a agobiar.

—Sí. Mis padres me contaron lo que te hizo tu *manager* y cómo te acosaban a todas horas en el pueblo y allí donde fueras. Pero bueno, eso es agua pasada. Gracias a tu relación con Luz, las aguas se han calmado. El inalcanzable, cazado.

Me tenso. No quiero hablar de Luz con Eimy.

—No somos nada más que amigos... especiales. Pero que la prensa crea que hay algo más entre los dos me viene bien para que las fans me dejen en paz.

—Eso me dijeron mis padres. Y sobre Luz..., es tu vida, puedes hacer con ella lo que quieras.

Noto resquemor en su voz. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que Luz no le gusta.

—Si la conocieras, te caería mejor.

—Es posible. Pero como no soy yo la que se acuesta con ella, da igual si me cae bien o mal.

Sonríe y yo me remuevo inquieto. Me siento agobiado, como si hablar de Luz con Eimy no fuera correcto... ¡Esto es ridículo!

—Cambieemos de tema. —Miro las cajas en las que sé que están nuestros recuerdos —. ¿No piensas colocarlos de nuevo?

—Sí..., pero no quería hacerlo hasta saber en qué había quedado nuestra amistad.

—Entiendo. —Me levanto y abro todas las cajas con un cúter que cojo del escritorio. Eimy se pone a mi lado.

Saco un pequeño perrito, el primer peluche que le regalé. Eimy lo mira sonriente, casi con la misma sonrisa que puso cuando me vio aparecer con él en casa. Tenía cinco años y había estado con fiebre por mi culpa, porque aunque Natty trataba de evitar que entrara en mi cuarto cuando estaba enfermo, Eimy se colaba para estar conmigo y saber cómo me encontraba. Al final le pegué la gripe y, como me sentí culpable, le compré el perrito de peluche a modo de disculpa.

—No podíamos estar separados ni estando enfermos —comenta, acariciando el peluche con cariño.

—Soy irresistible para las mujeres —bromeo. Eimy se ríe.

—No te lo creas tanto. No eres tan irresistible —me dice aún con la sonrisa bailando en sus bonitos labios. ¿Siempre fueron tan rojos y apetecibles? Acallo mis tontos pensamientos y me centro en otra cosa.

Pongo el peluche en la estantería vacía. Y así, una a una, vamos colocando sus antiguas cosas en la habitación. Siempre fue ella la que más recuerdos guardaba de los dos. Yo, en mi cuarto, solo tengo varias fotos de ambos y nuestra primera letra, enmarcada.

Cuando hemos vaciado todas las cajas, damos unos pasos atrás para ver nuestra infancia plasmada en pequeños detalles y fotos.

—Todo es más sencillo cuando eres niño —añado al fin.

—Sí, pero no debemos pensar en lo que nos separó. Prefiero creer que, pese a todo, no hemos estropeado lo que teníamos.

Cojo su mano y la aprieto con fuerza. Eimy me devuelve el apretón.

—No pienso perderte como amiga.

—Y yo tampoco a ti..., como amigo, claro. —Me saca la lengua sonriente.

Es una promesa que espero, y deseo, que no se rompa nunca. Nuestra amistad es fuerte porque, pese a la separación, aquí estamos los dos, contemplando cómo éramos y queriendo recuperar lo que teníamos. Es lo que tiene la amistad. Unos amigos pueden pasar años sin verse y luego reencontrarse y seguir siendo amigos; si eso pasara con unos exnovios, siempre existiría el resquemor por quién dejó a quién. No, siempre he tenido claro que el lazo más fuerte que puede unir a dos personas es el de la amistad. Y hoy se confirman mis palabras.

Eimy y yo siempre seremos los mejores amigos.

EIMY

Jack tira de mí hacia la cocina. Me ha dicho que no ha cenado nada y se muere de hambre. Me parece mentira estar así con él. Hacía mucho tiempo que no teníamos esta complicidad, muchísimo, más de cuatro años.

Cuando llegamos, Jack va a la nevera. Yo me siento en la encimera y lo dejo hacer. Lo observo sin que se dé cuenta mientras saca pan de molde y varias cosas más para hacerse un sándwich y sé que, aunque hoy no quiera reconocerlo y tal vez tampoco mañana, un día deberé aceptar que, pese a todo, le sigo amando. Aún estoy temblando por la forma en que me abrazó antes. Por la calidez que sentí y lo a gusto que estaba entre sus brazos. Deseaba que ese momento no terminara nunca. Su perfume aún sigue impregnado en mi ropa y, cuando respiro su fragancia, me hace recordar el contacto de su cuerpo con el mío.

Se pone a mi lado a prepararse la cena y cojo un poco de jamón york que se había puesto en la rebanada. Jack sonrío de medio lado. Me muerdo el labio para no quedarme boba admirando esa sonrisa que siempre me ha encantado. Sus ojos azules me miran de reojo.

—Si quieres uno, te lo preparas y dejas de comerte mi cena.

—Ya he cenado.

—Pues no se nota.

Jack termina de prepararse el sándwich y, tras coger una bandeja, vamos hacia uno de los pequeños salones de la casa. Nos sentamos en el cómodo sofá y ponemos la tele.

—Quiero que me cuentes todo lo que has hecho estos años.

—No.

Jack me mira arqueando las cejas y le da un bocado a su sándwich. Pongo los pies encima del sofá y dejo la vista fija en la tele, como si lo que están dando fuera muy interesante.

—¿Has tenido problemas con alguien?

—Si te digo que no, sabrías que te miento. —Jack me mira con el ceño fruncido—. Sigo viva, ¿no? Sea lo que sea lo que me pasara, no ha sido tan grave.

—No me hace gracia saber que te sucedió —me dice tenso. Al final decido contarle parte de lo que he vivido.

—He estado estudiando. Un curso lo perdí porque no me centraba y el resto lo estudié en casa de mis tíos.

—No pienso dejarte ir a dormir hasta que me lo cuentes. Me conoces lo suficiente para saber que, si no me lo dices, me imaginaré cosas mucho peores.

—Siempre has sido demasiado protector conmigo.

—Es lo que hay. Me molestaba que la gente se metiera contigo y, ya que me has privado estos años de cuidar de ti...

—Bueno, así descansaste de tener que lidiar con mis problemas. —Jack me mira dejando claro que no opina como yo y que le molesta que piense así—. Anda, termina de cenar, es tarde.

Jack se acaba el sándwich en dos bocados y va a la cocina a por algo de postre. No tarda en volver con helado de chocolate y dos cucharas y me ofrece una. La cojo y se sienta a mi lado, esta vez más cerca que antes. Me encanta su cercanía.

—Ahora no te escapas. Habla.

—Mandón. ¿Cuándo sacas tu próximo disco? —le pregunto a propósito para desviar la conversación mientras cojo una cucharada de helado.

—Algún día, y no cambies de tema.

—No me apetece hablar de ello ahora...

—¿No me digas? No lo había notado.

Sonrío. Me muerdo el labio y dejo la cuchara dentro del helado; Jack hace lo mismo y pone la tarrina sobre la mesa.

—No es nada del otro mundo. Yo no fui la que más sufrió... Pero mejor empiezo por el principio. —Jack asiente atento—. Cuando me fui a vivir con mis tíos, me matriculé en un instituto que había cerca de su casa. Como sabes, me cuesta mucho hacer amigas y más cuando me atacan sin conocerme por el mero hecho de no ser como ellas. Como cuando llegué el curso estaba empezado, ya tenían a otra chica como centro de sus mofas. Se llamaba Olga. Le hacían cosas para burlarse de ella mientras la grababan con el móvil y luego subían los vídeos a Internet. Sin embargo, esto no evitó que acabaran por lanzarme algún dardo venenoso y trataran de tomarla conmigo... Lo de siempre, vamos —digo cansada—. El caso es que esta chica lo estaba pasando muy mal. Yo había tratado de acercarme a ella, pues me podía comprender y tal vez entre las dos fuéramos más fuertes... Pero no fue así. Éramos dos blancos fáciles. Y ella no pudo más. Una tarde habíamos quedado en su casa para hacer los deberes. Cuando llamé al timbre, nadie salió a abrirme. Su madre me había dicho dónde tenían escondida la llave de repuesto, así que la cogí y entré. Sentí que debía hacerlo. Como si alguien me empujara a actuar de esa manera...

Me callo... Jack me seca una lágrima que se me ha escapado y me acaricia la mejilla.

—Eimy..., ¿qué pasó?

—La encontré en su cuarto. Se había cortado las venas y la vida se le escapaba. Me impactó ver todo lleno de sangre, pero corrí hasta ella, le vendé las muñecas con lo primero que encontré y llamé a una ambulancia... Fui a verla al hospital días después y me dijo que no debí haberle salvado la vida. Que realmente quería morir. Cuando se

recuperó, sus padres se la llevaron lejos para cuidar de ella. Ignoraban lo mal que lo estaba pasando su hija en el instituto.

Entrelazo mis ojos con los de Jack. Tiene las mandíbulas apretadas.

—Y entonces la tomaron contigo —deduce.

—No. Los padres de Olga no quisieron que nadie se enterara de lo que le había pasado a su hija. Y el director tampoco quería que se supiera, pues eso habría manchado el buen nombre del centro, y menos que volviera a ocurrir algo parecido..., de modo que les propuso a mis tíos que yo estudiara en casa y fuera al instituto solamente a examinarme para evitar el acoso escolar. Supongo que era más fácil eliminarme a mí de la ecuación que culpar a los verdaderos responsables.

—Y aceptaste. —Asiento—. Esa fue una decisión cobarde. No por tu parte, sino por la del director. Tendría que haber atajado el problema de raíz y haber ido a por esas chicas. No son conscientes del daño que pueden llegar a hacer.

—Yo creo que sí lo saben, pero se sienten superiores metiéndose con los más débiles. Siempre han existido personas así en todas las clases.

—Sí.

—Aquel curso lo suspendí. Mis tíos trataban de ayudarme, pero lo que le pasó a mi amiga me afectó mucho y no sirvió de nada. El siguiente curso mi tía me buscó una profesora particular y pude sacarlo adelante. La verdad es que yo no quería volver al instituto. Solo iba para examinarme y ni siquiera lo hacía con el resto de mis compañeros, sino en un aula vacía, solos el profesor y yo. Sigo siendo una cobarde.

—No, los cobardes son esos mierdas que se meten con gente como tú.

—Estoy cansada de ser así, Jack.

—Esta conversación no es la primera vez que la tenemos.

—No. Por eso estoy tan cansada de este tema.

—Al menos ahora en la universidad te puedo proteger... —Aparto la mirada, Jack me coge la cara y me obliga a mirarle—. Porque vas a estudiar en mi universidad, ¿verdad? —Agacho la mirada—. Eimy, ¿qué diablos has hecho?

—He decidido ir a la universidad pública.

—No.

—Sí.

—No.

—¡Que sí! Tengo diecinueve años, ya es hora de que madure. De que deje de esconderme. Tal vez esta vez todo sea diferente y me agobia la idea de ir a tu universidad y de estar rodeada de personas de la nobleza... Me siento una intrusa.

—¿Por qué? Tú procedes de una familia tan importante o más que la de ellos...

—Ya, pero yo sigo siendo la misma, venga de donde venga. Y no me siento a gusto allí. Ya me ha costado bastante convencer a mis padres, no empieces tú también.

Jack toma aire. No le hace ninguna gracia la idea. Sonríe al ver que todo sigue como antes. Jack me mira sin comprender nada.

—Me gusta que sigas queriendo cuidar de mí..., pero tengo que hacer esto sola —le digo posando mi mano sobre su pierna y sus vaqueros desgastados.

—A la primera que vea que te hacen daño, te saco de allí de los pelos, si hace falta. —Jack lo dice muy serio clavándome sus penetrantes ojos azules y señalándome con el dedo, dejando claro que no hay discusión posible sobre ese punto.

—No tiene por qué pasar nada.

Lo que le he dicho es verdad: quiero creer que esta vez será diferente. Que no llegaré a la universidad y volveré a ser el blanco de las burlas de los demás. Estoy cansada de que siempre me pase lo mismo y necesito saber que no será así toda la vida.

CAPÍTULO 3



JACK

Cojo el helado, distraído, pensando en lo que ha vivido Eimy. Estoy harto de que la gente la ataque porque es buena y porque le cuesta abrirse a los demás. Si le dieran más tiempo, tendrían oportunidad de conocer a alguien maravilloso. Ni se imaginan lo divertida e inteligente que es.

Aún tengo el miedo metido en el cuerpo por su relato. Cuando me habló de esa joven que trató de quitarse la vida, no pude evitar imaginarme a Eimy en esa situación. Si le pasara algo, la pena acabaría conmigo. Pero la entiendo. Entiendo que quiera valerse por sí misma y probarse que esta vez todo puede ser diferente, y sé que en una universidad rodeada de hijos de personas adineradas que miran por encima del hombro a los que no son como ellos será aún más difícil. Sin embargo, el no poder estar a su lado me inquieta, pero se lo he dicho en serio: si veo cualquier cosa rara en su comportamiento, la sacaré de allí. Eimy nunca ha podido mentirme y esta noche he notado que eso sigue intacto... Lo que me hace preguntarme cómo pude dudar de ella cuando me dijo que Natalia se había enrollado con Carlos.

—Tengo que pedirte perdón. Por no creerte cuando me advertiste de lo de Natalia...

—Es normal. Ella era tu novia y yo...

—Ella era una estúpida mentirosa y tú, mi mejor amiga. No debí dudar de ti, pero darte la razón era como aceptar que era un cornudo por salir con la persona equivocada, y no podía soportar la idea de que se habían reído en mi cara. En realidad no dudé de ti, simplemente no quería aceptar la realidad.

—Lo comprendo. No tienes por qué disculparte.

Seguimos comiendo helado.

—¿Qué se siente al estar ante una multitud que canta tus canciones?

—A veces siento soledad... —le reconozco.

Eimy aparta la mirada.

—¿Cómo puedes sentirte solo arropado por tanta gente?

—¿De verdad quieres que sigamos hablando de este tema?

—No —admite—. Ya sabes lo que pienso.

—Y tú sabes lo que pienso yo: que eres una cobarde.

Eimy se levanta. La cojo de la mano y tiro de ella, por lo que cae sobre mi hombro.

—Hasta que dejes de serlo, seguiré soñando.

—Algunos sueños nunca se hacen realidad.

—Algunos..., pero otros sí.

Eimy no dice nada más, pero tampoco se levanta. Me gusta sentir su cercanía. Siempre la he buscado, aunque hubo una época en que la novedad del instituto me hiciera distanciarme de ella.

—Y aparte de eso..., ¿qué sientes?

—Incredulidad porque toda esa gente venga a verme a mí. Porque canten a voz en grito las letras que yo compongo.

—Debe de ser emocionante.

—Este fin de semana doy un concierto y quiero que lo vivas desde bastidores. No puedes negarte y, si lo intentas, te arrastraré hasta allí de las orejas.

—Veo que me dejas pocas opciones de elegir lo que quiero o no hacer.

—Te fastidias.

Eimy sonrío. Se levanta y toma el helado.

—Echaba de menos esto... —Me mira clavándome sus grandes ojos, sin gafas que me impidan ver todos los matices de verde que los hacen tan especiales.

—Yo también.

No sé el tiempo que pasamos así, simplemente mirándonos, como disfrutando de que tras este periodo de separación por fin podamos vernos reflejados en los ojos del otro. Me gusta lo que veo de mí cuando estoy a su lado.

Me vibra el móvil y lo saco del bolsillo. Es un mensaje de Luz, preguntándome si puedo hablar ahora. Le respondo que no.

—Por cierto, quiero tu número de móvil —le digo a Eimy al tiempo que voy a «contactos» para guardarlo.

—No sé si es buena idea. ¿Qué pasa si quiero huir de nuevo?

—No lo harás.

—Eso no lo sabes —bromea.

—No lo harás —reitero con más fuerza. Ahora que ha vuelto, no quiero ni barajar esa posibilidad. La idea me produce escalofríos.

—No lo haré —afirma Eimy, notando que su broma no me hace gracia. Luego pone su mano sobre la mía para cogerme el móvil, lo anota y se llama para tener el mío—. Listo. Ya me tienes localizada.

Me tiende el teléfono, pero duda y va a la galería de fotos. Me mira, como preguntándome si me molesta que las cotillee.

—No tengo nada que no puedas ver.

Dejo el helado en la mesa y se sienta a mi lado para verlas juntos. Muchas son de los conciertos, fotos que le hago al público como recuerdo y otras en las que salgo con mi grupo. Eimy sonríe cuando ve una foto mía con la guitarra, distraído, tocando solo en el escenario. Veo que le da a compartir y se la manda a su móvil.

—Me gusta —dice sin más.

Eimy llega a mis fotos con mis sobrinos y mi hermano Albert.

—No se puede negar que sois hermanos. No me extraña que tu padre no dudara de que erais sus hijos al ver vuestro parecido...

—Es mejor no mentar a ese idiota.

—Tienes razón. No os merece.

Eimy pasa a una foto de Erik, sonriente.

—Es igualito a ti cuando eras niño, salvo por los ojos azules.

—Sí, eso dice todo el mundo. Ha sacado los ojos de su madre.

Pasa a una foto de Nora dándome un beso.

—Qué niña más dulce.

—Es la hermana de Katt.

Le cuento la historia de Katt mientras vemos las fotos. En otra salen Katt, Robert y Aiden.

—No se parece mucho a Robert; a Nora, sí, pero no sé lo que es...

—Tienen la misma sonrisa.

—Sí, debe de ser eso. Es algo que no se nota a simple vista.

Sigue pasando fotos y se manda varias más que me han pasado de cuando estoy tocando o cantando. Se detiene cuando aparezco en una besando a Luz. Algo se retuerce dentro de mí; me remuevo inquieto.

—No es nada mío...

—Me es lo mismo. Tú y yo solo somos amigos, no me debes explicaciones.

Sigue pasando fotos y ambos dejamos correr el tema, pero no puedo ignorar esta incómoda sensación. Eimy se queda quieta cuando llega a nuestras fotos juntos de cuando éramos pequeños. Un día cogí un álbum y escaneé las que más me gustaban, para llevarlas siempre conmigo. Sus ojos brillan y se las manda todas.

Se detiene en una en la que salimos cantando. Nuestras manos están entrelazadas y nos miramos como si no existiera nada, salvo nosotros dos y nuestra música.

—Sigo soñando con que un día formemos un dúo musical.

Eimy me tiende el móvil y se levanta.

—Y yo, con que un día te des cuenta de que eso nunca pasará. Soy la misma en muchos aspectos, pero la música ya no significa lo mismo para mí. Tengo sueño..., buenas noches.

Eimy cruza la puerta del salón y la dejo ir. Demasiadas emociones para una sola noche y sé que este tema le agobia. No debí haberlo sacado, pero no puedo mentirle e ignorar que si me siento solo en el escenario, rodeado de tanta gente, es porque me falta ella.

EIMY

Salgo de la ducha y voy hacia mi nuevo armario para ver qué ponerme. Al final me decido por un vaquero y una camiseta rosa con el dibujo de un hada. Vuelvo al servicio ya vestida y dudo en si hacerme las trenzas o no. Al final, tras cepillarme el pelo y secármelo, me hago dos trenzas africanas, una a cada lado de la cabeza, me las sujeto en un moño y me dejo unos mechones sueltos en la frente. Luego me pongo las gafas y salgo a buscar algo para desayunar. En nuestra parte de la casa no tenemos cocina, es una de las zonas que compartimos con los demás. Son cerca de las once. Pese a lo tarde que me he levantado, he dormido poco. No paraba de dar vueltas pensando en Jack y, sobre todo, recordando por qué nunca podré cumplir su sueño... y el mío.

Pero hay cosas que es mejor asumirlas cuanto antes, y yo lo hice hace años.

Al entrar en la cocina, veo que mi madre ya está haciendo la comida. Me da los buenos días y me dice dónde puedo coger algo para desayunar.

—¿Y mi coche? —le pregunto cuando me siento a la mesa con unos bollos y un café con leche.

—En el desguace. Tu padre ha ido esta mañana a comprarte otro.

—No necesito otro coche...

—Eimy, basta de tonterías. El dinero que Jack te da por tus letras es tuyo y es hora de que lo aceptes.

—Y lo acepté, os lo di a vosotros.

—Nosotros no lo necesitamos. —Mi madre sigue a lo suyo, dejando claro que, una vez más, no quiere hablar de eso. En todo este tiempo no he logrado convencerlos.

Estoy terminando de desayunar cuando siento que alguien me acaricia el cuello.

—Buenos días, dormilona —me dice Jack apoyándose en la mesa a mi lado.

Lo miro de reojo mientras doy un último trago a mi café. Está tan guapo como siempre. Hoy lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta azul que resalta sus ojos. El pelo lo lleva despeinado, lo que le da un aire pícaro. Me está mirando entrecerrando los ojos y

sonriendo de medio lado. Cuando hace eso, me parece un pirata a punto de saltar sobre su presa. Seguro que trama algo.

—¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada.

—No me mientas, Jack.

En ese momento le suena el móvil. Se separa de la mesa y se aleja un poco para hablar, pero he podido ver que era Luz. Recojo y friego lo que he ensuciado.

—Tengo que irme... —me dice cuando cuelga—. No me acordaba que tenía una cita de trabajo. Tenía pensado enseñarte el pueblo.

—Puedo ir sola, gracias. —Jack me mira serio. No quiere irse—. Sé cuidar de mí, aunque no te lo creas.

—Me lo creo. Llámame si necesitas algo.

—Necesito un coche...

—No empieces, Eimy —me dice mi madre, que anda cerca.

—¿No te habían mandado dinero tus padres para comprarte uno?

—¡Pues claro que se lo mandamos! Y ¿sabes lo que hizo Eimy con él? Se compró una auténtica chatarra. Menos mal que Javier lo ha llevado al desguace. Ahora mismo está siendo despedazado.

—Lástima. Me hubiera gustado ver qué clase de coche era. Anda, ven. —Jack me lleva hasta el garaje. Cuando enciende las luces, veo varios coches aparcados. El de mis padres también está aquí. Jack se acerca a uno, no muy grande, de color azul oscuro—. Puedes usar este cuando lo necesites.

Se acerca a un panel y me tiende unas llaves.

—Ten. Espero que sepas conducir.

—Por supuesto que sé —digo con firmeza, aunque me da miedo hacerle algún arañazo sin querer.

—Está asegurado a todo riesgo —dice adivinando mis pensamientos— y me importa bien poco lo que pueda pasarle, solo me importa que a ti no te pase nada en caso de accidente. Eso es lo que debería preocuparte cuando vas a comprar un coche, que sea seguro, y no cuánto te va a costar. Así te evitas comprarte una cafetera.

—Tenía mejores cosas en las que invertir el dinero...

—Sobre tu dinero, hablaremos luego. Ahora me tengo que ir.

Su móvil vuelve a sonar, Jack maldice y va hacia un coche negro de alta gama, precioso. Se monta en él y se despide con la mano. Antes de salir del garaje, se pone las gafas de sol. Me quedo viendo como se aleja hasta que la puerta del garaje se cierra. Solo cuando Jack no está presente, mi corazón vuelve a latir con normalidad. Tal vez un día me

acostumbre a tenerlo cerca. Debo hacerlo, pues, cuanto antes lo acepte, menos sufriré, ya que la idea de que se haya ido para estar con Luz, aunque sea por trabajo, me duele.

* * *

Aparco el coche en un centro comercial cercano a nuestro pueblo. Me ha gustado conducir el coche de Jack, he de admitir que es mucho mejor que el que me compré, pero esto nunca lo confesaré en voz alta. Tras comprobar que lo he cerrado bien, camino fuera del aparcamiento.

Me encanta ir de compras, perderme en las tiendas y mirarlo todo. Lo que peor llevo es ir a comprar ropa; nunca encuentro nada que me guste. No entiendo las modas. Hacen la ropa para mujeres con un cuerpo perfecto, y a las que son normales y corrientes, que les den morcilla: o se ponen a régimen, o las obligan a que vayan ridículas con prendas que no les sientan bien. O, como en mi caso, con prendas con las que no se sienten a gusto o no se identifican. Sé que mi estilo aún está por determinar, pero la idea de cambiar me asusta. Me siento más segura vistiendo como siempre.

Voy hacia una librería y compro algunos libros para la universidad y otras cosas que me faltan, como papel y bolígrafos. Cuando lo tengo todo, voy a la sección de libros *new adult* y busco entre las novedades. Enseguida me quedo prendada de uno que contiene magia y una bella historia de amor.

Tras pagarlo todo, bajo las cosas al coche y lo cierro para dar una vuelta más. No tengo ganas de volver, todavía no, pues he tomado una decisión y no es precisamente volver a casa cuando me vaya de aquí, sino afrontar otro de mis problemas.

Entro en una tienda de música y sonrío cuando veo el disco de Jack en la lista de los más vendidos. Lo cojo con cariño. Me sé todas las canciones de memoria, pues lo compré en cuanto salió. Lo dejo en su sitio y me doy una vuelta por la tienda.

Finalmente bajo de nuevo al aparcamiento y me monto en el coche. Cojo el móvil, escribo a mis padres para avisarles de que no comeré en casa y después, a mi primo Liam para aceptar su invitación a comer.

Ha llegado el momento de conocer a mi familia y mis orígenes. Quiera o no, es parte de mí.

* * *

Me adentro en el castillo siguiendo al mayordomo, con la piel de gallina y las piernas temblándome. Admiro mi alrededor, imaginando a mi padre cuando era niño, creciendo entre estas paredes; imaginando la vida que hubiéramos llevado de no haber renunciado a su trono, y no me gusta. Mi vida ya ha sido bastante complicada siendo anónima.

—Eimy. —Mi primo Liam sale a mi encuentro—. Me han informado de que habías llegado.

Me da dos besos y me mira sonriente, feliz de que esté aquí. Advierto la misma calidez que sentí al verlo la primera vez. Nos parecemos bastante. Sus ojos verdes me recuerdan mucho los míos, así como su pelo rubio. Es muy guapo y los treinta y dos años que tiene le sientan de maravilla. En él vi al hermano que siempre he querido tener. A los cinco minutos de conocerle, supe que ya formaba parte de mi vida. Solo debía aceptar que estar a su lado era admitir el pasado de mi padre.

—Sí..., me ha costado un poco venir.

—Pero ya estás aquí. Nunca es tarde.

Toma mi mano y la aprieta para infundirme valor, cosa que le agradezco, y le dice al mayordomo que él se encarga de acompañarme. Cuando este se aleja, Liam me susurra:

—Se toma muy en serio su trabajo, pero es buena gente.

—Es un poco serio.

—Mucho. Lo conozco de toda la vida. Cuando era pequeño y hacía algo mal, me miraba fijamente con expresión grave, dejando claro lo mucho que desaprobaba mi actitud.

Sonrío. En nuestro primer encuentro, Liam me contó su historia de amor con Elen y me aseguró que, de haber podido, él habría hecho lo mismo que mi padre, pero no podía desentenderse del reino ni de las empresas que este regenta, ya que muchas familias dependen de esos puestos de trabajo.

Elen no tarda en salir a nuestro encuentro con su hija pequeña, Dafne, de poco más de un año, en brazos. Se parece mucho a Liam, de modo que también se da un aire a mí. Su hermana mayor, Alicia, sale corriendo tras ellas y salta a mis brazos al verme. Su pelo pelirrojo cae en cascada entre las dos cuando me agacho a abrazarla.

—¡Tía Eimy!

Sonrío. Desde que la conozco me dice tía y, aunque no la he visto mucho, entre las dos hay un lazo especial.

Me levanto y, después de dar dos besos a Elen y a su pequeña Dafne, vamos todos hacia un salón. Me fijo en que en un rincón hay varios juguetes en el suelo y encima de la mesa de centro, varias notas. Parecería un salón normal... si no fuera por los elaborados techos de escayola, las pinturas y los cuadros de las paredes, así como los carísimos muebles.

—Ven, te enseñaré esto —me dice Liam.

Dudo. Elen me empuja.

—No da tanto miedo cuando te decides.

Asiento y sigo a mi primo.

Liam me lleva hacia la escalera central. Me conduce a una sala que se ilumina nada más entrar y en la que hay varios retratos.

—Es más fácil que entiendas la historia de nuestra familia si conoces a nuestros antepasados.

Liam me los va enseñando y explicando uno a uno. Me fijo en ellos. Algunos reyes eran robustos; otros, apuestos como Liam, y casi todos tenían los mismos ojos verdes. Liam da un par de pasos, se detiene frente al cuadro siguiente y, cuando levanto la vista para mirarlo, me voy hacia atrás. No puede ser.

—Se... Se parece a mí.

—Sí, es Rose, nuestra antepasada.

La miro asombrada, impactada y siendo consciente, por primera vez, de dónde vengo. Hasta ahora me costaba asimilar la idea, pero es complicado seguir resistiéndose cuando descubres que alguien que vivió hace años era igual que yo.

—Ella nació destinada a ser reina. Su padre no tuvo hijos varones, pero se negó a que una mujer subiera al trono. Ni siquiera en el lecho de muerte fue capaz de cambiar las leyes. Pero ante la insistencia de su hija le concedió un título, como si esto compensara dejar el reino sin nadie que lo gobernara, a la espera de que ella se casara y tuviera un día un hijo varón que pudiera ser rey. El reino se vio asediado por los países vecinos durante años. Cuando su hijo nació, desde el primer día que vino al mundo fue coronado rey y a ella la nombraron su regente. Ella luchó mucho por este reino, por que nuestra herencia no se perdiera y cayera en el olvido. Y su título es ahora tuyo.

—¿Qué?! ¿De qué hablas?

—De que eres la heredera de su título, la duquesa de Eternalrose, pues Rose era su nombre. De ti depende que su legado sea eterno o se pierda.

—No entiendo nada..., mi padre abdicó...

—Sí, pero el hecho de que Rose no pudiera reinar no significa que no pudiera hacer con su título lo que deseara. Y quiso que pasara a una descendiente suya que estuviera destinada a ser reina y no pudiera serlo por ser mujer. Si tu padre hubiera sido rey, te habría tocado a ti por derecho, habrías sido la reina. Pero puesto que eres mujer y no tienes más hermanos, al final el trono habría pasado al siguiente varón en la línea sucesoria, es decir, a mi padre y luego a mí. Al parecer yo estaba destinado a ser rey de todos modos, me gustara o no.

—Pero tus hijas..., ellas son niñas y las legítimas herederas del trono, se merecen tu título.

—Elen espera un bebé... y es un varón. No hemos dicho nada aún porque es pronto y apenas se le nota que está en estado. Él será el futuro rey después de mí. Mis hijas serán solamente las hermanas del heredero... —Mira el cuadro—. Desde que Rose murió, el título de duquesa de Eternalrose no ha sido usado por nadie. Tú serías la primera mujer de la familia a la que le correspondería llevarlo.

—Pero... Todo esto es demasiada información.

—Lo sé, pero quería que lo asimilases cuanto antes. Y que decidas si quieres asumir ese título... o prefieres que su legado siga perdido, hasta que un día nadie recuerde cuánto luchó.

—Esto es chantaje..., yo...

—No pretendo chantajearte. —Liam me acaricia la mejilla—. Pero tampoco quiero mentirte ni ocultarte por más tiempo una información tan importante de tu vida. Eres parte de la familia. Y, como ya te dije, si quieres vivir aquí, en palacio, esta es tu casa.

—Te entiendo..., pero yo no...

Me empiezo a agobiar.

—No te estoy pidiendo que des una respuesta ahora. Solo quería que lo supieras. Piénsalo con calma y después, decide.

Asiento. Liam me da un pequeño abrazo y me enseña las pinturas más recientes. En una de ellas aparece mi padre de niño junto a mis abuelos. Todo esto parece sacado de una novela. Nadie pasa de ser una persona anónima a nieta de unos reyes de la noche a la mañana.

Llegamos hasta el retrato de Liam y su familia. Se les ve felices: el pintor ha sabido captar el amor que reina entre los cuatro. Me fijo en Elen. Liam me contó lo mucho que le costó regresar, porque estar a su lado suponía aceptar también el reino y sus responsabilidades y no sabía si estaba preparada. La entiendo perfectamente y entiendo también por qué mi padre no quiso hacer a mi madre pasar por eso. Yo ahora solo pienso en huir, desde luego, y si no lo hago es solo porque Liam y su familia ya son parte de mi vida y no quiero estar lejos de ellos. De niña siempre me pregunté por mis tíos, por mis abuelos, y ahora tengo la oportunidad de conocerlos.

Liam me enseña el palacio. Me siento abrumada por tanto lujo y fastuosidad. Los jardines son lo que más me gusta. Están bien cuidados y en el centro tienen una gran fuente con varias cascadas.

Es preciosa. Finalmente regresamos con Elen y las niñas. En cuanto entro, Alicia me coge de la mano para enseñarme sus dibujos. Elen besa a Liam en los labios, como si llevara todo el día sin verlo, y este le responde con una sonrisa. Me encanta ver el amor que se profesan.

—¿Dónde está mi sobrina? —El rey entra en la sala. Es un poco más joven y robusto que mi padre, pero, si te fijas, te das cuenta de lo parecidos que son. Me tenso y dudo en si hacerle una reverencia o no—. Ni se te ocurra inclinarte. Soy tu tío.

El rey me abraza sorprendiéndome; miro a Liam.

—Antes no era así, pero sus nietas sacaron su lado tierno y ya no es un huraño.

—Nunca he sido huraño..., hacía lo que creía que debía hacer.

—Y era algo que odiaba de ti.

Entra la reina y besa a su marido.

—Tú debes de ser Eimy.

Me da dos besos.

—Elen unió a esta familia, como ya te habrán contado.

—Ya será para menos —dice la aludida. Me fijo en su tripa, apenas visible por un vestido holgado. Elen se da cuenta y pregunta a Liam—: ¿Se lo has dicho? —Este asiente—. Esperemos que el embarazo vaya bien —dice Elen tocándose la tripa.

—Todo saldrá bien, yo no dejaré que pase nada —dice mi tío con convicción, haciendo que vea en él al rey que es.

Pasamos al salón para comer. Mientras lo hacemos, mi tío me cuenta cosas de mi padre: por lo visto, de niños eran uña y carne. Sus padres les educaron a ambos para reinar, pues querían que los dos estuvieran preparados por lo que pudiera pasar.

—Y yo traté de hacer lo mismo con mi hijo. A veces cuesta olvidar las costumbres con las que te criaron. Me alegra que no fuera tarde para ser solo un padre.

—Gracias a que dejó de ser un completo idiota, me volví a enamorar de él como no lo había hecho desde que nos casamos —me dice mi tía—. Cuando tuvo a sus nietas, vi algo nuevo en él; descubrí a un hombre que no conocía, un hombre más humano.

—Al menos supe rectificar a tiempo.

—Eres el mejor abuelo del mundo —afirma Alicia, y al hombre se le ríen los huesos. No puede ocultar lo mucho que quiere a su nieta.

Mientras comemos, me ponen al tanto de la marcha del reino. Liam es ahora quien está al frente de las empresas de su padre, pero a mi tío le gusta estar al tanto de todo y ayudarlo. Liam me habla también de la empresa en la que es socio con Aiden y Jack. Me tomo el postre, feliz por haber dado este paso, al menos el de conocerlos; el de formar parte más activa de esto no me hace ninguna gracia y de momento no quiero pensar en ello.

Terminamos de comer y Elen me dice que la ayude a acostar a sus pequeñas. Liam se despide de nosotras, tiene trabajo que hacer.

—Esta es tu casa, Eimy. —Asiento—. Cuenta con nosotros siempre que lo necesites, somos tu familia.

—Gracias.

Liam me da un abrazo de despedida y se va tras besar a sus tres mujeres. Acostamos a las pequeñas y prometo a Alicia que vendré pronto a verlas. Tras cerrar la puerta, Elen me lleva hasta una pequeña salita, también lujosa, pero más cálida. Se acerca a una de las empleadas y le pide algo.

—Ahora nos traerán café y unas pastas. —Me señala un sofá y nos sentamos—. ¿Cómo te sientes? Sé que Liam te ha contado lo de tu antepasada; no quería ocultarte nada.

—Ya, eso me dijo. —Con Elen y Liam me siento a gusto. Son amables y cercanos conmigo. O tal vez es porque sé que son familia... No lo sé, pero para una vez que no me invade la timidez, no pienso cuestionarlo.

—Sé que esto abrumba. A mí me costó siete años aceptarlo, por mucho que amara a Liam. Ahora me siento tonta por haberlo retrasado tanto, pero me consuela pensar que todo sucedió cuando tenía que suceder.

Asiento. Nos traen el café y unas pastas.

—¿Y qué vas a estudiar por fin?

—No lo sé, de momento me he matriculado en algunas asignaturas genéricas que podré convalidar cuando me decida.

—Vaya. Yo he estudiado tres carreras y no encontré mi vocación hasta que me casé con Liam. Cuando descubrí mi influencia para hacer algo bueno por personas más desfavorecidas, me di cuenta de para qué servía lo que había estudiado. Así que no te preocupes. Cuando tengas que encontrar tu camino, lo harás.

Asiento mientras pienso en la foto de Jack y yo cantando juntos. Ese también fue mi sueño una vez, pero es imposible ser una estrella de la canción cuando tienes miedo escénico.

* * *

Me doy una vuelta por el pueblo antes de volver a casa. Es un pueblo especial. El que convivan en él dos mundos, el de las personas adineradas y el de la gente de a pie, como si todos fueran parte de uno solo, lo hace encantador; te das cuenta de que en el fondo todos somos iguales y nos alegramos y sufrimos por las mismas cosas.

Aparco donde estaba el coche en el garaje. Cojo el bolso y miro el móvil: tengo una llamada de Jack, de hace media hora. Lo llamo, pero no contesta; debe de estar liado. Le escribo para decirle que estoy en casa, que su coche está sano y salvo. Me responde que el coche le importa bien poco. Sonrío y entro en la casa con las cosas que he comprado. Mi padre viene a ayudarme al verme cargada.

—¿Quedan más cosas en el coche?

—No, esto era todo.

Vamos a mi cuarto a dejar las compras. Al ver mis libros sobre el escritorio, me tenso. Solo queda una semana para que empiecen las clases. Siempre me he sentido aterrada al comienzo de un nuevo curso. No quiero volver a pasar por lo mismo. ¿Por qué no pueden dejarme en paz? Yo nunca me meto con nadie y, aun así, la gente me hace blanco de sus burlas. ¡Lo odio! Pero no, este curso no tiene por qué ser igual, ya somos más adultos. Sí, debo pensar eso y no agobiarme.

—Papá. —Mi padre me mira—. He conocido a tu hermano y a su mujer. No quería retrasarlo más.

—¿Y qué tal?

—Bien, muy bien. Son geniales. Pero la parte de que sean reyes y tu pasado... me sigue produciendo escalofríos. Sobre todo la historia de *lady* Rose.

—Yo... pensaba contártela algún día.

—No lo digo por eso. Si lo ocultaste fue por una buena razón.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Ahora mismo lo único que me apetece es negarme, pero por mucho que diga algo así, no desaparecerá el problema. Yo soy tu hija y la heredera de ese título, lo acepte o no.

—¿Sabes lo de Liam y Elen? —Asiento, sabiendo que se refiere al embarazo—. Todo saldrá bien —me dice mi padre, conociéndome y sabiendo que me preocupo por las personas que me importan.

—Seguro que sí —me convenzo.

Mi padre observa mi estantería llena de recuerdos y sonrío.

—De momento, no quiero que nadie sepa quiénes somos, me gusta mi vida tal cual está... Mi hermano ha accedido a mantener en secreto mi identidad, pero solo mientras las habladurías no afecten al reino o hasta que tú no decidas qué camino quieres seguir. Si tú quieres ser la duquesa de Eternalrose, te apoyaremos.

Me recorre un escalofrío.

—No quiero serlo. —Mi padre sonrío y me acaricia la cabeza—. Yo no soy digna de ostentar este título..., solo sería el hazmerreír de la nobleza. Ya tengo bastante con que se rían de mí los de mi clase.

—Si dejaras que te conocieran, todo sería diferente. Tú no eres el hazmerreír de nadie y, elijas lo que elijas, siempre serás Eimy. El hábito no hace al monje.

Suspiro resignada. Tocan a la puerta.

—Soy Katt.

Le digo que pase.

—Yo me voy, os dejo solas. Me alegra que hayas conocido a mi hermano.

—¿Has conocido al rey? —Asiento. Katt se sienta en mi cama—. Es buena gente, lo he visto de vez en cuando en alguna fiesta. Tediosas fiestas..., dentro de poco empezarán otra vez. —Pone cara de asco. No puedo evitar sonreír; con Katt es muy fácil—. Venía a preguntarte si te quieres venir conmigo... Bueno, la verdad es que más bien tenía pensado arrastrarte si me decías que no. Aiden me advirtió que dirías que no.

—Aiden me conoce bien. Yo no...

—He quedado con Becca, creo que la conoces. Ella al menos a ti, sí, y tiene ganas de verte. Y a Allie seguro que la conoces por la prensa.

—Sí, bueno, pero me gustaría quedarme aquí.

—Si lo haces, Aiden me dirá que ya me lo advirtió... Solo por fastidiarle deberías venir.

—Él sabe que no se me da bien eso de...

—¿De hacer amigos? —Asiento—. A mí tampoco se me daba bien, pero ahora tengo más amigos de los que puedo contar con una mano, y son todos geniales. No sé qué haría sin ellos. Vamos. Lo de que te saco de los pelos iba en serio.

—Yo que tú le haría caso. Es una fiera cuando quiere —dice Aiden apoyado en la puerta—. Además, así se sentirá triunfante por demostrarme que estaba equivocado.

Aiden entra en mi cuarto.

—Preferiría quedarme, de verdad.

—Vale, les diré que vengan ellas aquí.

—No, eso no...

—Pues entonces, nos vamos.

Katt tira de mi mano y, aunque trato de resistirme, me arrastra con ella. Aiden se ríe y, cuando Katt pasa por su lado, se alza para besarle y le dice que no llegaremos tarde. No me apetece ir, pero parece que no tengo otra opción. Katt no es de las que se conforman con un no.

Como siempre, me inquieta el estar ante personas que no conozco.

CAPÍTULO 4



EIMY

En cuanto llegamos a la heladería cafetería, sé que es la de Elen. Entramos en ella y miro a mi alrededor. Es un lugar muy acogedor, con suelos oscuros y decorado en tonos azules; las mesas y las sillas parecen muy cómodas. En una de las paredes está enmarcado un rodillo para pizza y sonrío para mí por lo que significa: cuando Elen y Liam se conocieron, Elen casi le partió a Liam la cabeza con él.

Katt se acerca a una camarera a preguntarle algo y esta le señala unas escaleras.

—Vamos, están arriba.

Katt tira de mí como si temiera que fuera a salir corriendo y subimos a la primera planta.

—Esta planta antes era la casa —me explica Katt—. La reformaron para integrarla en la heladería, toda menos la habitación de Elen, que está cerrada con llave tras ese panel. — Me señala una pared que aparentemente es uniforme, pero, por lo que parece, tras ella está el cuarto de Elen.

Observo la parte de arriba. Es aún más acogedora que la de abajo. Tal vez influye que han tirado las paredes de todo un lado y las han sustituido por una enorme cristalera que ofrece unas espléndidas vistas al lago. Katt saluda a alguien y no tardo en ver a Becca en una mesa, junto a la cristalera. Aunque han pasado cuatro años desde que la vi por última vez, está igual de bonita que antes. Al verme, sonrío de corazón, haciendo que se iluminen sus bellos ojos castaños, y se levanta para abrazarme. Me dejo hacer. No esperaba que se alegrara tanto de verme.

—Me encanta que estés aquí. —Se aparta y me mira de arriba abajo con una sonrisa—. ¿Qué tal todo? ¿Qué ha sido de tu vida?

Tomamos asiento las tres y Katt y Becca me miran, deseosas de que les cuente algo. Me sonrojo.

—Bien, todo bien.

No dicen nada, a la espera de que diga algo más, pero las palabras se niegan a salir de mi boca. Becca pone una mano sobre las mías.

—Bueno, ya nos lo contarás. Ahora que has vuelto, hay tiempo.

Asiento, más tranquila porque me dejen ir a mi ritmo. Odio ser así.

—Llego tarde —dice alguien detrás de mí. Me vuelvo y veo a Allison Warhol. Es mucho más impresionante en persona que en las fotos—. Tú debes de ser Eimy.

Me da dos besos y se sienta en la mesa tras saludar a sus amigas.

—Kevin me llamó y no podía colgarle. Esto de estar separados es un verdadero asco.

—Dentro de nada acabarás la universidad y podrás ir con él —le dice Katt.

—Sí, ya veremos. Paciencia, ¿no?

La camarera viene hacia nosotras para traernos la carta.

—Tienes que pedir un helado especial. Están buenísimos. —Katt me señala la carta.

Cuando vuelve la camarera para anotar lo que queremos tomar, me decido por el helado especial, pues Katt ha pedido otro igual.

—El padre de Elen hace los mejores helados del pueblo. Tienen un restaurante también, pero su heladería es famosa entre la gente joven —me explica Katt.

—Y más ahora que han reformado esta parte y se ve el lago —añade Allie—. Por la noche, varios de los árboles que dan al lago se iluminan con guirnaldas de lucecitas. Mucha gente se compra un helado y van a tomárselo cerca del lago.

—Sí, muy romántico —dice Katt—. Pero al tonto de mi novio no he logrado convencerlo para venir a tomar un helado por la noche. ¿Te lo puedes creer? —pregunta incrédula, y sonrío.

—Pues no sé por qué no, si es un sensiblero. Solo alguien así correría por un escenario para que no te escaparas —comenta Allie.

Katt sonrío con deleite.

—Yo lo vi... —Todas me miran. De repente, me siento pequeña en la silla—. Estaba allí..., entre el público.

—¿Sí? Has estado siempre más cerca de Jack de lo que ese tonto creía, ¿verdad? ¿Habéis hecho las paces? —me pregunta Katt.

—Sí, hablamos.

—Me alegro —me dice Becca—. Y... ¿todo bien?

Asiento.

Nos traen los helados. Pruebo el mío: está verdaderamente bueno. Hablan de las clases; las tres van a la misma universidad que Jack. A Becca ya solo le queda este curso y dice que está deseando acabar la carrera.

—Sí, y darle un hermanito a Matty —añade sonriente Katt. Deduzco que se refiere a su hijo, pues en el instituto corrían rumores de que tenía uno.

—¡No! —Becca sonrío—. Ese monstruito seguirá siendo hijo único, al menos por un poco más de tiempo. —A pesar de hablar así de él, se nota el cariño que le tiene.

—¿Y con quién lo has dejado para tener la tarde libre?

—Se ha quedado con su abuela. Que, por cierto, ¿sabéis que está embarazada?

Katt y Allie se quedan de piedra y Becca sonrío.

—Sí. Como sabéis..., bueno, a ti te lo cuento ahora... —me dice Becca integrándome en la conversación—, se casó hace unos años con el hombre con el que estaba saliendo. Él tenía dificultades para tener hijos, pero, contra todo pronóstico, ella se ha quedado en estado. Después de todo, tuvo a Matt muy joven, ahora solo tiene cuarenta y pocos años —me informa—. Está muy emocionada con la noticia y Matty también. No para de decirme que cómo es posible que su padre vaya a tener un hermano y él no. Ya lo conocerás, es un bichejo, pero ojo con hablar de algo confidencial a su lado. Lo cuenta todo.

Sonrío.

—Me alegro mucho por ella —dice Allie.

—Y yo —añade Katt.

De repente, Katt deja su cuchara a medio camino de su boca y la baja al helado.

—¿Qué hace esa estúpida aquí?

Me vuelvo y veo a una rubia alta, con un cuerpo de escándalo y unos intensos ojos azules, recorrer la sala con la mirada.

—Yo que tú la trataría mejor, puede ser tu cuñada.

Es Luz. La reconozco por las fotos de la prensa y, aunque me duela, lo que ha dicho Allie es cierto: si Jack sigue con ella, será la cuñada de Katt y yo... yo seré la eterna amiga que debe soportar como el chico al que ama está con otra. Ya era consciente de que esto sería así, pero no por eso duele menos mirarla y pensar que ella tiene algo de Jack que yo nunca tendré. Yo jamás descubriré a qué saben sus labios, o qué se siente al ser amada por él... «¡Basta! Tengo que aceptar esta realidad.»

Luz, al vernos, pone cara de asco, pero trata de disimularla dedicándonos una sonrisa falsa.

—Sí, hija, yo también me alegro mucho de verte —murmura Katt. Allie se traga la risa por el comentario, pero Becca la reprende:

—Katt...

—Hola, chicas. —Luz se acerca a nosotras y les da dos besos a cada una; a mí me ignora. «Mejor»—. No os había visto y, bueno, ya me voy..., nos vemos.

—Vaya, no sabía que estabais aquí. —La voz de Jack me llega desde la izquierda. Luz no oculta su cara de rabia por que Jack haya subido antes de que ella bajara y así evitar que nos viera.

Jack se acerca a donde yo estoy sonriendo con cariño y pone su mano en mi cuello, regalándome una cálida caricia que me recorre entera. Todo mi ser es consciente de dónde

está puesta su mano.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, bien. Tu coche sigue intacto.

Jack se ríe y seguidamente coge una silla para sentarse a mi lado.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta Luz con cara de pocos amigos.

—¿No querías un helado? Pues ya estamos aquí.

Luz lo mira con rabia.

—Siéntate, bonita —le dice Katt, ganándose una mirada de reproche de Jack. Pero se encoge de hombros, como diciendo que le importa un comino que Luz note que no la traga.

Luz se sienta al lado de Becca, visiblemente enfadada. Me pregunto por qué Jack acaba saliendo con mujeres tan estúpidas. Me recuerda mucho a Natalia: guapa por fuera, pero sin nada sustancial por dentro.

Jack toma mi cuchara y, sin pedirme permiso, prueba mi helado medio derretido.

—Es el mejor de la carta. ¿Te ha gustado?

—Sí, mucho.

—Compraré una tarrina grande y me la llevaré a casa, para la noche. —Sonríe con complicidad. Luz tose para dejar claro lo poco que le gusta que Jack me haga caso.

—¿Estás enferma? —le pregunta Katt, sabiendo perfectamente que no es así.

—No te importa.

—No, la verdad es que no.

—Katt... —la regaña Jack.

—Jack...

Se sostienen la mirada unos segundos, hasta que al final Katt suspira y se centra en terminarse su helado.

La camarera se acerca y Jack pide un helado como el mío y Luz, otro. Nos quedamos en silencio; la situación es muy incómoda. Jack está a mi lado contestando unos mensajes. Becca, Katt y Allie se miran, pero es evidente que no tienen nada que decir delante de Luz.

—¿Os ha comido la lengua el gato? —dice Jack cuando acaba de mandar el último mensaje y guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón, y, volviéndose hacia mí, me pregunta—: ¿Adónde has ido con mi coche?

—Al centro comercial... He visto tu disco entre los más vendidos.

Jack me sonrío.

—Lo que me recuerda que tengo algo para ti.

Lo miro ilusionada.

—¿El qué?

—No te lo pienso decir.

—Oh, vamos, Jack, dame una pista.

Jack se acerca muy despacio a mi oído, haciendo que me recorra un escalofrío.

—No —me dice susurrante. Sonrío cuando se aparta.

—Qué malo eres.

La camarera les trae sus dos helados. Me fijo en que Becca está mirando a Katt de una manera especial y Allie asiente, como si compartieran una conversación en silencio entre las tres. Luz, por su parte, me está lanzando una mirada asesina. Una mirada que conozco bien, porque Natalia me la dedicó muchas veces hace años. Nunca entendió por qué Jack se llevaba tan bien conmigo ni que me defendiera.

Estoy incómoda por la actitud de Luz y más cuando Jack se levanta a responder una llamada. Me siento desvalida. Cojo mis cosas apresuradamente y me levanto para irme.

—He quedado con mi padre, ya pago yo mi helado abajo. Nos vemos. —Y me marcho antes de que nadie pueda decir nada.

Tras pagar, salgo casi corriendo de la heladería, pero, en vez de ir hacia mi casa, me encamino hacia el lago. Es realmente bonito, y eso que aún es pronto para que las luces de las que ha hablado Allie estén encendidas. Me gustaría verlo por la noche.

Paseo por la orilla hasta llegar a unas rocas que parecen puestas adrede para que la gente se siente en ellas a contemplar el lago y eso es lo que hago.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me suena el móvil. Lo saco del bolso: es Jack.

—¿Dónde demonios estás? Y no me digas que en tu casa, porque estoy aquí y tú no has aparecido —me dice nada más descolgar; parece molesto.

—En el lago.

—No te muevas, voy para allí. —Y me cuelga. A saber qué le pasa. Lo mismo su novia, *la rancia*, le ha pegado su mal carácter.

Pocos minutos después escucho a alguien acercarse. Me vuelvo y veo a Jack acercarse con cara de pocos amigos. Aunque está atardeciendo, puedo distinguir perfectamente su ceño fruncido.

Al llegar junto a mí se sienta a mi lado en la pequeña roca, de modo que su cuerpo queda totalmente pegado al mío. Me recorre un escalofrío. Su calor es adictivo, pues me hace desear estar más cerca de él. Trato de separarme un poco, pero Jack me mira muy serio haciendo que me detenga.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué ha venido marcharte así, y diciendo que habías quedado con tu padre cuando era mentira?

—Si te digo la verdad, no te va a gustar. Así que mejor cambiamos de tema.

—¿Qué te pasa con Luz?

—No me ha caído muy bien, pero respeto que estés con ella...

—Solo somos amigos, ya te lo he dicho.

—Sí, amigos especiales, he visto la prensa. Pero que me da igual..., no me sentía cómoda y no me apetecía estar allí.

—Luz quería tomar algo y, después de estar todo el día de reuniones con su padre, se lo debía. Además, ella es diferente cuando está conmigo.

—Ya lo supongo; si no, no intimarías con ella —le digo con pesar.

—Cambiemos de tema —replica, como si estuviera molesto.

Miro hacia el lago, pensando que sus relaciones de pareja van a ser de nuevo un problema entre los dos. Todo sería más fácil si yo tuviera control sobre mis sentimientos, si no sintiera que el alma se me parte en dos cada vez que lo imagino con ella.

—¿Qué has hecho esta mañana? —pregunta más calmado.

—He estado en el centro comercial comprando algunas cosas para la universidad y luego he ido a conocer a mi tío, el rey. Liam me había invitado a comer a palacio.

—¿Y qué te han parecido?

—Es buena gente..., pero me intimida su título. Y sé mejor que nadie que el título no hace a la persona, pero imaginar que mi padre podría ser ahora el rey, y que yo habría nacido perteneciendo a ese mundo...

—Seguramente no nos habríamos conocido.

—Yo creo que sí, pero nada habría sido lo mismo. Me gusta echar la vista atrás y tenerte en mis recuerdos, y eso no habría sido posible si mi padre no hubiera abdicado.

—A mí también me gusta —reconoce Jack, haciendo que sonría.

—Y me han contado algo de mi pasado. —Mientras le hablo de la duquesa de Eternalrose, Jack me escucha con atención—. Me quedé de piedra cuando me vi reflejada en su retrato.

—¿Y qué vas a hacer? Te conozco y sé que te gustaría decir que no, pero algo te impide salir corriendo.

—Me conoces bien. —Suspiro—. No sé qué haré. Ya sabes que me agobia estar rodeada de mucha gente... y no digamos lo de ser el centro de atención.

Solo de pensarlo siento que me falta el aire. Jack toma mi mano y la entrelaza con la suya. Me quedo mirándolas. Me encanta sentir el calor de su palma traspasarme y me cuesta un mundo no acariciarle; eso se vería raro entre un par de amigos.

—Yo estaría a tu lado. Así hacemos que toda la atención se centre en mí.

—Creído. —Jack se ríe—. No sé qué haré, pero de momento no quiero pensar en ese tema.

—Decidas lo que decidas, te apoyaré —Lo dice mirándome fijamente a los ojos, permitiendo que vea con total claridad su lealtad incondicional.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio, mirando como cae el atardecer uno al lado del otro. Jack no para de acariciarme la mano haciendo que esté más centrada en su contacto que en disfrutar de este bello paisaje. Cuando se encienden las luces de los árboles, doy un bote. Jack se ríe.

—No te burles de mí. —Le golpeo flojito—. Me ha pillado desprevenida.

Me fijo en las luces. Me encanta el toque romántico que dan al lago; tanto, que acabo sonriendo como una tonta. Me vuelvo hacia Jack y me sorprende pillarlo mirándome con fijeza.

—Es precioso.

—Sí, lo es. —Pero sigue sin mirar las luces. Sus ojos están clavados en mí, mirándome de una forma diferente a como me ha mirado siempre.

De una forma que no sé descifrar. Por primera vez en mi vida, veo los ojos de Jack y soy incapaz de saber qué se le está pasando por la cabeza.

CAPÍTULO 5



JACK

Me pierdo en los ojos de Eimy; su sonrisa hace que brillen con intensidad. Le quito las gafas para que nada me impida ver como las luces que cuelgan de los árboles se reflejan en su mirada. No sé qué me sucede, pero no puedo dejar de mirarla.

Cuando me doy cuenta de lo raro que es todo esto, sonrío y me levanto para ir hacia el lago y así quitarle importancia al asunto.

—No deberías llevar las gafas si no las necesitas.

—Ya..., pero las llevo —Eimy se pone a mi lado.

—Es la hora de cenar. Es mejor que volvamos.

—Claro.

Mientras vamos hacia la heladería, nos cruzamos con varias parejas que se pierden en el lago para tener una cita romántica en este bello cuadro.

Al pasar por la heladería me acuerdo del helado que le ha gustado a Eimy, por lo que entro seguido de ella y compro una tarrina de litro para llevar.

No tardamos en llegar a casa, pues no queda lejos del lago. Eimy va a su cuarto a cambiarse, yo hago lo mismo y bajo con un chándal cómodo. Cuando entro en la cocina, Eimy ya está ayudando a sus padres a poner la mesa para la cena. Se ha quitado las gafas y se ha soltado el pelo, que le cae ondulado sobre los hombros. Me hace gracia la camiseta que lleva, en la que se ve a una niña regordeta comiéndose una piruleta con cara de pilla. Siempre le han encantado las camisetas con ilustraciones.

—Sigues siendo una cría —le digo en broma metiéndome con su camiseta.

—Y a mucha honra. Ser adulto es un rollo, tú ya eres un viejo.

Me pongo a ayudarles y Katt y Aiden no tardan en bajar.

—Te queda bien el pelo suelto. Si yo tuviera un pelo así, no me lo recogería —dice Katt—. Y también estás mejor sin las gafas. —Eimy se tensa ante el comentario y solo asiente sonrojada—. Y si a alguien no le gusta, que no mire.

Nos sentamos a cenar, yo al lado de Eimy, como cuando éramos pequeños. Aiden nos cuenta que ha estado trabajando en un nuevo proyecto con Robert y Albert. Las cosas en la empresa van bien, pero nuestro «querido» padre ha decidido quitarnos clientes con malas artes. Tenemos que contraatacar, dice, para que no se salga con la suya. Hablar de

mi padre siempre me tensa... Bueno, de él o de mi madre, pues ella tampoco ha sido un buen ejemplo. Natty y Javier han sido más padres para Aiden y para mí que nuestros propios padres.

Estamos terminado de cenar cuando me suena el móvil. Aiden me mira con mala cara, dejando claro que no le hace gracia que me levante de la mesa, pero lo hago igualmente: es Luz, y esta tarde no nos despedimos de buenas maneras. No le sentó muy bien que le hiciera tanto caso a Eimy. Le dije que no tenía derecho a exigirme ser de otra manera, pues solo somos amigos, pero por lo visto no le gustó que le recordara una vez más cómo están las cosas entre los dos.

Si no me cayera bien y no fuera la hija de mi *manager*, todo sería más sencillo.

Tras descolgar y decirle que espere un momento, bajo a mi estudio para hablar con privacidad.

—¿Qué pasa? —digo sentándome en el sofá de cuero negro.

—Quería saber si tenías previsto ir mañana a la prueba de sonido.

—Sabes que siempre voy. No me has llamado para eso.

—Vale..., siento lo de antes. Sabes que tengo mucho carácter. Pero, como tú dices, no me debes nada, solo somos amigos.

—No pasa nada.

—¿Te has pensado lo de cantar con Gladis?

—Ambos sabemos que tu padre ya ha tomado una decisión. No soy tan estúpido como para creer que tengo la opción de negarme.

—Mi padre sabe lo que hace, es el mejor.

—Lo sé. Por eso aguanto sus órdenes.

Gladis es una cantante famosa que va a sacar un nuevo disco y quiere que grabemos juntos una canción y el videoclip; si soy reticente es porque Gladis es muy buena como cantante, pero como persona no me da buenas vibraciones.

—Tengo que trabajar en unas canciones —le digo cuando ya no sé qué más decirle y el silencio se hace insoportable.

—Claro, nos vemos mañana.

Me quedo un rato en la sala de grabación. No sé en qué estaba pensando cuando decidí dar un paso más con Luz. Desde que empezó a coquetear conmigo dejó claras sus intenciones y sabía que ella quería algo más. El problema es que me pilló con la guardia baja porque me acababa de enterar de que Eimy regresaría. Salí con ella y bebí más de lo acostumbrado. Estaba tan inquieto por la llegada de Eimy, que me dejé llevar para no sentir nada. Al día siguiente me di cuenta de mi error y le hice ver a Luz que no quería nada serio. Ella solo sonrió y me dijo que lo entendía, pero sé que piensa que logrará hacerme cambiar de idea. Me ha llegado a besar en público alguna vez y yo no la he

apartado por no ser grosero con ella, y también porque de esa forma he conseguido por fin un poco de libertad y no estar tan acosado por las fans. Aun así, no me siento cómodo con todo esto. Tengo la impresión de que, por mucho que haya dejado las cosas claras entre Luz y yo, acabaré por hacerle daño. Y eso no solo hará que la pierda como amiga, sino que pondrá en riesgo mi contrato con su padre.

Aunque parece seria y tiene una actitud desafiante, no es mala muchacha, solo ha sufrido mucho. Un día me contó que encontró a su prometido acostándose con su mejor amiga una semana antes de que se casaran. Lo pasó francamente mal. Eran novios de toda la vida y por eso se iban a casar tan jóvenes. Desde entonces trato de ser amable con ella.

Me coloco frente al piano para ver si soy capaz de componer algo. Tras un largo rato intentándolo sin éxito, me siento tremendamente frustrado. Siempre que sucede esto tengo miedo de haber perdido mi inspiración. Me agobia no ser capaz de volver a componer nada bueno. Y sé que si estoy tan bloqueado es, en parte, por pensar así.

Lo intento una vez más, pero al final me levanto y me marcho cuando decido dejarlo por imposible. Las canciones que hasta ahora me parecían buenas ya no lo son tanto. Necesito algo más. Les falta algo. Voy a mi cuarto y cojo el regalo que tengo para Eimy antes de ir a buscarla.

De camino a su cuarto, paso por la cocina y busco el helado que compramos en la heladería. Tras coger dos cucharas y meterlo todo en una bolsa, salgo afuera para trepar por el árbol de Eimy. Salto a su balcón y cuando voy a llamar a la puerta, me doy cuenta de que está abierta. ¿Tal vez ella esperaba que viniera? De niña siempre dejaba su ventana entreabierta por si se me ocurría colarme en su cuarto de noche.

Al entrar, veo a Eimy sentada en la cama leyendo y escuchando música en su móvil con los auriculares puestos. Dejo lo que le he traído en su estantería y camino hacia ella. Como no me ha visto, me dejo caer a su lado sabiendo que pegará un bote. Y así es. Tras el bote, me tira un cojín.

—¡Eres tonto! ¡Me has asustado!

Me río por su cara de enfado y esquivo otro cojín.

—Que sepas que pienso venir a tu habitación cuando menos te lo esperes para darte sustos.

—Cerraré con pestillo la puerta y las ventanas a cal y canto para que no puedas entrar.

—De acuerdo, no te asustaré, pero no me prives de este placer. Además, he traído helado.

—Bueno, por hoy te libras. —Sonríe tomando el helado; mientras le quita la tapa, cojo su móvil con curiosidad de saber qué estaba escuchando. Siento un verdadero regocijo cuando descubro que es a mí.

—No te lo creas mucho —me dice antes de meterse una gran cucharada de helado en la boca. —La miro sonriente—. ¿Qué pasa?

—No, nada. —Tomo un poco de helado, pero Eimy sabe que le oculto algo—. He visto algo nuevo en tu estantería...

Eimy no necesita más para levantarse e ir hacia ella y la sigo con la mirada. Sus bellos ojos vagan por la estantería y se posan en mi primer disco, que antes no estaba ahí.

—¿Lo has sacado de mi cajonera?

—No, fíjate bien.

Eimy lo coge y enseguida ve mi firma y la dedicatoria.

—«Para mi Eimy» —lee en voz alta, y pasa los dedos por la firma—. Me encanta, Jack.

—Fue mi primer disco. Literalmente, el primero que recibí de la discográfica, y quería que fuera tuyo. Y también mi primera dedicatoria.

Eimy me mira emocionada antes de correr hacia mí y abrazarme con fuerza. Le devuelvo el abrazo, siendo consciente de cómo encajamos y de que ya nada queda en ella de esa niña que fue.

* * *

Pongo la tele y comemos el helado viendo una película de acción. Eimy me descubre el final antes de que termine. Me vuelvo hacia ella con el ceño fruncido, pues sabe lo mucho que me molesta que me revienten el final.

—¡Te sigue molestando! —Se ríe—. Lo siento, no puedo evitarlo.

—¿No me digas? —Se ríe con más ganas y acaba por hacerme sonreír.

La peli sigue y, como ella ha aventurado, el malo era el que dijo. Eimy se empieza a acomodar y sé que se está preparando para dormirse. Pienso si debería irme, pero no me apetece hacerlo. Al final sigo viendo la tele escuchando la débil respiración de Eimy, pues hace rato que se ha quedado dormida.

No tardo en dejar de mirar la tele, pues mis ojos tienen un objetivo mejor: Eimy. Me gusta verla dormir. Me recuerda a la niña que conocí, pero ya no la veo como la Eimy que recordaba. Tal vez sí en carácter, pero no puedo ignorar que ha crecido y se ha convertido en una joven muy bonita. Alguien que prefiere que nadie vea toda esa belleza y se sigue escondiendo. Si llevara las trenzas y las gafas porque le gusta ser así, me daría igual, pero sé que lo hace para pasar desapercibida y eso me preocupa. Eimy siempre ha sido muy tímida, le ha costado mucho hacer amigos y eso le ha traído muchos problemas. Siente debilidad por las personas más indefensas y que, como ella, sufren el acoso de los demás, lo cual le ha acarreado que la insultaran y atacaran todavía más, y también la hace aún más admirable.

Yo siempre he tratado de protegerla en la medida que podía, porque no íbamos a la misma clase. Han sido muchas las veces que se ha encerrado en su cuarto llorando y yo he

esperado a su lado a que se le pasaran las lágrimas. Nunca sabía qué hacer por ella ni con la rabia que sentía contra quien la hacía llorar así.

Me duele que esto no haya cambiado. Me gustaría que dejara de esconderse, pues sé que no es feliz así. En los pocos días que lleva aquí, he visto a la Eimy de antes, esa que quería ser invisible. De niña, una de las veces que lloraba porque sus compañeras se habían metido con ella me dijo que deseaba ser invisible y hacerse visible solo cuando ella decidiera. Si dejara de esconderse, todo el mundo vería lo maravillosa que es... y no me refiero solo a físicamente, pues Eimy también esconde su personalidad.

Acaricio su mejilla y se remueve en sueños. Me levanto para cogerla en brazos. Pesa muy poco. Aparto la colcha y la sábana antes de dejarla de nuevo en la cama. Eimy sigue teniendo un sueño muy profundo. Me incorporo, pero soy reticente a marcharme. Sus labios están entreabiertos, como si pidiera un beso en sueños.

Niego con la cabeza, sin comprender el giro que toman, una vez más, mis pensamientos. Apago la tele y me voy por donde he venido, pero en vez de dirigirme hacia mi cuarto, siento la necesidad de componer. ¡Por fin!

* * *

Toco los primeros acordes en el piano. Es una balada. Normalmente no toco el piano en mis conciertos, suelo usar la guitarra, pero sí lo utilizo en casa para componer. La mayoría de las canciones que compusimos Eimy y yo las tocábamos al piano juntos y cantábamos a dúo.

La toco una vez más; suena bien. Falta la letra, pero algunas frases ya corren sin freno por mi mente. Las escribo para no olvidarlas:

Me muero por probar la miel de tus rojos labios, hasta que suspires mi nombre entre ellos.

Aunque tras besarte sepa que me moriré si no sacio de nuevo mi sed con tus besos.

Me muero por amar cada parte de tu ser, hasta borrar con mis manos todo rastro de otros en tu piel.

Haciendo que nunca pienses en irte de la protección de mis brazos. Que nunca pienses en dejarme preso de esta soledad que me persigue si tú no estás a mi lado.

Leo la última frase y dejo la canción a un lado. No porque no me guste, sino porque es como si hubiera desnudado una parte de mi alma con estas frases. La siento demasiado personal; sobre todo la parte de la soledad, pues cuando la escribí estaba pesando en Eimy...

«Oh, esto es ridículo», me digo guardándola y decido dejar pasar este lapsus.

EIMY

Noto que algo roza mi cara y lo espanto con la mano. Otra vez, pero, a pesar de estar adormilada, reconozco una caricia y aparto la mano desconocida de mi cara.

—Déjame.

—Despierta, dormilona, son las diez de la mañana. —Escucho a Jack a mi lado, divertido. Lo miro con los ojos entrecerrados—. Te doy veinte minutos para que te prepares o yo mismo vendré a vestirte. Te he preparado algo de desayuno.

Jack se va y me estiro en la cama. No me lo pienso dos veces y me levanto curiosa por lo que tenga pensado hacer Jack. Me doy una ducha rápida y me miro en el espejo. Mi pelo cae suelto por los hombros, me llega casi a la cintura. Dudo qué hacerme, pero al final me decido por lo de siempre: dos trenzas.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta ancha con unos gatitos muy graciosos y, tras comer algo de lo que me ha traído Jack, cojo mi bolso, guardo en él mi móvil y con la bandeja de los restos del desayuno bajo a buscar a Jack.

Lo encuentro en la cocina hablando con mi madre. Al verme me sonrío y va hacia la puerta del garaje.

—La traeré a casa sana y salva.

—Eso espero. —Mi madre me da un beso antes de que siga a Jack—. ¡Pasadlo bien!

—Eso seguro —le dice Jack antes de abrir la puerta y sujetarla para que pase.

Nos montamos en su coche. El que yo usé ayer está aparcado a su lado, pero es mucho más pequeño y menos elegante que el de Jack. Es curioso, cuando me fui Jack aún no tenía carné de conducir. Jack pulsa el botón del mando de la puerta del garaje. Mientras espera que se abra, se pone unas gafas de sol que ocultan sus ojos y le dan un aire misterioso y seductor. Aunque he llegado a pensar que da igual lo que se ponga, Jack está increíble siempre.

Enciende la radio en cuanto salimos y me dice que puedo poner lo que quiera. Cambio de emisora hasta que en una de ellas suena una canción muy conocida para nosotros, pues es la que compusimos juntos hace años y le lanzó a la fama. La dejo.

Belleza que vagas por la noche entre mis sueños, prométeme que lo nuestro será eterno.

Bella hada que has llegado a mi vida inundando con tu magia mi ser, prométeme que jamás te perderé.

Sonrío. La letra es casi toda mía, pero la música es de Jack.

—¿Qué se siente el al escuchar tu canción en la radio? —le pregunto cuando termina la canción y el locutor de radio dice que es un éxito de ventas.

—Cuando era pequeño y veía a los cantantes famosos, me parecían dioses, como personas inalcanzables que llevaban una vida lejos de la realidad. Luego me he dado cuenta de lo idealizados que los tenía. Un cantante no deja de ser una persona normal y corriente. Me siento el mismo que era. Tal vez ahora pueda hacer disfrutar a la gente con

mi música..., pero en la intimidad sigo siendo yo. No soy una estrella ni nada por el estilo —bromea haciéndome reír.

—A veces sí brillas un poco —bromeo a mi vez.

Jack sigue conduciendo y no puedo evitar mirar cómo lo hace. Me da igual delatarme. Total, no creo que Jack se dé cuenta de que cuando lo miro le digo lo mucho que le quiero.

—Me gusta verte conducir.

—A mí me gustaría saber cómo lo haces tú. Si luego tenemos tiempo, te dejaré mi coche.

—Qué valiente.

—Me gusta el riesgo. —Sonríe de medio lado haciendo que se le marque el hoyuelo.

Empieza una nueva canción de una cantante que suena mucho últimamente, Gladis. No canta mal, pero hay algo en ella que no me gusta. Voy a cambiar de emisora, pero Jack pone la mano sobre la mía para detenerme.

—Quiere que cante con ella. Lleva tiempo insistiendo y sé que mi *manager* ha dicho que lo haré.

Gladis es una joven muy hermosa y sensual. No me extraña que quiera cantar con él. ¿Quién no querría? La idea de que Jack cante con otra persona que no sea yo me pone mala, no puedo evitarlo. Es como si traicionara nuestros dúos... Pero ¿qué estupideces pienso? Yo nunca volveré a cantar con Jack.

—Será bueno para tu carrera —le digo mirando por la ventanilla.

—Y a ti no te hace ninguna gracia, ¿verdad? —Lo dice serio. No me sorprende que haya adivinado mis pensamientos.

—Es tu vida, haz lo que quieras.

Nos quedamos en silencio.

—Si he dudado tanto en decir que sí ha sido porque siento que traiciono nuestro recuerdo. Pero es algo que tarde o temprano tenía que pasar. Cuando se graba un disco, es normal que haya una o dos canciones en las que cantas con otros artistas... y dudo que tú quieras cantar conmigo.

—Hazlo. Alguna tenía que ser la primera.

—La primera siempre fuiste y serás tú.

No digo nada. Me alegra mucho ser la primera y, a fin de cuentas, puede molestarme que cante con otra que no sea yo, pero más me molesta verlo íntimamente con otras chicas. Eso es mucho peor y he tenido que soportarlo muchas veces y hacer de tripas corazón.

—Al menos he sido para ti la primera en algo.

—Y yo el primero para ti.

Me río.

—Y el último. No pienso volver a cantar, ni sola ni acompañada.

—Es una lástima.

—Yo no lo veo así... Y no quiero hablar más de este tema.

Jack no dice nada y me pierdo en el paisaje. Mi mente traicionera me recuerda el momento exacto en el que decidí que nunca más volvería a cantar en público. Es curioso como las risas y los insultos de ese día siguen tan arraigados en mí. No, no volveré a pasar por eso. Los únicos que me han escuchado cantar desde entonces han sido los miembros de mi familia —mis padres, Jack y Aiden, pues ellos siempre han sido parte de mi vida—, y la familia no puede ser objetiva, siempre te ven con buenos ojos.

No tardamos en llegar a un estadio de fútbol. Enseguida sé a qué hemos venido, pues aparte de que hay carteles de Jack por todas partes, sé que su próximo concierto será aquí este sábado. Jack conduce hacia una zona reservada, pero esto no evita que algunas jóvenes le vean y nos sigan; afortunadamente, no son muchas.

—En cuanto salgas, ve hacia esa puerta. —Jack ha parado el coche y saca de la guantera un pase. Me lo tiende—. Con esto no tendrás problema para entrar. No tardaré.

—Suerte con tus fans —le digo antes de bajar del coche con la tranquilidad de saber que yo no soy importante y nadie se fijará en mí.

Al llegar a la puerta, me vuelvo a mirar a Jack. Ha salido y varias jóvenes le piden hacerse fotos con él y que les firme unos autógrafos. Por la cara de Jack, sé que lo disfruta. Se han acercado dos hombres de seguridad que evitan que le avasallen más de la cuenta. Una de las chicas no para de llorar y de temblar. De pronto, un guardia se lleva a Jack tras mirar hacia un punto; no tardo en averiguar qué pasa, pues un montón de jóvenes vienen corriendo hacia ellos. Jack pasa por mi lado sin comentarme nada porque me haya quedado viendo el espectáculo, solo me toma de la mano con fuerza y me mete dentro antes de que los de seguridad cierren la puerta para evitar que se cuelen.

No me suelta la mano mientras avanzamos por los pasillos. Varias personas salen a su paso y le hablan. Me pregunto cómo puede retener tantas cosas en la cabeza. Cada uno le ha dicho algo diferente: sobre el sonido, el escenario, las entradas... Pero a Jack no se le ve agobiado. Al contrario, parece sentirse a gusto entre este caos.

Al llegar a su camerino, cierra la puerta y saca el móvil.

—Tengo que hacer unas llamadas. Tómate algo si quieres. —Me señala una mesa con un termo de café y varios productos de bollería del día.

Aunque ya piqué algo de desayunar, me pongo un café con leche y cojo uno de los bollos recién hechos; está delicioso. Jack termina la llamada y hace otra, se sienta a mi lado y me pide que le prepare lo mismo. Lo hago como le gusta, con mucho más café que a mí. Al menos, antes era así. Jack habla con alguien sobre el escenario; al parecer hay algún problema con el sonido.

Cuelga y da un trago a su café, después sonrío.

—Eres la persona que mejor me conoce.

—He crecido contigo, es fácil.

—Es más que eso. —Jack me clava sus penetrantes ojos azules.

Unos golpes en la puerta impiden que le pregunte a qué se refiere. Luz entra sin que Jack le dé permiso. Al verme le cambia la cara y me mira de arriba abajo, dejando claro que no le gusta mi presencia allí. Me hace sentir una intrusa.

—No sabía que la habías traído. Solo será una carga para ti.

Me trago lo que pienso. Me levanto para irme, pero Jack toma mi mano.

—Eimy no será nunca una carga para mí. ¿Qué quieres?

Rápidamente Luz se da cuenta de que Jack se pondría de mi parte si tuviera que elegir entre las dos. Esto no puede acabar bien, pero que lo haga tras lo que pasó con Natalia me gusta mucho y me hace pensar que tal vez Luz no le guste tanto como dice la prensa.

—Mi padre quiere hablar contigo. Y ya puedes empezar las pruebas de sonido; estaría bien que las hicieras para ver si han solucionado el problema de la acústica.

—Bien, ahora iré.

—Debes ir ya, ella ya es mayorcita.

—¡Luz!

—¿Qué? Ya te dije lo que pienso de que traigas a tus amiguitos a los ensayos. Vamos.

Jack se tensa; pongo mi mano sobre la suya y le acaricio.

—Ve con ella. Me quedaré aquí hasta que puedas venir...

—No te he traído para que te quedes sola. Ven, te presentaré a alguien.

Salimos los tres del camerino de Jack y nos dirigimos hacia una sala. Enseguida escucho los acordes de una de las canciones más movidas de Jack. Entramos y veo una pareja bailando que al ver a Jack se detienen para saludarle. Sé quién es él por el videoclip, pero no lo conozco en persona. Tiene el pelo rubio y los ojos cálidos, azules. Es tremendamente guapo y cuando se vuelve a mirarme, me siento intimidada. Rezuma mucha masculinidad.

—Ella es Eimy. Eimy, él es mi amigo Gonzalo.

—Encantado. —Me da dos besos.

—Quédate aquí con él mientras ensayan, no tardaré en venir. —Dudo, pero no me apetece quedarme sola en el camerino, y ver cómo ensayan no puede ser tan malo. Asiento—. Y Gon, ni tocarla o te mato. Te está totalmente vedada. ¿Queda claro?

Gonzalo se ríe, pero Jack, no. Luz me mira una vez más como si quisiera matarme. Decido sentarme en uno de los bancos que hay junto a la pared. Jack no tarda en irse, y Luz con él.

—Veo que te protege mucho, o me conoce muy bien.

Asiento sonrojada. Gonzalo no me pide que hable. Me tiende una botella de agua que dejo a un lado y va hacia la joven para seguir ensayando.

Gonzalo baila muy bien, de una forma elegante y muy, muy sensual. Sus pasos de baile son muy varoniles y la joven parece una princesa entre sus brazos. Ya lo había visto bailar en el videoclip y en algún concierto de Jack, pero tan de cerca consigue que se me pongan los pelos de punta y no puedo apartar la mirada de él.

Cuando terminan la coreografía, Gonzalo se sienta a mi lado tras coger una botella de agua y coge la mía para ponerla ante mí.

—Deberías beber más. Hace mucho calor aquí, debes hidratarte. —Tienen razón, esta sala es un poco agobiante, por lo que bebo un trago de agua.

—Así que eres la famosa Eimy. —Lo miro. Gonzalo se ríe—. Katt me habló de ti. Cuando le pregunté a Jack por ti, solo me gruñó. Me alegra saber que volvéis a ser tan amigos como antes.

—Sí.

—¿Te ha gustado la coreografía?

—Sí, mucho.

Gonzalo me clava sus bonitos ojos.

—Espero que también les guste a las fans de Jack, aunque con él cantando creo que pocos nos miran.

—Ya será menos —le digo incapaz de reprimir lo que pienso.

Gonzalo sonrío con picardía. Tras pegar un trago más de su botella se levanta para seguir con el ensayo. Al rato recibo un mensaje de Jack: me dice que vaya al escenario.

Me despido de Gonzalo y su compañera y salgo a buscar el escenario. No tardo en encontrarlo: no tiene pérdida, sobre todo porque me va guiando la voz de Jack. Subo por unas escaleras; Jack está en el centro probando unos micros. En cuanto me ve, me hace un gesto para que me acerque. Lo hago sonrojada, pues hay mucha gente aquí ajetreada haciendo cosas. Me siento fuera de lugar.

—No me digas que no sería genial, Eimy —me dice Jack posando su mano en mi cintura y acercándose a él. Sé a lo que se refiere. Agacho la mirada—. Sí, lo sería —contesta él por los dos, pues, aunque lo sea, nunca sucederá.

Me apoyo en el hombro de Jack al tiempo que él sigue probando el micro sin soltarme. Aunque me gustaría decir que estoy pendiente de todas las personas que nos rodean, solo tengo ojos para Jack, solo soy capaz de sentir su mano en mi cintura y su

presencia a mi lado. Me parece increíble que hace tan solo unos meses yo estuviera viendo un concierto suyo entre el público, tan lejos de él.

CAPÍTULO 6



JACK

Eimy me sonrío cuando se da cuenta de que la estoy mirando. Sus horribles gafas no me pueden ocultar sus preciosos ojos verdes. Hace años que al mirarla solo la veo a ella, lleve lo que lleve..., aunque he de admitir que desde que regresó todo es más intenso. Nunca abrazarla me hizo sentir este deseo de profundizar el abrazo, de buscar excusas para retenerla a mi lado. Me separo para ir a por mi guitarra, precisamente por eso. No sé qué me está pasando, pero cuando está cerca no puedo pensar en que solo es mi amiga Eimy, solo soy capaz de pensar que es mi Eimy y eso lo cambia todo, pues ella es la persona más importante de mi vida, siempre lo ha sido. No sé si esto solo se debe a mi miedo por que vuelva a irse y quiero impedirlo a toda costa. Y cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que esa es la única explicación posible.

Cuando vuelvo hacia el centro del escenario, veo que Eimy se ha sentado en uno de los altavoces. Me sonrío cuando la miro.

Empiezo a tocar. El rasgueo de la guitarra suena por los altavoces y se le une mi voz cuando me acerco al micro y canto una de mis canciones. No puedo evitar mirar a Eimy cuando lo hago y, a menudo, la veo mover los labios siguiendo la letra. Ojalá cantase en algo y dejase atrás ese miedo que le hace bloquearse, pero sé que no lo hará. Si no lo ha conseguido en diez años, no lo va a perder ahora.

Sigo tocando para que los técnicos puedan hacer la prueba de sonido. Los ojos de Eimy brillan de emoción. Yo sabía que iba a disfrutar de todo esto, por eso quería que estuviera aquí.

Paramos el ensayo a la hora de la comida. Luz viene a decirnos que han pedido unas pizzas.

—Has estado genial —me dice Eimy cuando vamos hacia la sala donde comemos.

—Gracias. —Le tiendo la púa con la que he tocado, pues de niña le gustaban—. Para ti.

—Gracias. —Me sonrío feliz y se quita el collar para ponérsela en él—. Así me acordaré del concierto que me has hecho en privado.

—Te he hecho muchos en privado.

—Ya, pero no en un estadio de fútbol ni siendo tú un cantante famoso.

Nos reunimos con los demás y nos sentamos a la mesa. Eimy come en silencio; solo habla cuando yo le pregunto algo, o Gon, que se ha puesto a su lado. Cosa que me sorprende bastante, pues se acaban de conocer.

Al terminar de comer recogemos todo y cada uno vuelve a la suyo. Me acerco a Eimy: está mirando un plano en el móvil.

—¿Quieres ir a algún sitio?

Alza la cabeza.

—La verdad es que sí. En esta ciudad hay una librería a la que siempre he querido ir y no queda muy lejos. Como me diste el pase, no tendré problema para volver a entrar.

La idea de que se vaya sola no me hace gracia y Eimy debe de notarlo.

—Vamos, Jack. Solo será un momento —me dice posando su mano sobre la mía—. Además, llevo el móvil.

Se aleja antes de que pueda decir nada, tal vez porque sabe que voy a intentar convencerla para que se quede. No conozco mucho esta ciudad, pero sí sé que en los alrededores del estadio no hay muchas casas. Salgo a buscarla, pero ya se ha ido. Seguro que ha salido corriendo. ¡Maldita sea! Ojalá no me conociera tan bien.

—Estará bien. Pese a su apariencia ya no es una niña ni tú eres su niñera.

Me vuelvo furioso hacia Luz, dejando claro lo poco que me gusta su comentario.

—No me mires así, la tratas como si siguiera siendo tu hermana pequeña.

—Nunca ha sido para mí como una hermana pequeña —le digo a Luz, que tuerce el morro disgustada.

—Lo que tú digas, pero es lo que parece. Y ahora, ensayemos; vamos muy retrasados.

Miro a Luz volver adentro, y una vez más en la dirección en que se ha ido Eimy. Inquieto, sigo a Luz, sabiendo que no estaré centrado hasta que Eimy no regrese.

EIMY

La librería estaba más lejos de lo que pensaba, pero necesitaba salir de allí. La gente es muy maja y Gonzalo hace que me sienta cómoda —tiene una personalidad que te atrapa y te mete de lleno en la conversación—. Pero Luz..., a Luz no la soporto. Y mucho menos sus miradas de odio y sus comentarios. Antes de entrar a comer, cuando Jack no estaba cerca, me dijo:

—Para él siempre serás una niña pequeña. Y deja de mirarlo con esos ojos, solo te pones en evidencia.

Me tensé y estuve a punto de decirle que se callara, que ella no sabe nada, pero tiene razón. El que Jack no quisiera que me fuera sola me demuestra que cree que no soy capaz

de cuidar de mí. Si por él hubiera sido, me habría retenido allí. ¿Acaso no se da cuenta de que he crecido? No, y tal vez nunca lo haga. Sé que mi ropa y mi peinado no ayudan a que me mire de otro modo. Aunque sé que Jack solo se preocupa por mí, las palabras de Luz me han hecho daño. Ya no quiero que me vea como su amiga pequeña a la que tenía que defender. Sé cuidar de mí misma... o, al menos, lo intento. Pero nadie parece verlo. Mis padres me sobreprotegen y mis tíos me sobreprotegían. Y Jack..., bueno, Jack va a ratos, pero sé que no le gusta que vaya sola a los sitios.

Decido dejar de pensar en eso y entro en la librería.

Se me pasa el tiempo leyendo sinopsis y me cuesta no llevarme todos los libros que me han llamado la atención. Finalmente me decido por dos de ellos y voy a la sección de libros de suspense, los preferidos de Jack. Me han hablado de uno muy bueno y quería regalárselo. En cuanto lo veo, lo cojo y me voy a pagar.

Salgo de la tienda con mi bolsa de libros. Al poco me encuentro una cafetería que tiene expuestos en el escaparate unos bollos con una pinta estupenda. Sin muchas ganas de regresar y que Luz me siga clavando dardos afilados, me meto en la cafetería y pido un café con un bollo. Me siento en la barra a tomármelo mientras observo la calle. La gente suele ignorarme; no se percatan de mi presencia ni llamo la atención pese a mi forma de vestir, pues al mirarme solo ven a una niña. ¿Es por eso por lo que sigo vistiendo así? Me remuevo inquieta en el taburete.

Pienso en Luz. Viste muy bien, sofisticada y elegante, y su escote muestra lo justo para insinuar sin ser descarado.

Me vibra el móvil y lo saco. Es un mensaje de Jack, preguntándome dónde estoy, y le respondo: «Sigo viva». Al rato me manda otro: «Qué graciosa, no tardes».

Sonrío tras responderle que no y sigo disfrutando del café.

Pienso en la universidad. Estoy aterrada por lo que sucederá, pero tengo la esperanza de que todo sea distinto. Ya no es como en el instituto, somos más adultos... Aun así, la duda y el miedo me revuelven las tripas.

Estoy a punto de irme cuando se pone a mi lado una chica que me resulta familiar, aunque su pelo rubio de mechuras y su ropa ajustada me despistan. Miro su cara a través del espejo que hay detrás de la barra y, cuando la reconozco, me quedo sin palabras. Me levanto para saludarla y le digo efusiva:

—¡Olga! ¿Qué tal? Me alegro de verte.

Ella se vuelve y me mira de arriba abajo con cara de asco, dejando claro lo poco que le agrada verme.

—Eimy, ya me iba.

Ha cambiado, y no a mejor. ¿Dónde está la chica amable y frágil que conocí? Me recorre un escalofrío.

—Y adiós. —Se da media vuelta y se va.

Fuera, en la puerta, la esperan unas amigas que me señalan y, tras algo que les dice Olga, se ríen. Inquieta, espero a que se alejen para irme. Me cuesta creer que la chica que trató de suicidarse por culpa de las habladurías ahora sea así. Ella sabe mejor que nadie lo que duelen. ¿A qué se debe este cambio? Ha llevado a la práctica la frase de «si no puedes con ellas, únete».

Salgo de la cafetería y regreso al estadio dándole vueltas a lo sucedido. En parte me alegro mucho de que esté bien, pero el cambio es brutal.

Al llegar, veo un montón de chicas esperando a que salga Jack, muchas más de las que había esta mañana; cuando trato de pasar entre ellas, me echan hacia atrás. Lo intento de nuevo, pero me apartan sin importarles que lleve el pase. Para ellos solo soy alguien que quiere colarse. Lo intento una vez más, pero me empujan con tanta fuerza que caigo al suelo, de culo. «Genial, simplemente genial», pienso, sentándome en el bordillo con el trasero dolorido.

Conforme pasan los minutos va llegando más gente. No sé cómo va a salir Jack de ahí dentro sin que ataquen su coche. Me vibra el móvil.

—¿Dónde diablos estás?

—¿Por qué no haces más que preocuparte por mí? Te aseguro que puedo cuidarme sola. Ya no soy una niña. ¡Estoy harta de que todos me veáis así!

Le cuelgo sabiendo que me he pasado, que he pagado todo con él. Me levanto decidida a volver a mi casa yo sola. Jack me vuelve a llamar, pero le cuelgo otra vez y apago el móvil.

De camino a la librería he visto la estación de autobuses. Me dirijo hacia allí. Por suerte, el próximo autobús que va al pueblo sale en unos minutos. Una vez me subo en él, dudo, pero no lo pienso más y me dejo llevar. Tal vez para demostrar a todos que sé valerme por mí misma.

El autobús me deja un poco alejada del centro. Mientras camino hacia mi casa, paso por una zona de casas adosadas muy acogedoras. Me quedo mirando una que tiene un columpio en la puerta. Siempre me han gustado los columpios. Recuerdo cuando Jack me enseñó a darme impulso, cómo gritaba feliz a mi lado. A casi todos los niños son sus padres los que les enseñan a andar, a montar en bici, a atarse los cordones, a columpiarse..., pero a mí fue Jack. Mi madre cuenta que, cuando ya me tenía en pie, me cogía de las manos e intentaba una y otra vez que anduviera; decía que, si no, era muy aburrida. Tanto insistió que al final di mis primeros pasos con él. Y así todo.

Para él siempre seré una niña, igual que para mis padres: por mucho que crezca, siempre me verán como su pequeña. Sin embargo, con ellos no me molesta tanto y sé que la culpa la tiene que no puedo evitar amarle.

De repente siento que alguien se choca conmigo. Al bajar la cabeza, veo a una niña de unos siete años sonreírme.

—Lo siento.

—¡Nora! —exclamo, pues me acuerdo de ella por las fotos de Jack.

—¿La conoces? —le pregunta a Nora una joven de unos veinticinco años muy bonita que lleva a otra niña en un carrito. Nora niega con la cabeza.

—Lo siento, yo... —Tomo aire—. La vi en fotos... Soy Eimy... —«Como si ella supiera quién soy», pienso.

—¿Eimy? ¿La mejor amiga de Jack? —Asiento, al parecer sí lo sabe. Me da un abrazo—. Yo soy Jenna y ella es mi hija Nora. ¿Qué tal ha ido la vuelta?

—Bien.

Nora me mira con calidez. Le sonrío.

—Tenía tantas ganas de conocerte... Jack nos dijo que pronto te llevaría a una de nuestras comidas o cenas, pero todavía no ha habido ocasión. ¿Tienes prisa?

—Lo cierto es que sí.

—Otro día tal vez. —Jenna saca del coche a una niña pequeña, muy bonita, que se abraza a ella en cuanto la saca.

—Esa es mi casa. —Me señala la que está al lado de la del columpio—. Aquí estoy para lo que necesites.

Asiento y sigo mi camino. Jenna me ha causado muy buena impresión; no hace falta ser un lince para ver la bondad en sus ojos. Nora es aún más bonita en persona, parece una princesa; y su hermana pequeña es igual que Jenna, salvo porque tiene unos grandes ojos dorados como los de Nora.

No tardo mucho en llegar a mi casa. Mi madre se sorprende de que venga sola, señal de que Jack no ha regresado todavía. Mejor. Me sirvo un poco de agua antes de responderles:

—Jack tenía mucho trabajo y me vine en autobús...

—Me extraña que Jack te dejara volver sola —dice mi madre al tiempo que resuena un portazo en la cocina.

Jack entra con cara de pocos amigos y viene directo hacia mí hecho un basilisco.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Dices que te trato como a una niña. ¡¿Y cómo no lo voy a hacer si te comportas como tal?!

—¿Ves? Lo reconoces. ¡Ya no soy una cría a la que debes llevar de la mano como si fuera tonta! ¡Tengo diecinueve años!

—Chicos, es mejor que... —Jack no deja terminar a mi madre.

—¡Perdóname por preocuparme por ti! Por tu culpa he dejado el ensayo a medias por si te había pasado algo.

—¡¡Pues por mí puedes dejar de preocuparte por mí!! ¡Llevo cuatro años cuidándome sola!

—Si no quieres que te traten como a una cría, deja de vestirte como ellas —me dice mordaz.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Me gusta vestir así, y si no te gusta, que te den.

—Chicos... —Mi madre insiste una vez más.

—No, no te gusta, pero prefieres vestir como siempre a cambiar de estilo y que la gente se meta también con él. No eres más que una cobarde.

—¡Y tú eres idiota! ¡No te soporto!

—¡Yo a ti tampoco! —dice Jack antes de irse.

Cierra la puerta de la cocina. Las lágrimas que he retenido caen por mi cara, la rabia se apodera de mí.

—No entiendo nada —dice Katt. Miro hacia mi derecha y me doy cuenta de que Aiden también está a su lado en la cocina. Lo han visto todo.

Mortificada, me voy a mi cuarto y cierro con pestillo antes de tirarme en la cama y llorar desconsolada. Pese a que me ha dolido mucho su comentario, Jack tiene razón: me sigo vistiendo así porque al menos ya estoy acostumbrada a las burlas que recibo por esta apariencia, y prefiero eso a cambiar y que se sigan metiendo conmigo. O, peor, que al quitarme el disfraz decidan meterse con mi forma de ser. Hace años intenté cambiar y no sirvió de nada. ¡Y ya conozco lo que he de esperar cuando visto así! ¡Odio que me conozca tan bien! Y lo peor es que también tiene razón en lo demás: con mi comportamiento solo he demostrado que sigo siendo una niña.

Enciendo el móvil con la intención de pedir perdón a Jack. No es la primera vez que discutimos, de pequeños reñíamos por tonterías, pero cuando creces las discusiones hacen más daño. Jack no me coge el teléfono, así que le escribo un mensaje:

Lo siento, siento mi forma de actuar. Me gustaría hablar contigo.

Tocan a la puerta. Mi padre me pide que le abra, que me trae algo de cena. Lo hago y entra con una bandeja.

—¿Ha vuelto Jack?

—No, mamá me ha contado vuestra pelea. Una más. ¿Qué ha pasado?

—No tiene la culpa de que yo me haya sentido inferior.

—Mamá me ha dicho que te reprochó tu forma de vestir. Ya sabes lo que nosotros pensamos...

—Sí, que me escondo detrás de mi ropa y mis trenzas. No quiero hablar de ese tema.

—No te tortures. Sabes que al final te buscará para que lo solucionéis.

—Ya..., estoy bien.

Mi padre me acaricia la cara. Cuando se va, me miro en el espejo. Llevo unas mallas negras y una camiseta azul, ancha, con un dibujo de un gracioso elefante. Me gustan estas camisetas..., pero también me gusta otro tipo de ropa y no me atrevo a ponérmela. Soy una cobarde.

Ceno un poco, pendiente de la puerta de mi cuarto y de la del balcón, que he dejado entreabiertas por si Jack apareciera.

Son cerca de las doce cuando me meto en la cama para ver la tele. Me estoy quedando medio dormida cuando noto que alguien se sienta en mi cama, despertándome. Es Jack.

Me incorporo. Él me mira con sus penetrantes ojos azules entrecerrados; sigue molesto.

—Lamento lo que te dije de tu forma de vestir..., pero no voy a pedirte perdón por preocuparme por ti. Temo que te pase algo malo, no puedo evitarlo... Pero te juro que desde que volviste no te veo como una niña, y una parte de mí piensa que todo sería más fácil si así fuera.

—No lo entiendo.

—No lo hago ni yo, pero es mejor dejar ese tema. —Abro la boca para hablar, pero Jack pone un dedo en mis labios—. He estado pensando. El que yo quiera cuidar de ti no es nada nuevo, así que ha tenido que ocurrir algo para que actuaras así. Gonzalo me dijo que Luz te había dicho algo... —Agacho la mirada—. ¿Te dijo ella que eras una cría? Y no me mientas.

—No la soporto. Me mira como si por mi culpa te fueras a separar de ella.

—Me he dado cuenta. ¿Y?

—Sí, algo así. Pero ese no es el motivo. ¿Te acuerdas de la chica de la que te hablé, la que trató de suicidarse? —Asiente—. Pues la vi en la cafetería, aunque casi no la reconocí. Estaba más guapa, se había hecho mechas en el pelo y vestía a la moda. Me acerqué a saludarla, pero ella me trató con desdén y después se rio de mí con sus amigas. Me impactó que alguien que sabía lo que dolía, que casi se quita la vida por eso, se comportara así... Bueno, y luego, cuando regresé al estadio... —Me callo.

—¿Qué?

—Pues que una de tus fans me tiró de culo. —Esto se lo digo con una media sonrisa—. Supongo que se me juntó todo.

—Entiendo. Lo siento, Eimy.

Alzo los hombros.

—No pasa nada.

—Sobre lo de tu ropa... —Jack coge mis gafas de la mesilla y les da vueltas en las manos—. Si de verdad te gusta vestir así, lo aceptaré. Yo siempre te veo bonita, lleves lo que lleves. —Abro la boca para replicar, pero no me da tiempo—. Lo eres, Eimy, eres muy bonita. El problema es que tú no te das cuenta y te ocultas tras esa imagen solo porque es más fácil para ti lidiar con las posibles críticas que te puedan hacer. Y eso es lo que me da rabia. Nos conocemos desde hace años... De niña te encantaba comprar revistas de moda e imaginarte cómo serías cuando crecieras. Te he visto miles de veces pintarte con el maquillaje de tu madre y arreglarte el pelo. Pero después de lo que pasó en el escenario... quisiste desaparecer. Primero fueron tus gafas más grandes, luego la ropa ancha y luego las trenzas. Poco a poco te fuiste ocultando al mundo.

Miro sus manos morenas.

—Hagas lo que hagas te apoyaré, pero me duele ver que te ocultas por miedo. Vales mucho y ni tú te das cuenta. Si la gente te anula es porque tú les dejas y porque ven que, si quisieras, brillarías con tanta luz que les cegarías a todos.

Jack me seca una lágrima que cae por mi mejilla y, destapándome, me coge y me sienta sobre sus piernas como si fuera un peso pluma. Sin soltarme, se acomoda en la cama y se apoya en los cojines. Me dejo caer en su pecho y disfruto de la sensación de sus brazos rodeándome, protegiéndome. Nunca me he sentido tan segura como estando entre sus brazos.

—Hueles muy bien —le digo, atreviéndome a pasar la mano por su pecho. Jack toma mi mano y me la coge para evitar que le acaricie. Me sorprende su reacción, pero no le doy importancia.

—Tú sigues oliendo al perfume que te regalé.

—Me gusta mucho. Cada vez que se me termina me compro otro... aunque me deje un dineral en él.

Jack se ríe. Me acomodo mejor en su pecho. Estar así es un sueño. Jack me acaricia la espalda, distraído. Con cada caricia, noto que se incrementan los temblores que siento por tenerlo tan cerca. Las mariposas en mi tripa revolotean como locas y mi corazón late tan acelerado que temo que estalle en cualquier momento y, pese a todo, soy muy feliz por estar así con él. Ojalá pudiéramos quedarnos así toda la vida.

—Cuando se me pasó el cabreo, tuve miedo de regresar a casa y que te hubieras ido —me confiesa, y sé que la razón es que la última vez que discutimos, me fui.

Me alzo un poco y le tiendo el dedo meñique. Él sonrío y lo entrelaza con el suyo.

—Te prometo que nunca me iré de esa forma.

—Ni de ninguna otra. —Sonrío y asiento—. Eres una niña —dice alzando nuestros dedos, como para demostrármelo.

—No me importa hacer cosas de cría. Lo que me duele es que me veas inferior a ti..., como cuando entramos en el instituto —le reconozco.

—En esa época yo era idiota. La edad del pavo, ya sabes. —Me río—. Pero ya no soy ese niño. Soy más listo.

—Creído.

Sonríe y dice:

—No volveré a cometer el error de no admitir que donde mejor me siento es a tu lado.

Me sonrojo hasta las orejas. Sé que Jack no lo dice desde el punto de vista romántico, sino simplemente porque soy alguien muy importante de su vida. La ausencia de su madre ha hecho que su apego por mí sea tan fuerte. Pero ser consciente de eso no evita que me estremezca y que sepa que guardaré sus palabras en mi memoria como oro en paño.

—Pienso lo mismo.

Nos quedamos así, abrazados, sin llenar el silencio con palabras innecesarias, hasta que el móvil de Jack empieza a vibrar en su bolsillo y me río por las cosquillas que me hace.

—No te dejan en paz.

Jack se levanta para sacar el móvil, separándose de mí —lástima; estaba tan cómoda entre sus brazos...—, pero, en vez de cogerlo, cuelga. Me apoyo en el respaldo esperando a que regrese, pero me quedo atónita cuando va hacia el balcón y se marcha. ¿Se marcha? Salgo tras él y lo veo alejarse hacia la casa con el móvil en la oreja.

Enfadada por su actitud y molesta porque quien le ha llamado ha hecho que se fuera de esta forma, me acuesto de nuevo y apago la luz.

Estoy casi dormida cuando siento que alguien se mete en mi cama.

—¡Jack! ¿Qué haces aquí?

—Me apetece dormir aquí, pero no quería hacerlo en vaqueros. Aparta, que no me dejas sitio.

—Como entren mis padres...

—Tranquila, he cerrado con pestillo.

Me muevo, alterada. Hace años que no dormimos juntos; de niños nos quedábamos dormidos viendo la tele y Jack no se volvía a su cama. Pero ahora todo es distinto; ahora soy más consciente de él.

—Pero ¿por qué quieres dormir conmigo? No lo entiendo...

Jack nos tapa y me coge para que me recueste en su pecho. Se ha puesto una camiseta de algodón, cómoda.

—Así evito que huyas de nuevo.

—Ya, claro.

—¿Por los viejos tiempos?

—No me lo creo.

—Porque quiero.

—Eso ya se acerca más a la verdad.

—Vale. No sé por qué deseo esto, pero no quiero estar lejos de ti.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Como cuando éramos niños.

—No, ya no somos niños. Y ahora duerme. Hay preguntas que no tienen respuesta, pero no pienso dejar de hacer contigo las cosas que me apetecen. Eres mi mejor amiga.

Me tenso. Podría haberse ahorrado ese recordatorio. Aunque sé que no siente nada por mí, era más feliz mintiéndome a mí misma.

—Espero que no ronques.

Jack se ríe.

—Te fastidias.

Al final consigo dormirme, sintiéndome como en una nube y con la protección de sus brazos rodeándome. Lo malo es que haciendo este tipo de cosas solo consigue que cada vez lo ame más.

CAPÍTULO 7



JACK

Me despierto cerca del amanecer. Eimy sigue apoyada en mi pecho. Me gusta tenerla así, me gusta mucho. Lo peor es que soy muy consciente de sus curvas de mujer y, aunque el placer de estar abrazado a ella es grande, mi deseo de acariciar cada parte de su cuerpo es aún mayor. Y luego dice Eimy que la veo como a una niña. Si ella supiera...

Anoche, antes de que me sonara el móvil, deseaba que el sueño nos atrapara abrazados y así tener una excusa para dormir a su lado. Luego, mientras hablaba con Luz y le decía que no eran horas de llamarme, pensé que por qué tenía que buscar una excusa para dormir con Eimy si esta no sería la primera vez.

Pero nada es como antes, nada. Estar con ella así es lo mejor que he vivido últimamente, y pensar eso me mosquea. No, es mejor hacerme el tonto y no pararme a analizarlo. Prefiero pensar que se debe a lo mucho que quiero a Eimy, pues ella siempre ha sido la persona más importante de mi vida. No hay más que eso.

* * *

Me termino el café que he preparado. He salido del cuarto de Eimy por el balcón y he ido al mío para ducharme y preparar algunas cosas para el concierto de esta noche. Natty entra en la cocina cuando estoy fregando la taza.

—Qué madrugador.

—Buenos días —contesto incómodo por haber dormido con su hija a dos habitaciones de ellos, pero no hemos hecho nada, salvo dormir—. Tengo que irme para preparar el concierto.

—Ya lo imagino.

—Os he dejado sobre la mesa pases para los tres. Os espero allí.

—Bien, aunque no sé si nosotros iremos; si no, le diré a Eimy que vaya con Aiden y Katt, que sí tenían intención de ir.

—Como quieras.

—No puedes irte sin tomar nada más que un café.

—Ya comeré algo.

Asiente y me mira dudosa.

—¿Hiciste las paces con mi hija?

—Sí, y me ha prometido que nunca volverá a irse de la forma en que lo hizo.

Natty se relaja al escuchar eso. Sé que, al igual que yo, temía que su hija no se adaptara a su regreso, pero eso no tiene por qué pasar. Al menos, haré lo posible para evitar que pase.

EIMY

Al final, mis padres han preferido que fuera con Aiden y Katt. Insistían en que no querían molestar y no ha habido manera de convencerlos. Me he cambiado de ropa un montón de veces —y no hablemos de las que me he cambiado el peinado—, pero al final he vuelto a lo de siempre. He optado por hacerme una cola alta y dejarme algunos mechones sueltos, y me he puesto un pantalón negro y una camiseta algo ancha, pero sin dibujos. Algo es algo. Eso sí, me he puesto mis gafas. Es como si con ellas viera la vida de otra forma, como si me protegieran... Un razonamiento realmente estúpido, pero es lo que siento cuando las llevo puestas.

Aunque me siento cómoda por ir con mi estilo de siempre, estoy inquieta. Katt va preciosa, con un vestido veraniego de color turquesa. La envidio, tiene mucha seguridad en sí misma. A veces hasta me olvido de que casi no la conozco; mi timidez desaparece cuando estoy con ella.

Llegamos al estadio. Los alrededores están llenos de gente y hay varios puestos de *merchandising* que venden camisetas, posters, CD y fotografías. Estoy tentada de ir hacia allí y comprar algo, pero Aiden, que me ha visto la intención en la cara, me dice:

—Si quieres algo, puedes pedirselo a Jack, a él se lo da gratis la discográfica. Y lo que venden en los puestos es lo mismo que está colgado en su web oficial.

—Está bien, le echaré un vistazo.

Entramos sin problema, pues los dos guardias de seguridad que están en la puerta de artistas conocen a Aiden y nos dejan pasar a los tres sin necesidad de usar los pases. Ya en las gradas, Aiden nos guía hasta una zona vip donde hay otras personas invitadas, familiares y amigos de los miembros del equipo. Estamos muy cerca del escenario, más de lo que he estado nunca cuando he ido a ver a Jack. Aún queda un poco para que empiece el concierto. Miro hacia bastidores para ver si le distingo, pero desde aquí no se ve gran cosa. El público, la mayoría quinceañeras, no para de gritar a Jack, con la esperanza de que salga antes de lo previsto.

Llega la hora de comenzar el concierto. Las luces se apagan y, cuando se encienden de nuevo, los músicos ya están colocados en el escenario. La gente grita y aplaude eufórica y yo sonrío, con el corazón latiéndome como loco en el pecho por la expectación.

Las luces de los focos empiezan a dar vueltas al tiempo que los músicos tocan los primeros acordes. Y de pronto, la música se detiene, las luces se apagan y suena en uno de los lados la voz inconfundible de Jack, que no tarda en ser enfocado por un cañón y en

aparecer en las pantallas gigantes de los lados, que hasta ahora estaban a oscuras. La gente grita emocionada, Jack sonrío de medio lado, sabedor del efecto que ese simple gesto tiene en sus fans. No puedo apartar los ojos de él. Está increíblemente guapo. Va con unos vaqueros negros, una camisa blanca que se ciñe a su torso y una pulsera de cuero en cada muñeca. Su pelo negro, que le cae de forma juguetona sobre la frente, y su mirada pícaro le dan un aspecto de pirata.

Jack ahora es el amo del escenario.

En cierto momento, mira hacia donde estamos sentados y por su expresión sé que me está saludando. Cuando termina la canción presenta a sus músicos y agradece a todos el estar aquí. Tocaban el siguiente tema. Katt canta a mi lado, sonrío cuando la miro y sigue. Yo estoy tentada de dejarme llevar, pero hace muchos años que no canto y menos delante de tanta gente, por mucho que la voz amplificadora de Jack ahogara mi voz. No puedo, es superior a mí.

El concierto sigue, la gente está cada vez más metida en él. La canción que empieza a sonar ahora habla de lo que siente cuando hace el amor a una mujer. Me sonrojo y no puedo evitar recordar sus manos en mi espalda acariciándome y mi mejilla apoyada en su pecho. Jack no solo despierta en mí amor, sino también un deseo que nunca he sentido por nadie. Y que cante con esa voz tan sensual y masculina no ayuda para que mi mente no recree lo que se sentiría de ser la mujer de esa canción y ser amada por él... como seguramente estén haciendo la mayoría de las mujeres. Lo triste es que soy una más. Por muy cerca que lo tenga, por muy amiga de la infancia que sea, la realidad es que él es inalcanzable para mí.

Aun así, sigo disfrutando del concierto. Aiden nos ha traído algo de comer y de beber, y Katt le ha dado las gracias con un intenso beso. Me encanta su espontaneidad y sé que era justo lo que Aiden necesitaba: alguien que fuera totalmente transparente y que sacara a la luz su verdadera personalidad.

Estoy absorta en este pensamiento cuando de pronto escucho decir a Jack algo que hace que toda mi atención se centre en él:

—Quiero dedicar la siguiente canción a alguien muy especial para mí... —Y mira directamente hacia aquí..., ¡hacia mí!

Me sonrojo a más no poder y miro a mi alrededor, pero, salvo Katt y Aiden, nadie parece haberse dado cuenta de que va por mí. Y acto seguido, Jack empieza a cantar una de las canciones de su disco que compusimos juntos.

Y sin querer, rememoro aquel día fatídico. Jack siempre hablaba de que un día llegaríamos lejos juntos y esa ambición nos llevó a querer cantar en una fiesta del colegio. Yo tenía diez años y Jack, trece. Mi madre me había ayudado a vestirme para la ocasión: llevaba un vestido blanco con detalles en azul celeste y una diadema en el pelo. Nunca me había sentido tan bonita. Y en mi mente, ilusa de mí, creía que después de ese día todo sería distinto, que las niñas de mi clase dejarían de burlarse de mí y que me respetarían igual que respetaban a Jack...

Pero nada salió como pensaba. Cuando nos situamos en el escenario, Jack en el piano y yo delante del micrófono, escuché las risas de mis compañeras. Me gritaban que de qué iba disfrazada y una dijo que estaba ridícula con ese vestido. Los insultos se clavaron en mí como dagas. Jack estaba tan pletórico por cantar juntos que no se enteró de nada y comenzó a tocar, así que yo agarré el micro con fuerza. Sabía que si demostraba lo bien que cantábamos, acallaría sus burlas. Empecé a cantar... y de mi boca solo salieron pitos y gallos, haciendo que todos rompieran a reír y a gritar «¡fuera, fuera!». Muerta de vergüenza, quise salir de allí, pero tropecé con el cable del micrófono y caí de bruces mostrando a todos mi ropa interior. Jack vino a ayudarme, me levantó y empezó a gritar a todos que se callaran mientras me sacaba del escenario, pero el daño ya estaba hecho.

Nunca volví a cantar en público después de aquel día y solo pensarlo hace que me vea invadida por sudores fríos y angustia. Pero, de alguna manera, aquella actuación sí cambió algo: yo dije adiós a mi sueño de cantar junto a Jack y nunca volví a ponerme ropa bonita con la que la gente pudiera reírse de mí.

Mientras el concierto continúa, yo trato por todos los medios de espantar recuerdos del pasado que solo me hacen daño. Una de las últimas canciones es la de Gonzalo: la coreografía es increíble y el público aplaude entusiasmado. Cuando termina la canción, Jack se despide de todos, pero la gente se niega a irse y le piden una más, así que tiene que volver a salir dos veces más. Siempre suele hacer dos besos. Al segundo se despide definitivamente y la gente se empieza a marchar cuando se da cuenta de que no va a salir más, pues están recogiendo cosas del escenario.

—Ha estado genial. No me canso de verlo cantar —dice Katt mientras vamos hacia dentro—. ¿Qué te ha parecido?

—Jack ha estado muy bien.

—Y te ha dedicado una canción, ¿eh? —me dice Katt cómplice, dándome con el brazo.

—Somos amigos. Buenos amigos.

—Sí..., ya, claro, amigos.

—No quieras ver cosas donde no las hay —le dice Aiden, que sabe que entre Jack y yo siempre ha existido esta conexión y nunca ha significado más que una amistad. Katt no dice nada.

Llegamos a la sala donde están los miembros del equipo. No veo a Jack, pero sí a Gonzalo, que se acerca a nosotros para saludarnos. Cuando me da dos besos, me sonrío.

—¿Te ha gustado mi actuación?

—Sí, has bailado muy bien.

Me sonrío con calidez.

—Te queda bien la coleta. —Me guiña un ojo y se va hacia la mesa donde están las bebidas.

—Es un casanova. No puede evitar adular a todas las mujeres de la tierra —me dice Aiden.

—No me atrae, si es lo que te preocupa.

Asiente y se va a por algo de beber. El ambiente a nuestro alrededor es de felicidad total por el éxito del concierto. Aiden vuelve con unos refrescos; el mío es de naranja, está muy fresquito y me ayuda a quitarme el calor.

Al poco la gente se pone a aplaudir y al volverme veo que ha entrado Jack. Ha debido de darse una ducha, pues tiene el pelo mojado y se ha cambiado de ropa. Ahora lleva un vaquero normal y una camisa azul moderna arremangada. Intercambia saludos con sus compañeros y se dan mutuamente la enhorabuena por lo bien que ha salido el concierto. Luz no tarda en salirle al paso y se alza para darle dos besos, pero en el último instante le besa en los labios, haciendo que los presentes rompan en vítores. Aparto la mirada y doy un trago a mi bebida.

«Y yo que pensaba que llevaría bien lo de verlo con otras...»

—No la soporto —me dice Katt al oído.

—Ya somos dos —le reconozco.

Noto que alguien me levanta la barbilla con la mano y me encuentro de lleno con los ojos azules de Jack... y con sus labios pintados de rojo.

—Te queda bien ese pintalabios.

—Mierda. —Jack se lo quita con la mano, no parece muy contento—. ¿Ya?

—No. —Atrevida, alzo la mano y paso mis dedos por sus carnosos labios. Mientras lo hago, no dejo de mirarle a los ojos, que se van oscureciendo. Trago y aparto la mano—. Ya... ya está.

Jack solo asiente y se queda a mi lado.

—¿Te ha gustado el concierto? —me pregunta tras dar un trago de mi refresco.

—Ya sabes que cantas muy bien.

—Ya... —Sonríe—. Pero quiero saber si te ha gustado a ti.

—Sí. Nunca me canso de oírte cantar.

Sonríe mostrándome lo feliz que le hace mi comentario. Otros componentes del grupo se acercan a felicitarlo, pero no se separa de mi lado ni un momento.

Algunos proponen salir a tomar algo para celebrarlo. Todos miran a Jack, que asiente y se vuelve hacia su hermano.

—Si hoy venía con el coche hasta aquí, me exponía a que me lo rayaran. Así que lo he dejado en un aparcamiento cercano y luego los chicos me han recogido con la furgoneta del equipo; saldré ahora con ella. ¿Nos vemos en el pub? —Aiden y Katt asienten. Jack se vuelve hacia mí— ¿Eimy? Vienes, ¿verdad?

—No me apetece, la verdad... Pero tampoco quiero ser una molestia y que Aiden tenga que llevarme a casa...

—Lo pasaremos bien —me dice Katt cogiéndome del brazo y tirando de mí hacia la salida—. Jack, nos vemos allí.

Salimos del estadio y, tras atravesar la multitud de jóvenes que no piensan irse hasta que no salga Jack, vamos hacia el coche de Aiden. Una vez dentro, me hago la coleta ladeada. Katt me deja un brillo de labios rosita y me lo pongo. Me siento inquieta. Si pudiera, me iría a mi casa y me metería en la cama. Nunca he ido a ninguna discoteca ni a ningún pub y, sobre todo, no me apetece ver a Jack al lado de Luz y que sigan por donde lo han dejado.

Aiden frena delante de la entrada. Bajamos del coche y miro a mi alrededor, dudosa. Hay una fila de personas esperando para entrar. Detrás de nosotros llega uno de los componentes del equipo de Jack y, tras hablar con el de seguridad, nos hacen señas para que entremos.

El interior de la discoteca está iluminado en tonos azules y blancos. La música está muy alta y la gente baila en el centro, apiñada. Katt me coge de la mano para que no me pierda entre la multitud.

Subimos a una zona privada en donde tienen unos acogedores sofás blancos. Katt se sienta y tira de mí.

—No vaya a ser que nos los quiten —me grita cerca de mi oído.

Le sonrío. Aiden nos pregunta si queremos tomar algo y le pido un refresco de limón. Poco a poco empiezan a llegar los componentes del equipo de Jack, entre ellos Gonzalo, que enseguida va a la barra a pedirse algo él también.

Cuando los chicos vuelven con las bebidas, Katt me explica que esta es la zona vip. Al estar un piso más arriba podemos observar toda la pista de baile y el ambiente que hay en la discoteca. Me parece ver a varias personas volverse hacia un lado y algunas de ellas van hacia las escaleras por donde hemos subido. Al poco sé a qué se debe el revuelo: Jack. Por desgracia, Luz está a su lado. «Qué alegría.» Han debido de venir juntos en el coche de Jack.

Aparto la mirada, sintiéndome tonta por no poder aceptar que esto será siempre así, que si no es Luz, será otra. Cuando decidí regresar sabía a lo que me enfrentaba si volvíamos a ser amigos. Es mejor sonreír y fingir que todo está genial.

Y eso hago al levantar de nuevo la cabeza: sonrío y miro hacia donde está Jack. O hacia donde creía que estaba, porque ahora se está sentando a mi lado y me sobresalto un poco al verlo de golpe tan cerca.

—¿Qué pasa? —me pregunta cogiendo mi bebida—. ¿Qué estás bebiendo?

—Es solo un refresco..., creí que estabas con Luz...

—Hemos llegado a la vez.

«Lo que quiere decir que no han venido juntos», pienso, evitando por todos los medios que Jack note en mi cara lo mucho que me alegra esa noticia.

Da un trago a mi refresco. Sonrío y le advierto:

—Es solo limón.

—Ya, no me apetecía nada con alcohol.

Como la música está alta, tengo que acercarme mucho para hablar con él. Me encanta acercarme a su oído y, gracias a la poca luz de la discoteca, Jack no puede notar mi sonrojo.

—¿Nunca lo has probado? —Niego con la cabeza. Jack me mira de una forma que sé enseguida qué está tramando—. ¿Y te gustaría probarlo? No te lo recomiendo, pero si quieres hacerlo, mejor estar con alguien de confianza, por si te sienta mal.

—¿Tanto te apetece iniciarme en algo nuevo?

Jack sonrío con picardía, se acerca a mi oído y me pregunta:

—Dime que sigo siendo el único chico con el que has dormido.

Mi corazón se dispara. ¿Por qué me pregunta algo así? Debe de estar juguetón o eufórico por el concierto. No tiene otra explicación.

—No voy a contestar a eso porque sé que yo no he sido la única.

Los ojos de Jack se achican.

—Tal vez no, pero sí la primera.

Sonrío. Al menos he sido la primera en algo en su vida.

—Ya, pues te aseguro que esta noche más de una se moría por ser tu amante mientras cantabas.

—¿Te incluyes entre ellas? —me pregunta con un tono grave y seductor.

¿Qué diablos le pasa? Va a conseguir que el corazón me estalle en el pecho y noto miles de mariposas recorriéndome todo el cuerpo.

—Por supuesto que no —miento.

Se ríe y me dice:

—Qué sosa eres.

De pronto me siento tonta: Jack solo está jugando conmigo, sabía perfectamente cómo reaccionaría a sus preguntas.

Se levanta.

—¿Quieres que te inicie, entonces?

Vale, es una broma, pero mi cara se ha calentado de golpe y he puesto los ojos como platos. Jack se vuelve a reír de mí. Me dan ganas de golpearlo. Se agacha para acercarse a mi oído.

—En el alcohol. Qué mal pensada eres.

—Te odio —le digo entre dientes. Sonríe sabiendo que miento, y le saco la lengua—. Sí, así me olvidaré de que estoy a tu lado.

Jack se va a por la bebida. Me vuelvo y me encuentro con los sonrientes ojos de Katt. No sé cuánto ha escuchado, pero por su cara de felicidad sé que está sacando conclusiones equivocadas.

—No es lo que parece...

—Ya, ya...

Aiden me mira y luego le dice a Katt:

—Ya te acostumbrarás.

El problema es que yo, que sí sé que esto es así entre Jack y yo, no logro acostumbrarme.

Tengo la sensación de que hemos comenzado un juego que nada tiene que ver con los de cuando éramos niños.

JACK

No sé por qué diablos he jugado con ella de esa forma. Si casi parecía que estaba coqueteando con Eimy... Rectifico, no lo parecía, lo estaba haciendo, para mi mortificación. No puedo evitarlo. No sé qué me pasa cuando la tengo cerca, es como si dejara de pensar con racionalidad. De todas formas, ella y yo siempre hemos bromeado; es normal que ahora, siendo más mayores, los comentarios sean más adultos... Prefiero pensar eso, tiene que ser eso.

Vuelvo a la zona vip con un refresco con un poco de ron, muy poco; lo suficiente para que Eimy lo pruebe. Si insistí en traérselo no fue solo porque esté a mi lado cuando lo pruebe por si le sienta mal, sino por salir de allí. Necesitaba poner en orden mis ideas.

Me siento a su lado. Luz no me quita los ojos de encima, así que me vuelvo y la miro, y ella me sonríe como si nada, pero sé que está molesta porque le dije que no volviera a besarme en los labios. Desde hace unos meses, siempre me felicita dándome un beso en los labios cada vez que termino un concierto. Hasta esta noche me daba igual, solo era un pico sin importancia. Pero hoy me ha molestado mucho.

—Prueba —le digo a Eimy tendiéndole la copa, y sonrío al ver que pone mala cara—. Si no te gusta, no te lo bebas y listo.

Lo coge y, sin dejar de mirarme, lo prueba. Enseguida sé que no le gusta porque pone cara de asco y lo deja corriendo en la mesa. Me río. Me golpea.

—¡No te rías, idiota! —Trata de darme otra vez, pero la agarro de la muñeca a tiempo de evitarlo.

Empieza una canción que me gusta y me levanto llevando a Eimy conmigo. No me suelta la mano, confiada, como cuando éramos niños. Bajamos a la pista de baile. Algunas personas me miran, pero por suerte me dejan en paz. Vamos hacia una zona un poco apartada. Le alzo las manos hasta mi cuello para posteriormente poner yo las mías en su estrecha cintura y acercarla a mí.

—Baila, Eimy —le digo al oído. Niega con la cabeza. Me muevo y hago que ella me siga—. ¿Ves? No es tan difícil.

—No sé cómo te soporto —me dice cerca del oído.

Al separarse, nuestros labios se quedan muy cerca; tanto, que siento su respiración acariciar los míos. El anhelo de besarla me golpea en el pecho con fuerza. Solo por eso me aparto y sonrío despreocupado, como si no me poseyera esta locura que me hace desearla cada vez más. Eimy me sigue, pero sé que no se encuentra a gusto. No deja de mirar a nuestro alrededor y se vuelve cada vez que alguien nos señala, como si quisiera que se la tragara la tierra.

—Eimy, no están hablando de ti, sino de mí..., de lo tonto y feo que soy —bromeo. Eimy no dice nada, solo se apoya en mi pecho.

Acaricio su espalda y decido subir a la zona vip. No sé qué hacer para que deje de ser tan insegura. Cuando llegamos a los sofás, Aiden y Katt se acercan a nosotros.

—Nos vamos. Mañana tenemos comida en casa de Albert y me gustaría ir antes —explica Katt.

Asiento.

—Yo me voy también —dice Eimy.

—Yo... —En el momento en que estoy a punto de decir que nos vamos todos, anuncian por los altavoces que va a haber un *photocall* conmigo. Mierda.

—No sabías nada —adivina Aiden.

Niego con la cabeza mientras veo a Luz viniendo hacia mí.

—¿Se puede saber qué has hecho?

—Lo que mi padre me ha dicho que haga. Cuando supo que veníamos aquí, me dijo que lo preparara todo, que esto te daría más publicidad entre los asistentes.

—¿Acaso tu padre no entiende que tengo vida privada?

—No puedes negarte.

—No, claro.

—No la tomes conmigo, díselo a mi padre.

Aiden me pone una mano en el hombro para calmarme.

—Hazte unas cuantas fotos y te marchas. Yo llevaré a Eimy y a Katt a casa. No vengas tarde.

Asiento enfadado y de mala gana, qué remedio. Eimy me mira seria, pero luego se acerca y me sonrío.

—El precio de la fama —me dice apretando mi mano—. En el fondo lo disfrutarás. Piensa en todas las chicas guapas que vas a tener entre tus brazos...

En cuanto lo dice, pienso en que ahora mismo no me apetece conocer ni abrazar a otras mujeres que no sean ella. Solo por eso acepto lo del *photocall*, a ver si así puedo quitarme a Eimy de la cabeza aunque sea durante unos minutos.

—Sí, supongo que me debo a mis fans, ¿no?

Me aprieta la mano y se despide de mí para irse con Aiden y Katt. La observo mientras se aleja y se pierde entre la gente. Gonzalo les sale al paso y se va con ellos. Miro inquieto cómo sonrío a Eimy y esta le devuelve la sonrisa. ¿Qué rollo se traen entre los dos? No me gusta. No me gusta un pelo.

—Vamos, deja de poner esa cara y sonrío. Son tus *fans* las que quieren hacerse una foto contigo.

Sigo a Luz con una sensación rara en el pecho y sintiendo que todo esto ya no me llena como antes. Algo ha cambiado en mí... o tal vez esto que siento haya estado siempre ahí.

CAPÍTULO 8



EIMY

Abro la puerta despacio, para no despertar a nadie. Son las nueve de la mañana, algo temprano, y más por las horas que llegamos anoche. Pero no estoy tranquila; no sabiendo que Jack vino mucho más tarde que yo y que volvió solo desde la discoteca.

Me cuelo en su cuarto, vagamente iluminado por la luz que entra por la rendija de una de las persianas, que no está bajada del todo. Me acerco despacio y me tranquilizo al verlo dormido en medio de su gran cama. Empiezo a irme, sintiéndome tonta por estar aquí.

—Eimy.

Pillada.

—Jack.

—¿Qué haces aquí?

«Mentirle no servirá de nada», pienso.

—Estaba preocupada y quería saber que habías llegado bien.

—¿Y si hubiera dormido con alguien? —Me sonrojo y la mera idea de haberlo encontrado con otra me horroriza—. Tranquila, nunca traigo compañía femenina a casa.

Lo cual no quiere decir que no haya pasado la noche con alguien fuera de aquí. Tiene dinero suficiente para reservar un hotel entero.

—Eimy, ven.

—Sigue durmiendo. Es muy temprano.

Jack no dice nada y me doy la vuelta para salir.

—¿Eimy? —Me detengo—. ¿Te das cuenta de que tú también te preocupas por mí como yo por ti? ¿Acaso me ves como un niño pequeño?

—Idiota.

Jack se ríe.

—Pues ya no pienso preocuparme más por ti.

—No, me gusta que lo hagas.

—Lo pensaré. Descansa.

—Nos vemos luego.

Salgo y cierro la puerta a mi espalda para encontrarme cara a cara con mi padre, que me estudia con ojo crítico.

—Ya no eres una niña para colarte en su cuarto, Eimy.

—Solo quería saber que había llegado bien.

—¿Y no se te ha ocurrido mirar si su coche estaba en el garaje? —Me sonrojo avergonzada; esa hubiera sido una opción mejor. Niego con la cabeza—. Anda, vamos a desayunar.

Bajamos a la cocina, donde mi madre ya está preparando el café, y nos sentamos a la mesa.

—¿Y mi coche?

—En el desguace, ya lo sabes —responde mi madre.

—Ese no, el que se supone que me ibais a comprar.

—¿Lo necesitas? —Me encojo de hombros—. Jack nos dijo que no nos gastáramos dinero en otro coche, que puedes usar el que cogiste el otro día —me explica mi padre.

—Pero ese es suyo.

—Ya no... —Miro a mi madre, a la espera de que siga hablando—. Jack lo ha puesto a tu nombre.

—¿Qué? ¿Por qué no me consultasteis primero? —les digo enfadada—. No me gusta que me regale algo tan caro.

—Es suyo, puede hacer con él lo que quiera, y te lo ha dejado, o regalado, llámalo como quieras. Y si no te lo dijimos, fue porque sabíamos que reaccionarías así —responde mi madre con firmeza.

—¿Y cómo esperabais que reaccionara?

—Míralo de este modo: tú no querías gastarte dinero en el coche, así que eso que te has ahorrado. Y Jack no lo usa, eso te lo puedo asegurar. A veces es un poco caprichoso y se compra cosas que no necesita —dice mi madre con una sonrisa.

—Lo sé. —Empiezo a desayunar. Tras un rato en silencio, mi padre me pregunta:

—¿Preparada para ir mañana a la universidad?

Se me cierra el estómago de golpe.

Había conseguido no pensar en ello hasta ahora. No tengo nada de ganas. No quiero pasar otra vez por lo mismo, solo quiero que me dejen en paz. ¿Acaso es mucho pedir? «Tranquila, todo saldrá bien», me digo, en un intento desesperado de infundirme ánimos.

—Prefiero no pensarlo hasta que esté allí.

Mi madre asiente.

Seguimos desayunando y me preguntan por el concierto. Mientras se lo cuento emocionada, mis padres se miran sonrientes.

Cuando termino de desayunar, vuelvo a mi cuarto a darme una ducha y vestirme. Ya arreglada, me miro al espejo. Dudo si hacerme mis dos seguras trenzas. Ayer la cola de caballo no fue tan mal... Al final me hago una cola a un lado y me dejo algunos mechones sueltos a ambos lados del rostro. Me visto con un peto vaquero de pantalón corto y una camiseta verde clarito con una fresa rosa en el centro sacando la lengua.

Tras decirle a mi madre que voy a dar una vuelta, bajo al garaje y cojo el coche de Jack que ahora resulta que es mío. Ya hablaré con él sobre eso. Podría ir andando a la que va a ser mi universidad, pero me gusta conducir y está algo alejada del pueblo.

Cuando llego la miro con ansiedad. He querido retrasar esta visita lo máximo posible. Incluso pedí a mis padres que rellenaran todos los papeles y presentaran la matrícula por mí.

Aparco el coche y doy una vuelta por las instalaciones. Me gusta. Es una universidad pequeña, pero tengo la impresión de que aquí todo irá bien. Tiene que ir bien. Me siento cerca de un pequeño parque y miro distraída las ventanas de las diferentes aulas. Parece mentira que mañana todo este espacio desierto vaya a estar abarrotado de jóvenes. Yo entre ellos.

El móvil me empieza a sonar y lo saco del bolsillo de mi peto. Es Jack.

—¿Ya estás despierto?

—Sí. Gracias a una pequeña intrusa que se ha colado en mi cuarto, ya no me he vuelto a dormir. —Lo dice sonriendo y sé que no le ha molestado que entrara—. ¿Dónde estás? Tus padres solo me han dicho que habías salido.

—En la universidad. Quería verla antes de empezar el curso.

—Ah. ¿Vas a tardar mucho en volver? Tenemos una comida y estás invitada.

—¿Dónde?

—En casa de mi hermano Albert, quiero que lo conozcas.

—Eh... Yo...

—No acepto un no por respuesta.

—Vale... No tardaré en ir.

—De acuerdo, tómate tu tiempo. Nos vemos luego. Ten cuidado.

Sigo caminando por el campus un rato más y, cuando regreso al coche, veo a alguien apoyado en él. No tardo en darme cuenta, sorprendida, de que es Jack. Se ha puesto una camiseta de algodón azul y unos vaqueros que le sientan como un guante. Las gafas de aviador no me dejan verle los ojos, pero sé que me está mirando. No puedo dejar de observarlo.

Al llegar a su lado, Jack se levanta y va hacia la puerta del copiloto.

—¿Qué haces?

—Quiero ver cómo conduces.

—¿Y tu coche?

—He venido andando.

Asiento y abro el coche. Cuando entro, Jack ya se ha montado y se ha puesto el cinturón. La idea de que me observe mientras conduzco me pone un poco nerviosa, la verdad.

—Me hubiera gustado ser yo quien te enseñara a conducir —me dice cuando arranco. Sonrío de medio lado.

—No puedes ser el primero en todo.

—No, pero en casi todo, sí.

Sonrío y pongo rumbo al pueblo.

—Lo haces bien —me reconoce unos minutos después.

—Lo sé.

Se ríe.

—Vamos directamente a casa de Albert, nos están esperando.

—Dudo que me estén esperando a mí...

—Les dije que irías y todos tienen muchas ganas de conocerte.

Me tenso, pero trato de concentrarme en la carretera. Jack me indica por dónde ir a casa de su hermano. Al pasar por delante de nuestra casa miro a mi izquierda, tentada de parar aquí y bajarme del coche.

—Ni se te ocurra, no te vas a librar de esta.

—Odio que me conozcan tan bien —digo entre dientes, y Jack se ríe.

No tardamos en llegar a nuestro destino. Jack me señala una antigua mansión que ha sido reformada conservando su encanto. Pulsa el botón de un mando que ha sacado de su bolsillo, la verja se abre y entramos en la propiedad. Me indica dónde está el garaje; es enorme, hay varios coches de lujo aparcados y aún queda sitio para albergar varios más. Enseguida reconozco el de Aiden y me tranquiliza saber que ya están aquí.

Salimos del coche y vamos hacia la puerta que da a una gran cocina. Inquieta, dudo si seguir adelante, pero Jack, una vez más leyéndome el pensamiento, me toma de la mano y tira de mí, así que no me queda más remedio que seguirlo a través de la casa en dirección al jardín. Escucho voces antes de llegar. Me tenso.

—¡Tío Jack! —Un niño viene corriendo a tirarse a los brazos de Jack, que se ha agachado a recibirlo. Es idéntico a Jack salvo por los ojos, menos azules y más color humo.

—¡Erik! ¿Cómo estás, campeón?

Tras el pequeño aparece otro de poco más de un año, con el pelo castaño y cortito y una cara muy dulce. Jack, al verlo, lo coge para abrazarlo y, por lo que escucho mientras hablan, se llama Marco. Sonríe por lo feliz que se le ve a Jack con los niños. No cabe duda de lo mucho que los quiere.

—Tú debes de ser Eimy. —Oigo la voz de una joven pelirroja de poco más de veinticinco años. Sus ojos azul grisáceo son como los del sobrino de Jack y el otro pequeño se parece mucho a ella, por lo que imagino que es la mujer de Albert—. Soy Bianca, la madre de estos trastos y cuñada de Jack. Me alegro de que hayas venido.

Me da dos besos y le doy las gracias algo cohibida.

—¿Ya habéis atrapado al tío Jack? —Un joven de casi treinta años con el pelo negro como la noche se acerca a nosotros. No dudo de que es Albert, porque es idéntico a Jack menos en los ojos. Aunque su gesto es intimidatorio, su mirada es cálida y se nota lo mucho que quiere a su familia—. Bienvenida, Eimy. Ya era hora de que volvieras.

Su sinceridad me pilla por sorpresa y me quedo muda; su mujer le golpea en el brazo. Jack deja de hacer caso a Erik y mira a su hermano con la misma mirada amenazadora de Albert, haciéndolos aún más parecidos.

—Podías intentar no asustarla nada más conocerla.

—No he dicho nada que no pensemos todos.

Bianca bufa.

—¿Qué? ¿Te enfrentarías a mí por ella? —le pregunta Albert, notando el cambio en la actitud de Jack. Albert coge al más pequeño de sus hijos. Jack se ha levantado y el mayor le está contando algo sobre videojuegos.

—Por supuesto, ponme a prueba si no me crees.

—Mejor no lo hagas —dice Aiden en tono conciliador entrando con Katt desde el jardín—. Conmigo nunca dudó en ponerse del lado de Eimy, aunque eso significara pelearse conmigo.

—Interesante. —Por la forma en que Albert lo dice, siento que algo se me ha escapado—. Lo dicho, bienvenida. Siéntete como en tu casa.

Katt se pone a mi lado y me coge la mano.

—Ven, ayúdame con la comida.

La sigo, mirando de reojo a Jack, que me observa con el gesto aún duro por el enfrentamiento con su hermano.

—No hagas caso a mi marido. Es inofensivo —me dice Bianca, que ha venido con nosotras a la cocina.

Me limito a asentir. Katt me dice que empiece con la ensalada. Me pongo a prepararla mientras escucho hablar a Katt y Bianca. Se nota que se llevan muy bien y tienen mucha

confianza entre ellas. Alguna vez me piden mi opinión, pero contesto con monosílabos. Jack se pone a mi lado cuando estoy troceando los tomates, toma un cuchillo y me ayuda.

—¿Qué tal tu concierto? He leído en Internet que fue muy bien —dice Bianca—. Y he visto algunas de las fotos que han subido tus fans de la discoteca. Cómo te magrean.

Bianca se ríe.

—Sí, no veas cómo le cuesta a Jack ser el objeto de deseo de todas.

Me tenso al oír eso, con tan mala suerte que me corto con el cuchillo. Es solo un rasguño y no quiero que nadie lo vea, de modo que me meto la mano en el bolsillo como si me hubieran llamado al móvil y me alejo para mirarme la herida.

Pero antes de que dé un paso, Jack toma mi mano para llevarse la zona lastimada a sus labios. Me siento morir por su gesto y porque lo haga ante su familia, y aparto la mano.

—No me ridiculices —le digo entre dientes.

—No ha sido mi culpa que estuvieras distraída y te cortaras. ¿Pensabas que no me iba a dar cuenta? —Jack toma mi mano de nuevo y se la lleva, una vez más, a sus carnosos labios, dejándome sin aliento.

—No soy una niña, es solo un rasguño.

En respuesta, él me da un beso en la mano. Me sonrojo y lo odio por hacerme esto delante de todos. Me suelto y trato de irme, pero Jack me coge de la cintura.

—¡Suéltame! Me voy a casa. Por tu culpa no podré mirarlos a la cara. ¡Te odio! —digo pataleando, pero Jack me retiene con absoluta facilidad.

—¿Quién se está comportando ahora como una niña? —Me detengo y Jack me suelta. Lo miro herida—. Venga, quédate, yo estaré a tu lado.

—Sí, hablando con ellos de tus ligues... —Me callo. Dios, me he delatado.

Jack me mira, pero no sé descifrar su mirada.

—A mí tampoco me hace gracia hablar de eso. —Se va antes de que pueda decir nada.

Me quedo allí parada, sin saber qué paso dar ahora.

—Ven conmigo. —Bianca me coge la mano y me lleva hasta un baño, bastante amplio, en la planta baja. Mientras abre el botiquín, me dice que me lave la herida con agua fría y le hago caso. Esto es ridículo, solo es un rasguño que ya ni sangra... gracias a Jack. Me sonrojo al pensarlo.

Bianca me cura con un algodón impregnado en alcohol y me pone una tiritita.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Estáis... siendo muy amables conmigo.

—Bueno, somos buena gente... Aunque no te culpo por sentirte abrumada, y más cuando vengan los demás... —Pongo cara de horror. ¿Cuántos faltan por llegar?—. No sabías nada. —Niego con la cabeza—. Este Jack... Pues sí, hoy vas a conocer a todos nuestros amigos. Aiden me habló de ti y me contó que eras bastante tímida con todo el mundo excepto con Jack.

Me miro las manos y, no sabiendo qué hacer con ellas, las meto en los bolsillos del peto.

—Date tiempo. Nadie espera que cambies de la noche a la mañana, así que no te preocupes por no estar hoy especialmente habladora.

Agacho la cabeza y asiento.

Salimos del aseo al tiempo que una niña con el pelo castaño tirando a rubio por el sol se tira a los brazos de Bianca.

—Hola, tía Bianca. —Cuando se separa la reconozco. Es Nora.

Bianca mira sobre la cabeza de Nora. En el pasillo hay un niño rubio de grandes ojos azules que se acerca serio a nosotras.

—Qué guapo estás, Matty —le dice Bianca dejando a Nora en el suelo y dando dos besos al pequeño.

—Él no es guapo, es feo —dice Nora.

—¡Tú sí que eres fea, niña tonta!

—No más que tú. —Nora le saca la lengua y sale corriendo. Matty va tras ella.

—Siempre están así. Son como el perro y el gato. Un día le pregunté a Aiden si tu relación con Jack había sido así y me dijo que no, que Jack y tú erais uña y carne. Solo discutíais de vez en cuando.

—Sí. Casi siempre por culpa de Jack.

—Me lo puedo imaginar. —Me sonrío con mucha calidez y me alegra haberme quedado y no haber salido corriendo. Parecen buena gente. Tal vez deba darles una oportunidad.

Vamos al jardín. Alguien se acerca a mí y me abraza antes de que tenga tiempo de decir nada. Cuando se separa, descubro que se trata de Becca.

—Me alegra tenerte aquí. —Lo dice de corazón y me hace sentir bien que se alegre de verdad de que esté entre sus amigos.

—¿Quién es, mami? —Bajo la vista y veo a Matty que ha venido corriendo y se lanza sobre su madre para que lo coja—, ¿es una nueva tía que hace regalos? —El pequeño sonrío con picardía mostrando sus hoyuelos.

—No te va a regalar nada, es una amiga nuestra, anda, cariño, vete a jugar con Neill, que acaba de llegar.

Matty se pone alerta y, al ver a un niño de unos diez años entrar al jardín al lado de otro más pequeño, de unos cinco años, sale corriendo.

—Cuánta gente —digo abrumada al no dejar de conocer a gente. Hay varias personas cerca de nosotros, entre ellos mi primo, que al verme sonrío y viene hacia mí seguido de su esposa y sus dos hijas.

—Sí, la familia ha crecido mucho. Estas comidas que hacemos siempre que podemos nos dan la vida.

Liam llega a mi lado y me abraza, y luego me da dos besos, al igual que Elen y sus hijas. La pequeña Dafne me besa sonoramente; debe de haberlo aprendido hace poco.

Tanto cariño me tiene abrumada. Vamos hacia la mesa y me presentan a los que todavía no conozco; son tantos que me cuesta aprenderme todos los nombres.

Jack no tarda en volver con varias bolsas en la mano; me mira como preguntándome si todo va bien, y asiento. Elen me tiende a Dafne, que me abraza y se acomoda en mi cuello, mientras Alicia y Nora salen a jugar al jardín.

—Tiene sueño. Ahora la subiré a dormir la siesta.

La pequeña enreda sus manos en mi pelo. Me gusta sentirla así, entre mis brazos, aunque temo hacerle daño de alguna forma, por lo que respiro aliviada cuando Elen viene a por ella y la sube junto con los más pequeños a dormir.

Al poco llegan Allie y Kevin y saludan a Laia, la mujer del hermano de Kevin... o eso creo; ahora mismo estoy perdida, demasiada información. Ayudo a las chicas todo lo que puedo y me siento cuando ellas lo hacen. Una rubia que creo que se llama Dulce comenta lo feliz que está por el traslado de su marido, a una hora de aquí; así podrá, por fin, estar más tiempo con ella y dormir en casa todas las noches. A Ángel lo conocía de la tele, aunque es más guapo en persona, y más simpático.

No tardan en traer la comida. Me tratan como a una más, como si me conocieran de toda la vida. Enseguida siento una simpatía especial por Jenna; es como si ella me entendiera a la perfección. Pero todos son geniales. No me extraña que para Jack sean como parte de su familia.

—¿Cómo va todo? —Jack se sienta a mi lado y toma la mano donde me corté.

—No es nada, pero Bianca se empeñó en curarme.

—Me alegro. —Jack empieza a ponerme en el plato varias cosas que sabe que me gustan, temiendo que, por mi timidez, no me atreva a cogerlas. Por eso no digo nada.

Les escucho hablar mientras como. Las salidas de Matty acaban por hacerme sonreír; es igual que su padre. Kevin nos comenta que esta tarde sale de viaje y no sabe cuándo volverá, pues tiene que estudiar fuera y además jugar al baloncesto en la liga profesional. Allie no puede ocultar su tristeza.

Aunque me cuesta participar en las conversaciones, no me siento como si no encajara en este grupo. La forma de ser de todos hace que me sienta incluida sin necesidad de decir

nada.

CAPÍTULO 9



JACK

Nos sentamos a tomar el café con una tarta hecha por Jenna que está deliciosa. Los pequeños siguen arriba durmiendo la siesta y Allie se ha ido con Kevin para ayudarle a hacer el equipaje y despedirse hasta que puedan volver a verse.

—No tengo ganas de empezar mañana las clases —comenta Katt. Eimy se tensa y deja la cuchara en su plato.

—¿Qué pasa?

—Ya no puedo más.

Sin decir nada, cojo su plato y me termino su tarta. La conozco y sé que el tema de la universidad le ha quitado el apetito.

—Y que lo digas —dice Becca—. A mí me queda solo un año y se me está haciendo interminable.

—Ya será menos —le dice Matt. Becca le saca la lengua.

—Qué pena que no vayas a venir a nuestra universidad —dice Katt.

—¿Y eso? —indaga Becca, que no sabía nada.

—Prefiero ir a la pública, me siento más cómoda en ese ambiente..., bueno, no es que esté a disgusto con vosotros... —Eimy se agobia.

—Lo que quiere decir es que allí pasará más desapercibida, o eso al menos es lo que ella quiere creer —termino por ella.

—Vaya, qué lástima. Nuestra universidad impone, pero al menos no estarías sola, podrías comer con nosotras. ¿Lo has pensado bien?

Eimy asiente.

—Yo estudié en la pública y es genial. Te irá muy bien —dice Laia para darle ánimos.

A mí no me hace gracia que vaya a la universidad pública. Preferiría que viniera a la mía, para poder estar a su lado por si me necesita. Pero tengo que aceptar que Eimy quiera seguir su propio camino; lo importante es que, sea cual sea el que escoja, me deje seguirlo a su lado. De todas formas, mañana pienso hacer pellas para estar cerca de Eimy. Hay costumbres que no se pueden perder de golpe.

No nos quedamos mucho, pues Katt quiere preparar algunas cosas para mañana y Eimy está inquieta desde que empezaron a hablar de la universidad.

Tras despedirnos de todos vamos hacia mi coche —o, mejor dicho, el que ahora es suyo—. Mientras nos acercamos, me tiende las llaves y dice:

—Toma, conduce tú.

Yo las cojo sin rechistar, pues sé que ahora mismo Eimy no está en condiciones de conducir.

—Todo saldrá bien —intento tranquilizarla cuando entro en el coche y lo pongo en marcha. —Ella alza los hombros—. Confía en mí.

Mi comentario le hace sonreír, pues sabe que, por mucho que yo desee que salga bien, este tipo de cosas no dependen solo de mis deseos.

—Ahora mismo solo quiero meterme en la cama y ver la tele o leer.

—O las dos cosas al mismo tiempo —matizo; al fin y al cabo, no sería la primera vez que lo hiciera.

—Es posible.

—Me parece un plan perfecto; me apunto. Buscaré un libro para leer y...

—Te compré uno, no sé por qué no te lo he dado antes.

—Entonces, todo arreglado.

—No tienes por qué quedarte leyendo si no quieres...

—No me apetece hacer otra cosa.

Asiente.

El resto del trayecto hasta casa lo hacemos en silencio, pues sé que eso es lo que Eimy necesita. Una vez allí, pasamos por la cocina para coger una botella de agua fresca antes de ir a su cuarto. Eimy abre la puerta y entro tras ella.

—Deberías ir a cambiarte... —Su voz se pierde cuando mira al centro del cuarto y ve a su madre guardando algo en su armario. Ambos nos quedamos mirando lo que tiene en sus manos y sus ojos muy abiertos porque la hayamos pillado.

—¿Por qué estás guardando el uniforme de Katt en mi armario?

Natty se pone pálida. Enseguida intuyo lo que puede estar pasando y, aunque una parte de mí se alegra, otra sabe que Eimy va a estallar.

—¿Mamá? —Su padre entra y se pone al lado de su mujer.

—Eimy..., el abuelo quería esto para ti y nosotros también... —empieza a explicarse Javier—. No sabíamos cómo decirte que...

—¿Que os da igual lo que yo elija? ¡¿Esperáis de verdad que vaya a esa universidad?!

—Estarás cerca de Jack... y de Katt... —dice su madre.

—¡Era mi decisión! No pienso ir allí.

—Pues no te queda otra —la corta Javier con tono duro—. Ya hemos pagado tu matrícula y no devuelven el dinero.

Eimy se ríe sin emoción.

—Lo teníais todo planeado... ¡No me lo puedo creer!

Sale corriendo pasando por mi lado y me golpea cuando trato de impedirselo. No obstante, salgo tras ella y, cuando consigo cogerla, me la llevo hacia mi estudio a pesar de sus protestas.

Cierro la puerta tras de mí. Eimy no para de dar vueltas por la pequeña habitación. Me siento frente al piano y espero a que se calme mientras toco una de mis canciones. De pequeña, siempre le tranquilizaba estar aquí y escucharme tocar.

De pronto se para en seco.

—¡¿Tú lo sabías?! —me pregunta, cayendo en la cuenta de que tal vez yo formara parte del complot.

—No. De hecho, pensaba saltarme las clases mañana e ir a tu universidad, para ver qué tal te iba en tu primer día.

Me estudia muy seria.

—Te creo. ¿Por qué me lo han ocultado? —Se lleva la mano al estómago y se deja caer en el sofá de cuero—. No quiero a ir a tu universidad. Yo no encajo allí...

—No veo por qué no.

—Pues yo sí. No me puedo creer que me hayan hecho esto.

Sube los pies al sofá y apoya la cabeza sobre sus rodillas. Me levanto del piano para sentarme a su lado y, cogiéndola con facilidad, la pongo sobre mis piernas. Ella se pega a mi pecho, apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello. Está temblando y su pequeña mano sigue aferrada a su estómago, que me figuro lo tendrá revuelto.

—No puedo, Jack..., no puedo.

Yo la acuno en mis brazos y le acaricio la espalda para infundirle fuerza. Por una parte me alegra que vayamos a ir a la misma universidad, pero verla así me mata.

—Podremos con esto.

—¿Podremos?

—Estamos juntos en esto. No te voy a dejar sola.

Eimy no dice nada. Nos quedamos en silencio, abrazados. Me gusta estar así con ella, sintiéndonos el uno al otro y, pese a las circunstancias que nos han llevado hasta aquí, no quiero que este momento termine. Y tampoco quiero dar una explicación a lo que siento.

EIMY

Me obligo a levantarme porque, de lo contrario, me veré rogando a Jack que no se separe jamás de mi lado. Estar rodeada por sus brazos es un inmenso placer, pero ahora mismo las mariposas que siento al tenerlo cerca solo intensifican el dolor de estómago que me ha producido enterarme de que voy a ir a la universidad privada. Necesito relajarme o acabaré vomitando.

—Antes tocabas para calmarme.

Jack sonrío y, tras asentir, se levanta y toma mi mano para que le acompañe a la banqueta del piano y me siente a su lado.

—Antes tocábamos a dúo.

—Antes. Pero el piano era lo tuyo; a mí se me daba mejor... —No termino la frase, pues ahora mismo dudo de si realmente hubo un día en el que cantaba bien.

—Cantabas muy bien. Es una lástima que dejaras de hacerlo.

—No opino como tú, pero en cualquier caso, hace mucho tiempo de eso. Mi voz es ahora más grave.

—Canta conmigo, Eimy, solo para mí.

Lo miro a los ojos. Me pierdo en su intenso color azul zafiro. Agacho la cabeza cuando me doy cuenta de lo mucho que Jack desea que cante con él.

—No... No puedo.

—No es lo mismo no poder que no querer intentarlo siquiera. Lo cómodo es rendirse.

—Yo no me rindo. Acepté que la música no era lo mío, nada más.

—Claro. Ambos sabemos que llegaste a esa conclusión por culpa de unos incultos y que siempre les has dado más credibilidad a ellos que a tu familia.

—Es lo que hay, no quiero hablar de ese día.

—No, claro. —Jack empieza a tocar.

Jack hizo lo imposible por que lo superara y volviera a cantar con él, pero fue en vano. Si alguna vez me he dejado llevar por la música, ha sido cuando sabía que nadie podía escucharme. Solo pensar que Jack y yo cantábamos juntos cuando éramos niños me llena de angustia; no solo porque me traiga el recuerdo de aquella fatídica noche, sino por el anhelo que siento de cantar al lado de Jack y la certeza de que nunca volveré a hacerlo.

Jack empieza a tocar y enseguida reconozco la melodía de mi canción preferida, una balada. Hacía tanto tiempo que no la escuchaba, que el nudo que tengo en el estómago se acaba deshaciendo en forma de lágrimas silenciosas, sobre todo cuando llega a la estrofa que dice:

ocultos tras esas incesantes lágrimas que yo no sé cómo parar.

Mi niña, sonríe, pues cuando lo haces,
siento que soy capaz de todo, hasta de volar.

Jack toca la última nota y se vuelve hacia mí. Esa canción la compuso para mí, pues odiaba verme llorar y, como no sabía cómo detener mi torrente de lágrimas, recurrió a la música para consolarme. Recuerdo que siempre acababa sonriendo cuando me la cantaba y hoy no puedo evitar regalarle una tímida sonrisa cuando me dice:

—Sigues siendo mi niña..., mi niña pequeña —añade sabiendo que sonreiré y secándome las lágrimas.

—Ya no tan pequeña. —Jack se ríe suave. Apoyo la cabeza en su hombro y le digo —: Toca otra.

—¿Un concierto privado? Eso te va a salir caro...

—Yo soy vip.

Jack no dice nada, solo se pone a tocar otra de nuestras canciones. Me sorprende más de una vez moviendo los labios siguiendo la letra, pero de mi boca no sale sonido alguno.

Sigo disfrutando de mi concierto privado hasta que Jack me acompaña a mi cuarto, cerca de las doce de la noche. Antes subimos a preparar unos sándwiches y hemos cenado en el estudio.

—¿Quieres que me quede un rato? —me pregunta Jack, pero se calla cuando escuchamos ruidos en el cuarto de mis padres.

—No, no hace falta. Mañana nos vemos.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces.

Entro en mi cuarto y cierro el pestillo para que mis padres no entren. Ahora mismo no tengo fuerzas para hablar con ellos.

* * *

Me miro al espejo con el uniforme puesto mientras noto como la tripa se me retuerce de nuevo. Tengo los ojos un poco enrojecidos porque no he podido dormir en toda la noche. No hacía más que dar vueltas y de madrugada me tuve que levantar a vomitar, por los nervios. No, esto no saldrá bien. Voy a sentirme una intrusa en la universidad de Jack.

Tocan a la puerta, pero no contesto. Serán mis padres y no tengo ganas de hablar con ellos.

—Soy yo, abre —dice Jack.

Voy a abrirle y me quedo tras la puerta cuando pasa, con la vista fija en el suelo, hasta que Jack me alza la cara para que le mire.

—Te queda bien el uniforme. Estás muy guapa. —Sonríe.

—Sí, claro.

—Todo irá bien.

—No dejaremos que te pase nada —añade Katt, que se cuele en ese momento en mi habitación—. Me acabo de enterar. A mí también me imponía mucho cuando empecé a estudiar allí, pero luego te acostumbras. Lo mejor es pasar de ellos. Y más les vale que no te digan nada, porque si no, se las verán conmigo.

Al final me saca una sonrisa y asiento. Envidio la forma de ser de Katt. Me fijo en que ambos se han puesto ya el uniforme, aunque Jack lleva la corbata desabrochada y la camisa por fuera. Pese a eso, el uniforme le queda genial. ¿Y qué no le queda bien?

Cuando nos disponemos a irnos, mis padres salen a despedirme, pero les pido que me dejen tranquila hasta que regrese. Me sabe mal estar así con ellos, pero necesito tiempo para aceptar un nuevo engaño suyo. No sé como han podido ocultarme lo de la universidad después de lo mal que lo pasé cuando mi padre me dijo quién era en realidad. Ahora mismo siento hacia ellos tanta desconfianza, que me pregunto en qué más cosas me han mentido.

Aiden nos desea suerte y besa a su novia con pasión. Katt no puede dejar de mirarlo cuando nos montamos en el coche de Jack y salimos del garaje.

—Me tiene loca, pero no se lo digáis, ¿eh? —nos susurra a modo de confidencia desde el asiento trasero.

—No se te nota nada —ironiza Jack.

—Ja, ja. Ya te pasará a ti...

—Nunca.

—Nunca digas nunca, cuñadito. —Pero Jack no le responde.

No tardamos en llegar. En cuanto veo aparecer los edificios del campus se me encoge el estómago y, para cuando Jack detiene el coche, me falta el aire. Quiero salir corriendo de aquí. Jack toma mi mano y me la acaricia.

—Estaremos a tu lado en los cambios de clase y a la hora del almuerzo —me asegura Katt poniendo su mano sobre mi hombro.

Miro de reojo a los que serán mis compañeros, pero no me veo aquí. No. Aunque todos vayamos vestidos con un caro uniforme, este no es mi sitio.

Los tres bajamos del coche y caminamos hacia la entrada. Algunas personas paran a Jack para saludarle (es muy conocido, por lo que parece), pero él no suelta mi mano, no se separa de mí en ningún momento. Agradezco su gesto así como el de Katt, que, sin conocerme apenas, camina a mi lado, sonriéndome.

Al poco, veo a Allie venir hacia nosotros.

—Hola, Eimy. Me alegra mucho de que estés aquí, así nos conoceremos mejor.

No le respondo; ahora mismo no puedo hablar. Solo quiero que este día pase.

—Esta es tu clase, Eimy —me dice Jack deteniéndose frente a un aula. Respiro hondo y trato de soltarme de su mano para no alargar más esto, pero él me la retiene entre las suyas—. Estaré cerca. Si me necesitas, llámame.

—O a nosotras —añade Katt.

Asiento y, en cuanto Jack me suelta, entro en la clase con la cabeza gacha. No miro a nadie, no me fijo en quién está a mi alrededor, me centro únicamente en subir hasta la última fila y desaparecer.

Me llega un mensaje al móvil y lo saco, pues aún no ha entrado el profesor. Es de Jack:

Mi niña, sonrío, pues cuando lo haces
me siento capaz de conquistar el mundo, me siento capaz hasta de volar.
¿No te das cuenta, niña, que sin tu sonrisa
yo sin remedio me hundo?

Sonrío al leer lo que ha añadido a la letra de la canción que compuso de pequeño para que dejara de llorar. Le escribo un «gracias» y guardo el móvil de nuevo en el bolso. No puedo dejar de sonreír por su mensaje y agacho un poco la cabeza para disimular, porque algunos de mis compañeros me han mirado curiosos, pero solo dos segundos. Luego se han dado la vuelta y han seguido a lo suyo. Tal vez sea siempre así, ojalá.

Una hora después suena el timbre, el profesor se despide y mis compañeros salen hacia la siguiente clase, charlando unos con otros. La verdad es que la cosa no ha ido tan mal como temía, al menos de momento.

Sin embargo, para cuando llega el descanso, los nervios me han vuelto a atenazar el estómago. Ya he visto como algunos me lanzaban miradas furtivas y cuchicheaban entre ellos preguntándose quién soy yo y quiénes son mis padres. Es decir, si soy una becada de clase media o estoy aquí por ser hija de alguien importante. Idiotas.

El profesor, por ser el primer día, finaliza la clase antes de la hora. Jack me mandó un mensaje para decirme que me esperaban en la cafetería para tomar algo, pero como ha terminado tan pronto, no creo que estén allí. Me encamino hacia la biblioteca para esconderme entre sus paredes.

—¡Eimy! —Me vuelvo y veo a mi primo Liam correr hacia mí con una amplia sonrisa. Me da dos besos—. ¿Ibas a la biblioteca? —Asiento—. Te he llamado varias veces.

—Perdona, no te he oído.

Me acompaña a la biblioteca y lo sigo hacia el fondo. Cuando llega pasa la mano por una mesa con cariño.

—Elen y yo nos veíamos aquí a escondidas. Este lugar siempre me trae buenos recuerdos.

—Tuviste suerte de encontrarla.

—Mucha suerte. Es mi vida. —Sonríó al escucharle hablar del amor que siente por Elen—. Y ahora, dime, ¿qué haces aquí? Creí que ibas a estudiar en la universidad pública.

—Mis padres. Otro engaño más —le digo frunciendo el ceño, sin ocultar el dolor que me ha causado su mentira.

—Vaya, lo siento. ¿Y qué tal ha ido la mañana?

—Mal, cada vez estoy más nerviosa.

—Se acabará pasando.

—Sí, claro. Cuando termine la carrera.

—¿Te has decidido ya por alguna en concreto?

Niego con la cabeza.

—Soy patética.

—No te mortifiques, ya lo sabrás. Todo a su tiempo.

Asiento resignada. Me vibra el móvil que llevo en la mano, pues he dejado la cartera en la taquilla en la segunda clase. Es Jack. Liam sonrío enigmático mientras descuelgo; no sé si pretendía decir algo con esa sonrisa.

—¿Sí?

—Hola. ¿Dónde estás? —me pregunta Jack cuando descuelgo.

—En la biblioteca, con mi primo.

—Vale, voy para allí —dice antes de colgar.

Miro a Liam, que sigue sonriendo.

—No es lo que piensas. Jack y yo solo somos amigos, muy buenos amigos...

—Ya. Y tú estás coladita hasta los huesos, y no lo niegues. He visto cómo le miras. Estás enamorada de él y yo creo que él siente lo mismo por ti.

—Vale, lo admito, pero Jack no está enamorado de mí. Me quiere, y me aprecia mucho, porque nos conocemos desde niños y soy una de las personas más importantes de su vida. Pero nada más. Cuando nos veas juntos más veces, te darás cuenta de que solo somos amigos.

—Pues yo sigo pensando que Jack siente algo por ti, aunque puede que ni él mismo quiera reconocerlo.

—Lo dudo mucho. —Pero mientras lo digo, el corazón me late con fuerza y me regaño a mí misma por esta reacción, pues yo sé mejor que nadie que Jack no me quiere

de esa forma.

—Si tú lo dices... El tiempo dirá quién de los dos tiene razón —replica sonriente.

—Sé que desde fuera podemos dar una impresión que no es, porque Jack y yo nos comportamos a veces como si fuéramos... —Me callo cuando veo con el rabillo del ojo acercarse a Jack, y me sonrojo de golpe.

—... novios —acaba Liam por mí, mirándole con intención.

Este sonrío divertido.

—¿En serio crees eso? No. Nosotros somos así cuando estamos juntos. Uña y carne. Eimy y yo siempre seremos los mejores amigos.

Jack lo dice con absoluto cariño, sin ser consciente de que esa afirmación tan rotunda me mata por dentro. No puedo evitarlo, por mucho que trate de autoconvencerme de que lo que hay entre nosotros no va ni irá nunca más allá de la amistad. ¿Por qué cuando una ama siempre está latente una pequeña esperanza de ser correspondido?

* * *

Entramos en casa. El primer día de clase ha pasado, por fin, sin pena ni gloria. Jack ha tratado de hacerme reír en un par de ocasiones, pero no tengo ganas de hablar, ni de comer ni de nada. Aún sigo nerviosa. El que hoy no se hayan metido conmigo no significa que no vayan a hacerlo mañana o en cualquier otro momento de mis próximos cinco años.

En cuanto me ven, mis padres salen a nuestro encuentro y tratan de hablar conmigo, pero, ignorando a todos, paso de largo y me encierro en mi cuarto.

Me tiro en la cama y me quedo mirando al techo, repasando todo lo vivido. Cuando Liam nos dejó poco después, Jack y yo fuimos a la cafetería y, como no podía ser de otro modo, la gente lo paraba para hablar con él y no nos dejaban avanzar. Katt vino a buscarme y me llevó con ella adonde estaban sentados Allie y Gonzalo, esperándonos. Jack no tardó en reunirse con nosotros. Me sentí parte del grupo e incluso en algunos momentos me olvidé de que alguien acabará por insultarme tarde o temprano..., pero hoy no ha habido nada de eso. Y cuando regresé a clase, tampoco, salvo alguna mirada. Que podían ser de curiosidad... Debería estar dando botes de alegría, feliz, pero no, sigo nerviosa y temiendo bajar la guardia y no estar preparada para cuando todo cambie, pues sé que cambiará.

Unos minutos después, Jack entra por el balcón. No dice nada, solo se tumba a mi lado y se pone a mirar el techo como yo. Pero desde que ha entrado soy plenamente consciente de su presencia, de su cercanía y de cómo su mano acaba por buscar la mía y acariciarla. Me encanta cuando hace eso... y mi corazón late bailarín sin poder evitarlo. Me distrae de mis funestos pensamientos.

—¿Algo interesante en el techo? Salvo las molduras de escayola, no veo nada que merezca que pierdas tu tiempo observándolo —bromea.

—Todo ha ido bien hoy.

—Mejor, ¿no?

—No, mejor, no. Si esto sigue así, me relajaré, y cuando menos me lo espere... ¡zas!, me machacarán.

—Eres un poco catastrofista, eso no tiene por qué pasar.

—No lo sabes con certeza... No quiero bajar la guardia, nada más.

Jack se queda callado; sabe que cuando me pongo en plan cabezota es inútil discutir conmigo.

—Es hora de ir a comer —dice levantándose y, al ver que no me muevo, se me queda mirando.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer, no puedes estar eternamente enfadada con tus padres.

Me doy la vuelta en la cama. Jack la rodea hacia mi lado y se acuclilla para ponerse a la altura de mis ojos.

—¿Sabes lo que es sentir que me pueden volver a engañar en cualquier momento? No confío en ellos. ¿Quién me dice que no me han mentido en más cosas?... Algún día los perdonaré, pero sé que este miedo a que me mientan no va a desaparecer.

—Lo haré, con el tiempo. Tus padres solo hacen lo que creen que es mejor para ti. Te quieren y no son egoístas como... —se interrumpe.

—Como los tuyos —termino yo por él, pues Jack no ha sido capaz de decir en voz alta lo que estaba pensando—. Solo necesito tiempo.

—Y no crear más distancia entre vosotros. O vienes a comer o te llevo a rastras.

—No te atreverías, no puedes conmigo.

Sin pensárselo dos veces, Jack me coge y me carga sobre su hombro como un fardo.

—¡Bájame! —Le golpeo en la espalda—. ¡He dicho que me bajes! ¡Suéltame!

Pero no me hace caso hasta llegar a la cocina, donde mis padres, Katt y Aiden nos miran, primero asombrados y luego con aire divertido. Jack me deja de pie junto a mi sitio. Lo miro enfadada y le digo entre dientes que esta me la pagará, pero se nota que él está disfrutando con la situación y que solo a duras penas consigue ocultar su risa.

Mis padres pierden la sonrisa cuando me miran y se dan cuenta de que sigo enfadada con ellos. Yo aparto la mirada. Sé que han hecho lo que creían mejor para mí, pero necesito tiempo para perdonarlos.

Empiezo a comer y noto que alguien me mira. No hace falta que entrelace mis ojos con los azules de Jack para saber que se trata de él, pero lo hago de todos modos. En cuanto le sonrío, su expresión se relaja, como si hubiera estado esperando mi sonrisa para saber que todo está bien, al menos de momento.

CAPÍTULO 10



EIMY

Gonzalo me trae un café y se sienta a mi lado en la mesa de la cafetería. Estamos a viernes. Definitivamente, la semana ha ido mejor de lo que esperaba. He hablado con mis padres y ya no estoy tan disgustada con ellos; y en la universidad no ha pasado nada. Sí, mis compañeros me miran de forma rara y cuchichean sobre mí, pero me dejan tranquila y, por mi parte, mientras solo murmuren y no me ataquen directamente ni me hagan nada, que digan lo que quieran.

La verdad es que aquí me siento arropada y poco a poco hablo más con Katt, Allie y Gonzalo. Hoy Jack no ha venido a clase. Se ha marchado, pues tiene un fin de semana repleto entre entrevistas y apariciones televisivas. Antes de irse me dijo que le llamara si lo necesitaba, aunque los dos sabemos que no lo haré.

Doy un trago al café.

—Hoy tenemos noche de chicas. No puedes faltar —me dice Katt.

—No sé si...

—He dicho que sin excusas —me dice sonriente.

—Lo pasaremos bien —añade Allie.

—Y el sábado te levantarás con un terrible dolor de estómago —añade Gonzalo; Katt le da un codazo y Allie le dice:

—Todo es cuestión de práctica. Se acostumbrará.

—¿A qué? —pregunto sin entender nada.

—A comer dulce con salado y hacer mezclas imposibles que con solo decirlas te dan ganas de vomitar —añade Gonzalo, divertido.

—¿Y tú qué sabes, listo? No has venido a ninguna cena de chicas —le pregunta Katt muy chulita.

—Me lo contaste tú.

Allie se ríe.

—Chivato —le susurra Katt y me dice—: Vale, hacemos eso, pero lo pasaremos bien, confía en mí.

—Por cierto —me dice Gonzalo mirándome—, la semana que viene empiezo dos clases nuevas en las que iré contigo. Seremos compañeros.

—¿De verdad?

—De verdad. El año pasado tuve que dejarme algunas asignaturas y este año las retomo.

Gonzalo sonrío y yo le devuelvo la sonrisa. La idea de ir a clase con alguien que conozco me apetece mucho. Al menos en dos asignaturas no estaré sola.

El descanso termina y Gonzalo me acompaña a mi siguiente clase. Tras despedirse de mí, me meto en el aula y rezo por que el resto de la mañana termine pronto.

* * *

Katt me dice que me ponga la camiseta rosa, la que tiene un hada sonriente.

—Está muy chula.

—Es un poco infantil, ¿no?

—Pues déjala para estar por casa...

Miro el cajón. Está lleno de camisetas de ese estilo y la verdad es que no veo ninguna que me apetezca ponerme ahora mismo. Es como si, en esta semana, algo hubiera cambiado en mi interior. Como si una parte de mí estuviera dispuesta a dejar atrás la imagen que he llevado hasta ahora y que me daba seguridad.

—Vamos a ir todas con ropa cómoda, no vas a desentonar.

Asiento y miro a Katt: lleva un chándal, así que decido ir en chándal yo también.

—¿Qué te parece Gonzalo? —me pregunta cuando salgo cambiada del aseo y me siento en la cama a su lado a ponerme las deportivas.

—Es majo...

—¿Te gusta? —me pregunta más directa. Sonrío.

—No.

—¿Ni un poquito siquiera?

—Ni un poquito siquiera.

Eso lo tengo claro. Es muy guapo, es simpático y baila de una forma que te hace desear ser su pareja de baile, pero no siento nada por él.

Katt sonrío y se levanta. Terminó de ponerme las deportivas y salimos juntas hacia el garaje. A medio camino Aiden sale a despedirse de nosotras, le da un beso a Katt y nos acompaña hasta el coche.

No tardamos en llegar a casa de Becca. En cuanto abre la puerta, me da un abrazo y me pregunta qué tal me ha ido la semana, pues casi no la he visto en la universidad. Se lo

cuento conforme vamos al salón, donde ya están las demás: Elen, Laia, Bianca, Jenna, Dulce y Allie.

Se levantan a saludarnos a Katt y a mí. Como dijo Katt, van todas con ropa cómoda. Laia me pregunta qué pelis me gustan más de las que tienen sobre la mesa. Leo los títulos y señalo dos románticas.

—Esta es de las mías —dice a las demás, sonriente, y se decanta por una de las dos que yo he elegido para ponerla.

Preparamos la cena entre todas. Han traído un montón de comida. Tras comerme dos trozos de pizza estoy llena, pero ellas siguen comiendo y riendo. Me dejo llevar y acabo riendo con ellas.

La peli hace que lllore en alguna ocasión. Alguien me tiende un pañuelo de papel: es Becca, que también está llorando. Al mirar a las demás, me percató de que no somos las únicas y todas nos echamos a reír por la situación.

—No sé por qué vemos estas películas que nos ponen tristes —dice Laia cuando termina—. Ahora, una de risa. ¡Voy a por helado!

Elen va con ella para ayudarla. Me pregunto cómo pueden tener hueco todavía para el postre. Lo peor es cuando veo que empiezan a mezclar el helado con patatas fritas y otras guarrerías. Ahora entiendo lo que dijo Gonzalo. Dejo de comer cuando mi estómago empieza a resentirse.

—¿Qué tal con Jack? —me pregunta Allie curiosa.

—Bien. ¿Por qué? —respondo sin comprender su pregunta. Ella sonrío de forma cómplice.

—Es raro ver cómo te cuida. Nunca lo había visto así con una chica —explica Bianca.

—Es normal entre nosotros. Somos buenos amigos.

—Eso dice Aiden, pero antes erais niños. Ahora ya no —insinúa Katt.

—¿Y? —pregunto.

—Pues que él te gusta... o, más bien, lo amas —afirma Elen con una mirada triste de comprensión porque Jack solo me vea como su amiga.

—Sé lo que hay entre los dos —respondo arisca y, aunque no tengo hambre, me meto una patata en la boca.

Por suerte, parecen entender que no quiero hablar más de ello y cambian de tema. Elen nos confirma su embarazo y se ponen muy contentas y le dan la enhorabuena. Pero se le caen varias lágrimas cuando les cuenta que, aunque los médicos le dicen que va todo bien, apenas ha engordado en estos meses, que no parece ni que esté en estado, y esto, sumado a que tuvo un principio de aborto, la tiene muy preocupada. Laia la abraza y le dice que todo saldrá bien. Las demás le decimos lo mismo. Tiene que salir bien a la fuerza,

porque ya quiero a ese pequeño aun sin conocerlo. Se me hace raro pensar que va a llevar mi sangre; tal vez, como pasa con sus hermanas, tenga algún gesto mío o se parezca a mí.

Por fin, a las tantas de la noche, nos vamos a dormir a los cuartos que Becca ha preparado para nosotras. A mí me toca con Katt. Tras ponernos el pijama, nos metemos en la gran cama de matrimonio que compartimos.

—Me alegra que regresaras —me dice sincera, dejando claro que le gusta mi compañía.

Siento como el pecho se me agranda. He pasado de no tener amigos a tener un montón de ellos y hacen que me sienta querida y especial.

—Yo también me alegro de haber decidido volver.

* * *

—Tienes que llevártelos.

Miro a Magda con la ceja levantada. Ella y Luna son unas amigas de Allie que han venido a pasar con ella el fin de semana.

Me miro en el espejo y niego con la cabeza. Katt y Allie asienten y yo vuelvo a negar.

—Pero ¿tú has visto el culo que te hacen esos pantalones? Si yo tuviera tu cuerpo, no dudaría en sacarle partido —insiste Magda.

Lo dice porque tiene unos kilos de más, pero yo creo que le sientan genial. Luna, en cambio, está muy delgada; juntas parecen la noche y el día.

Ellas y Allie han venido a buscarnos a Katt y a mí después de comer y no han aceptado mis excusas, casi me han sacado de casa con lo puesto. Hemos ido a dar una vuelta por el pueblo y ahora estamos en una de las tiendas de Allie.

—No —insisto.

—Si no te lo compras tú, lo haré yo —me dice Katt.

—Eso, Katt, imponte —dice Marga sonriente.

Me lo quito. Katt me tiende un par de camisetas con detalles en verde para que me las pruebe, cosa que hago a regañadientes. Me gustan, pero me cuesta reconocerme cuando me miro en el espejo. Me crea ansiedad... así que me las quito y me pongo mi ropa de siempre.

—Pienso comprártelo. He visto cómo las mirabas.

—No, me gusta mi estilo —digo a Katt dejando la ropa en su sitio.

No insisten, mejor. Vamos a la sección de niñas y les compro algo a mis sobrinas.

Al salir de la tienda, decidimos ir a la heladería de Elen a tomar algo.

Cuando entro, veo a varios de mis compañeros de la universidad. Yo los ignoro, pero ellos no, claro, me miran de forma rara, como siempre..., o tal vez no me miran, pero yo lo siento así. Nos sentamos donde el otro día, en la segunda planta. Ya está anocheciendo y a través de la cristalera se pueden ver las luces de los árboles del lago encendidas. No puedo resistirme a hacerles una foto y mandársela a Jack. Antes me mandó un mensaje para decirme que estaba muy liado, pero que no dudara en llamarle.

—¿A qué hora es la entrevista de Jack? —me pregunta Allie tendiéndome la carta.

—A las once de la noche —le contesto mirando los bocadillos que tienen.

Pedimos unos bocadillos, las bebidas y una ensalada para compartir. No tardan en traérselo. Los bocadillos tienen una pinta increíble y saben aún mejor, como puedo comprobar cuando doy el primer mordisco al mío.

—¿Y vuestros novios? —les pregunta Allie a Magda y Luna.

—Muy bien —dice Magda con una sonrisa tonta—. Dentro de dos fines de semana nos vamos de viaje..., estoy deseando estar a solas con él.

—Con él y con sus padres... —matiza Luna.

—Bueno, sí, pero yo hago como que nos vamos los dos solos.

Allie se ríe.

Siguen poniéndose al día mientras cenamos. Estoy casi acabando cuando mi móvil, que tengo encima de la mesa, empieza a sonar y aparece en la pantalla la cara de Jack, pues me está llamando.

—¡Hola, Jack! —grita Magda en mi oído cuando lo cojo.

—Vaya, estás con Magda. Dale un beso de mi parte.

—Jack te manda un beso.

Magda sonrío y me quita el teléfono de las manos.

—¿Qué tal, Jack?... Sí, hemos venido Luna y yo a ver a Allie... Luna también te manda saludos y dice que le regales otra púa, que la que le diste hace años la ha tenido que guardar para no estropearla, de lo vieja que está... —Luna pone los ojos en blanco—. Bueno, ahora mismo no lo ha dicho, pero sí me lo ha comentado alguna vez... —Magda se ríe—. Dice Jack que tranquila, que te reserva la de esta noche.

—Dale las gracias de mi parte —responde Luna feliz.

—Dice Luna que muchísimas gracias, que te debe un favor muy gordo... Sí... Vale, nos vemos. Un beso. —Magda me tiende el móvil—. Ten, es para ti.

Lo tomo y sonrío sin poder evitarlo.

—¿Qué tal todo? —pregunto a Jack notando las miradas de todas puestas en mí.

—Muy bien, deseando regresar a casa. ¿Qué tal la noche de chicas? ¿Has superado la prueba?

—Al parecer mi estómago sí puede soportar esas mezclas. Porque vaya mezclas... — Jack se ríe. Yo sonrío como una tonta y oigo como todas dicen «¡oh!». Enrojeczo hasta la raíz del pelo.

—Te tengo que dejar. Nos vemos mañana, volveré antes de la cena.

—Nos vemos. Ten cuidado.

Cuelgo.

—¡Estás coladita por él! —me dice Magda—. No me extraña, es un bombón. Aunque para mí es mucho más guapo mi novio.

—Yo no estoy coladita por Jack.

Allie niega con la cabeza.

—No lo niegues, son de fiar. Y se te nota a la legua.

—Genial, lo que me faltaba.

—Tranquila. ¡Si Jack es como tu hermano! No notará nada —dice Katt.

—Ya lo sé y, aunque lo notara, daría igual. Jack no cree en el amor.

—Pero tuvo novia hace años, tal vez cambie de idea... —dice Allie dejando la frase en el aire.

—Con Natalia se dejó llevar, estaba en la edad del pavo, pero ahora vuelve a ser el que era. Para él las relaciones de pareja no tienen valor.

—Es por lo de su madre —explica Katt a Luna y Magda—. Cada vez que viene a visitar a Aiden y Jack tiene un novio nuevo. Ahora creo que se ha enamorado de un gestor y dice que este es el definitivo, pero en el año que llevo aquí ya ha dicho eso mismo de tres hombres distintos. No me extraña que Jack no quiera ni oír hablar de noviazgos. Su madre hace que esa palabra no tenga ningún valor... —y volviéndose hacia mí, añade—: Pero si te quiere, dará el paso.

—Jack me quiere, pero no de ese modo —le digo seria. Ellas no lo entienden, pero yo conozco a Jack y sé que tengo razón.

* * *

Dejo caer la cabeza sobre mis deberes. Son muy complicados, el nivel es más alto de lo que pensaba. Es domingo, son cerca de las cinco de la tarde y llevo todo el día haciendo trabajos y estudiando. Estoy saturada. Necesito desconectar un poco.

Anoche, cuando Katt y yo llegamos a casa tras despedirnos de Magda, Luna y Allie, vimos la entrevista de Jack en el salón, junto con mis padres y Aiden. Estuvo espectacular. Siempre sale increíblemente guapo en la tele y su forma de ser hace que no puedas dejar de mirarlo; hasta la presentadora acabó sonriendo como una tonta ante sus respuestas. Y cuando Jack cantó una de sus canciones acompañándose al piano, se me pusieron los pelos de punta. Ha mejorado mucho en estos años. Estoy deseando que regrese y darle un abrazo

de forma casual, sin que él sepa que cada vez que lo abrazo lo hago movida por el amor que siento por él y no por la amistad que nos une.

Tocan a la puerta y me sobresalto por si fuera Jack. Digo que pase creyendo que es él y me vuelvo hacia la puerta, sonriente. Mi sonrisa casi se pierde cuando veo que es Gonzalo quien entra, pero le sonrío igualmente.

—Hola. ¿Molesto?

—No, estaba estudiando y pensaba hacer un descanso.

—Estupendo, porque venía a invitarte al cine.

—No..., yo no...

—Vamos, no puedes negarte. Jack no está, Aiden y Katt se han ido y esta semana retiran de las carteleras la película que quiero ver... Te lo pido como medida desesperada, para no ir solo al cine. Deberías compadecerte de mí. —Pone morritos que no ocultan para nada su atractivo—. ¿No te doy pena?

—No. —Me río. ¿Me río? Mi risa se corta de golpe. ¿Qué tiene Gonzalo que me hace ser así con él?

—No dejes de reír. Estás muy bonita cuando lo haces. —Mis ojos van directos a sus ojos azules—. Vamos, di que sí. Te traeré a casa en cuanto termine la peli, palabra de honor.

Lo pienso un momento. La idea de pasar tiempo con Gonzalo no me disgusta; es más, me apetece.

—Está bien.

—Genial, te doy cinco minutos para vestirte. Llegamos tarde.

Cierra cuando sale del cuarto y pienso qué ponerme. Miro la bolsa de ropa que tengo en mi cuarto. Katt y Allie se encargaron de que me la mandaran a casa, pese a decirles que no la quería. No solo eso, sino que además le pidieron a la dependienta que quitara las etiquetas, para que no pudiera devolverla. Suspiro resignada, me levanto y saco la ropa de la bolsa. Me la pruebo por encima y al final decido ponerme el pantalón negro ajustado y una de las camisetas verdes de media manga. Me visto y me miro en el espejo. Me cuesta verme con esta ropa; el corazón me late deprisa. ¿Estoy preparada para dejar atrás lo conocido? Dudo. Tocan a la puerta.

—Adelante. —Gonzalo entra y me mira de arriba abajo.

—Estás preciosa, vamos.

—No sé si... —empiezo a decir, pero él me coge de la mano y tira de mí fuera de la habitación, sin darme opción a cambiarme. Por lo menos tengo la seguridad de mis gafas y mi coleta. Me despido de mis padres a la carrera y Gonzalo me lleva hacia su coche.

* * *

Como prometió, Gonzalo me deja en casa después de la peli. La verdad es que lo he pasado bien. Es la primera vez que voy al cine con un chico que no sea Jack. Y Gonzalo es muy amable y siempre está diciendo cosas graciosas para hacerme reír; de hecho, nos han llamado la atención más de una vez. Me sorprende comportarme así con él y, aunque no me gusta, algo en él hace que me sienta cómoda.

Abro la puerta. Gonzalo entra conmigo.

—La próxima vez me pensaré llevarte conmigo. No parabas de reírte —bromea.

—¡Pero era culpa tuya! —me quejo sonriente.

—Vaya, qué bien lo pasáis.

Ambos nos volvemos hacia la escalera. Jack baja con paso tranquilo por ella, clavando sus gélidos ojos azules en Gonzalo. Ahora mismo parece un depredador.

—La verdad es que sí. Nos vemos mañana. —Gonzalo me da dos besos en las mejillas, mirando precavido a Jack—. No dejes que te coma —me susurra al oído y luego se despide—. Hasta luego, Jack.

Gonzalo se va. Jack llega hasta mí y me mira de arriba abajo con cara de desaprobación. Me encojo en mí misma y me siento ridícula.

—Si no te gusta, no mires.

Jack me mira serio y tenso.

Me doy la vuelta para irme, pero me coge y me abraza por detrás, de forma posesiva, desesperada, y apoya su cabeza sobre la mía. Dios, creo que se me va a salir el corazón del pecho. Alzo mi mano y la apoyo en la suya que cruza mi pecho.

—No soy ningún ogro.

—Hace un rato lo parecías.

—Lo sé, no sé qué me pasó... —dice bajito.

Me vuelvo extrañada y me enfrento a su mirada. Por un momento veo en sus ojos a ese niño perdido que esperaba a su madre y no entendía cómo no podía quererlo, cómo podía abandonarlo. Lo abrazo con fuerza.

—Que tenga amigos no significa que tú vayas a dejar de serlo. Eres un celoso.

Jack gruñe y río entre sus brazos.

—No soy celoso —niega.

—No, claro, solo eres posesivo. Tengo capacidad para tener muchos amigos, que lo sepas, guapito.

—Ninguno como yo. Ninguno como yo —repite.

—Nunca habrá nadie como tú.

—Ya, bueno, pero no soy celoso.

Me río y Jack acaba por relajarse y reír conmigo, aún abrazados.

Aunque yo haya querido bromear y quitarle importancia a su reacción, no puedo negar que me ha hecho sentir importante para él. Por eso, cuando nos separamos y vamos hacia la cocina, tengo pintada en la cara una tonta sonrisa que no me molesto en ocultar.

Todos ven lo feliz que soy al lado de Jack..., todos menos él. Y, por el momento, esa ceguera me da libertad.

CAPÍTULO 11



JACK

Toco a la puerta de Eimy.

Ayer, cuando llegué y supe que se había ido con Gonzalo, se apoderó de mí un sentimiento hasta ahora desconocido. Me dio rabia que estuviera con él. Mi mente traicionera no dejaba de recrear imágenes de ellos dos juntos —muy, muy juntos— y no me gustaba esa idea. Por eso, cuando la vi entrar dando muestras evidentes de lo bien que se lo había pasado con Gonzalo, me comporté como un estúpido. No sé qué me pasó, tal vez solo fuera una locura transitoria. Sí, eso debió de ser.

—Adelante —me dice Eimy desde dentro de su cuarto.

Al abrir la puerta, la veo metiendo unos libros en la cartera. Ya se ha puesto el uniforme y se ha vuelto a peinar con una coleta al lado, dejando su flequillo largo suelto. Le da un toque más maduro y no puedo negar que está muy guapa. En realidad para mí siempre lo está, pero hay personas que no ven la verdadera belleza hasta que la tienen delante de sus ojos, sin nada que la oculte.

—Otra semana más —me dice cogiendo las gafas; se las quito—. ¡Eh, dámelas, son mías!

—No las necesitas, deja de esconderte tras ellas. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que los demás se den cuenta de lo bonita que eres y no poder quitarte de encima a los moscardones? No te preocupes, de eso ya me encargaría yo.

Eimy me arrebató las gafas y se las pone.

—Poco a poco. De momento he decidido cambiar un poco mi estilo de vestir...

—¿Con cambiar te refieres a llevar unos pantalones superajustados que dejaban poco a la imaginación?

—¡Por Dios, Jack! ¡No seas antiguo! ¡Eran unos pantalones de hilo y no marcaban nada!

—Sí, ya. —Mi mente recrea sus curvas con ese pantalón. Vale, siempre he sabido que era guapa, pero ayer... Ayer la vi deseable, la miré con deseo y eso me enfureció, pues imaginé a Gonzalo mirándola de la misma forma... ¡Por favor, todo esto roza lo ridículo! —. Haz lo que quieras —le digo con una sonrisa, quitándole importancia y alejando mis pensamientos.

—Eso haré.

Mientras cierra la cartera, me meto la mano en el bolsillo.

—Cierra los ojos y extiende la mano.

—¿Me has traído un regalo? —me pregunta mirando la mano cerrada que he sacado del bolsillo de mi pantalón.

—Puede ser. Ahora haz lo que te digo.

Ilusionada, cierra los ojos fuerte como una niña y extiende la mano con la palma hacia arriba, esperando que deposite en ella su regalo. Pero en lugar de eso, le pongo alrededor de la muñeca una pulsera de plata de la que cuelgan varias notas musicales y una clave de sol. En cuanto la vi en el escaparate de la joyería, entré para comprársela. Aunque quiere negarlo, sé la pasión que Eimy siente por la música.

—Ya puedes abrirlos —le digo.

Abre los ojos y mueve la pulsera delante de ellos, me mira emocionada y feliz. No hace falta que diga nada, en su cara se puede ver lo mucho que le ha gustado y esto hace que me sienta especial.

—Me encanta, Jack. —Mueve la mano para hacer tintinear las notas—. Pensé que sería una de tus muñequeras de cuero.

—No, esta pulsera es más bonita.

—Tus muñequeras también lo son, pero he de reconocer que esta me gusta mucho.

—Si quieres una de mis muñequeras, solo tienes que pedírmela. En cuanto la vi, supe que la habían hecho para ti y quise regalártela. Para que no me olvides.

—¿Acaso eso sería posible? —me dice bromista—. Porque si lo es, dímelo. —Mira una vez más la pulsera, emocionada—. Gracias. —Se alza y me da un beso en la mejilla. Por un instante debo apretar los puños para no caer en la tentación de agarrarla y besarla en los labios y que el beso deje de ser inocente. Desconcertado, me alejo de ella.

—Vamos, tardona, que llegamos tarde.

—¡No me echas a mí la culpa! —Pasa corriendo delante de mí, se vuelve y me saca la lengua desde la puerta, divertida—. Eres un lento, Jack.

Sí, lo que tú digas. Me quedo un poco rezagado, tratando de olvidar ese impulso que no tengo ni idea de dónde ha salido.

* * *

A la hora del recreo, observo a Gonzalo venir con Eimy, que le sonrío. Parecen muy felices los dos juntos, y a mí... bah, a mí me da exactamente igual.

—¿Podrías dejar de apretar así el bote de tu refresco? No quiero que se abra y me pongas perdida —me dice Katt haciéndome aflojar la mano, pues ignoraba que la tenía tan apretada.

—Hola, Jack —me dice Eimy nada más sentarse junto a mí. Sonrío triunfal porque se haya sentado a mi lado y no al de Gonzalo. Estoy tentado de volverme y lanzarle una mirada de «te jodes», pero no lo hago... ¡Mierda, esto es ridículo!

—Hola —le respondo de forma dura. Eimy me mira seria.

—¿Te pasa algo?

—No, todo está genial. La vida es maravillosa —ironizo y le doy un trago a mi refresco como si nada.

—Jack...

—Todo bien, de verdad. Y esta tarde no hagas planes con nadie. —Esto último lo digo mirando a Gonzalo, que me aguanta la mirada divertido y retador—. Nos vamos de compras...

—¿Se te ha olvidado que, donde entres, se te tirarán todas las tías encima? —me recuerda Gonzalo. Katt asiente y Allie, que acaba de llegar, le da la razón a Gonzalo. Este le dice a Eimy—: Si necesitas ir a comprar ropa, te puedo llevar.

—No hace falta, iré con Jack a la tienda de Allie. Aquí en el pueblo no le acosan tanto. Lo tienen muy visto. —Eimy se vuelve y me sonrío. Y yo me pierdo en su sonrisa, en sus labios... ¡Maldita sea!

Me termino el refresco y me levanto con malos humos.

—No, mejor ve con Gonzalo. Ya nos veremos en casa.

Y sin más, me marchó, agobiado por este sentimiento incomprensible que me está asfixiando y no sé cómo controlar.

EIMY

Estoy esperando a Jack en su estudio. Al final no he quedado con Gonzalo. Jack está muy raro, no sé qué le pasa y una parte de mí teme que no podamos ser amigos, que el distanciamiento de hace años regrese y nos demuestre que nuestra amistad solo podía existir cuando éramos niños.

He comido con mis padres, Aiden y Katt. Jack le dijo a mi madre que no vendría a comer y desde entonces no hemos sabido nada de él. Le he llamado, pero no me lo ha cogido y estoy preocupada por si le ha pasado algo. Odio ser catastrofista, pero es algo que no se puede evitar cuando quieres a alguien.

Me siento al piano y, con manos temblorosas, acabo por tocar unas notas al azar. La pulsera que me regaló Jack brilla bajo la luz del cuarto. Al mirarla, mi mente evoca cuando de niña Jack me enseñó a tocar el piano y la guitarra. Aunque él es mejor, he de reconocer que no se me da mal... o no se me daba mal. Me dejo llevar por los recuerdos y acabo por tocar una vieja canción que compusimos sobre lo mala que era nuestra niñera. Le hacíamos la vida imposible a la pobre, pero es que ella se lo buscaba: siempre estaba tratando de separarnos, no entendía que quisiéramos estar juntos. Al final le dijimos con

esta canción al abuelo que la despidiera y desde entonces mi madre se hizo cargo de nosotros, compaginando nuestro cuidado con la cocina.

El abuelo nos llamó trastos y nos hizo cosquillas. Una lágrima cae sobre mi brazo al recordar al abuelo. Al recordar tiempos mejores al lado de Jack, que por un instante creí que habían vuelto.

—Muévete —me dice Jack. Lo hago y se sienta a mi lado en la banqueta del piano, muy cerca de mí—. ¿Cuál tocamos ahora?

—¿Y quién te ha dicho que voy a tocar otra?

—¿Me vas a decir que no quieres tocar conmigo?

—Si lo hago, ¿me dirás qué te pasa?

Tensa la mandíbula y empieza a tocar. Reconozco la canción y le sigo, pues, una vez que me he decidido a tocar después de tanto tiempo, no tengo excusas para no hacerlo. Nuestras manos dan vida a esta canción como si fueran una sola. La melodía es preciosa y se me ponen los pelos de punta y sonrío cuando Jack da voz a esta balada:

Princesa de mis sueños, reina de mi vida.

Tú le das a mi vida una dulce salida.

Tú eres mi huida de esta oscura realidad.

Tú me haces saber que sin ti mi vida nunca sería igual.

Jack la escribió un día que estaba enfadado con su madre y que la odiaba con todo su ser porque se enteró de que cuidaba a los hijos de su nuevo novio mientras a los suyos no les hacía ni caso. Me dijo que yo era su salida y que en sus sueños siempre era una princesa que reinaba en su vida por el día. Siempre he sabido que yo era su refugio, que gracias a mí huía de la realidad.

Me sorprende que escoja precisamente esta canción y le pregunto:

—¿De qué huyes ahora?

Jack clava sus ojos azules en mí, me mira serio y luego baja la mirada al teclado.

—No lo sé, en verdad no lo sé. —Toca algunas teclas al azar.

—Tal vez te has dado cuenta de que no podemos ser amigos como lo fuimos siendo niños...

—¿Tú piensas eso? —me pregunta muy serio. Sus ojos azules parecen glaciares y sé que está intentando protegerse.

—No, yo quiero que seamos los de siempre..., pero a veces no te sigo, no sé qué te pasa y tengo miedo de que te alejes de mí.

Jack me acaricia la mejilla.

—Perdóname por no ser más que un tonto celoso que no soporta verte con otro.

Mi corazón da un vuelco y agrando los ojos. Me recuerdo a mí misma que Jack se refiere a nuestra amistad, pero no puedo controlar mi acelerado corazón ni las mariposas que siento en el estómago.

—Tú siempre serás mi único y mejor amigo. Incluso cuando tenga novio.

—¿Novio? —Jack aparta la mano y frunce el ceño—. ¿Y para qué quieres tú de eso? No lo necesitas, me tienes a mí.

—¿Ah, no? ¿Y yo tengo que aguantar que tú pases tiempo con tus amigas y con Luz?

—Para mí ellas no son tan importantes como tú. No es lo mismo.

—Sí lo es. Que tenga amigos chicos aparte de ti no significa que te desplace ni que me vaya a ir de tu lado. No cometeré ese error otra vez.

—Más te vale. Porque si lo haces, te perseguiré.

Sonrío. Jack me abraza en un arrebato, sorprendiéndome, y más porque lo hace de forma desesperada.

—No sé qué me pasa, Eimy. Perdóname si alguna vez te doy motivos para desear matarme.

—Me lo pensaré —le digo aceptando su abrazo y acariciando su espalda.

Cómo le quiero. Le amo tanto que tenerlo tan cerca me llena de felicidad y, a la vez, me mata porque solo puedo aspirar a ser la mejor amiga que tiene que tragar verlo con otras.

* * *

Me siento al lado de Gonzalo. Jack me ha acompañado hasta el aula y, cuando vio a Gonzalo venir hacia mí, le saludó y le dijo que se alegraba porque así no estoy siempre sola en clase. Me sorprendió su comentario y me gustó que hiciera el esfuerzo de confiar en mí. Parece que ha comprendido que nuestra amistad no tiene por qué peligrar porque otras personas se acerquen a nuestra vida.

—Creo que es la primera clase de este curso en que no me siento tan nerviosa.

Gonzalo me mira con calidez.

—Espero no pecar de creído si pienso que lo dices por mí.

—No lo haces, es por ti.

—Me gusta cómo eres. Eres muy sincera y la sinceridad es una virtud que escasea en este mundo.

Incómoda, me sonrojo y agacho la cabeza.

—Me encanta tu timidez.

—Yo la odio.

—No veo por qué. Solo eres tímida con las personas que no te conocen. No es culpa tuya que la mayoría de la gente no tenga paciencia y no te dé la oportunidad de ser tú misma.

Le sonrío. Poco a poco van llegando más compañeros. En ese momento entra un grupo de chicas y una de ellas llama mi atención; niego con la cabeza. Gonzalo se da cuenta y me pregunta qué me pasa.

—Nada... Es que conozco a esa chica... —respondo mirando hacia la puerta. ¿Qué hace Olga aquí?

Como si sintiera que la estoy mirando, se vuelve, entrelaza sus ojos oscuros con los míos y me dedica una mirada de rabia y asco. Me recorre un escalofrío y siento que todo está a punto de cambiar. ¿Por qué me mira así? Yo era lo más parecido a una amiga que tuvo en el pasado... Pero ha cambiado. Mucho.

—¿De qué conoces a la rubia con mechas quemadas?

—Sabes mucho de tintes...

—De mujeres, más bien. —Me sonrojo—. Di —me incita a hablar.

—Íbamos juntas al instituto cuando estuve fuera..., éramos amigas.

—¿En serio? Por la forma en que te mira, intuyo que algo pasó para que dejarais de serlo. —Asiento—. Ignórala. Ella se lo pierde.

Intento hacerle caso y prestar atención al profesor, pero esta inquietud que siento ya no me abandona en toda la mañana, y menos cuando estoy sola en clase sin Gonzalo y Olga me lanza miradas de reojo para dejarme claro lo mucho que le molesta mi presencia.

Estoy recogiendo mis cosas para ir a la cafetería cuando la voz de Olga me llega alta y clara.

—Sí, es la hija de unos sirvientes. Dudo mucho que el sueldo de sus padres dé para pagar esta universidad...

—Dudo que sea una becada, no parece tan lista —dice otra—. A menos que haya hecho algo para conseguir el dinero...

—Yo creo que vende sus favores a alguien. Las tímidas son las peores. Las matan callando —dice una tercera.

—No me extrañaría. En mi otro instituto era una cualquiera.

¿¡Qué!?! ¿Cómo puede ser tan mentirosa? Me vuelvo para enfrentarla. Olga me mira retadora, esperando que la contradiga y comience una discusión, pero no hago nada, como ella sabe muy bien por su sonrisa de triunfo.

Salgo de la clase apresurada y voy en dirección contraria a la cafetería. Ahora mismo necesito estar sola, no quiero que mis amigos noten que mi calvario ha empezado de nuevo. ¿Qué he hecho yo para merecer ser siempre objeto de burlas y mofas?

Entro en la biblioteca. Estoy buscando un sitio aislado para reponerme cuando noto que alguien me mete en uno de los pasillos y me empuja contra unas estanterías. No tardo en descubrir que es Olga. Tiene la cara desencajada y está furiosa.

—Como me delates, te haré la vida imposible. La Olga que conociste hace años está muerta. ¿Te queda claro? —Y sin darme tiempo a contestar, me pega un pellizco en la tripa que casi me hace gritar, pero no le daré ese gusto—. No te metas en mi camino. O te haré algo mil veces peor.

Me suelta y se larga, dejándome impactada y angustiada. Nunca esperé que la persona a la que salvé la vida fuera a condenar la mía. Sin embargo, me alegra habérsela salvado a pesar de todo, sean cuales sean las consecuencias.

Con pies temblorosos voy hacia el final de la biblioteca, al lugar tranquilo que me mostró Liam, me dejo caer en una de las sillas y apoyo las manos sobre la mesa y mi cabeza sobre ellas, a la espera de tranquilizarme. Dios, había tanto odio en sus ojos... No me extrañaría nada que me hiciera cualquier cosa si presintiera que soy una amenaza para la nueva identidad que se ha creado. No lo entiendo. ¿Cómo puede una persona cambiar tanto? ¿Acaso no aprendió nada de lo mal que se pasaba cuando te tratan así? «Si no puedes con alguien, únete a ellos —me respondo a mí misma—, y Olga lo ha llevado al extremo.» Yo no pienso así. No quiero ser como las personas que tanto daño me han hecho; si lo hiciera, moriría una parte de mí. Y me temo que, como bien ha dicho Olga, aquella noche murió una parte de ella.

* * *

Termino las clases lo mejor que puedo. Olga ya se ha encargado de hacer circular rumores sobre mí con sus amigas. Según su versión, se metían conmigo en mi antiguo instituto por ser una fracasada, pero se ha cuidado mucho de confesar que ella también era foco de las burlas. Trato de ignorarlas por todos los medios, y más cuando insinúan que debo de ser increíble en la cama para haber conseguido que Jack me pague los estudios. «Genial, simplemente, genial.» No he ido a comer con mis amigos; le mandé un mensaje a Katt para decirle que estaba estudiando, que se lo dijera a los demás, y no han insistido. Pensé en mandárselo a Jack, pero, conociéndolo, si no me ha llamado ni me ha mandado ningún mensaje para saber dónde estaba es porque no ha ido a la cafetería con los demás.

Me marcho sin esperar a nadie y voy andando a mi casa. Fuera de clase nadie murmura nada de mí, cosa que me tranquiliza, pero me hace pensar que Olga ha sabido con quién hablar para que me machaquen y no ser ella la que se mete con nadie a los ojos de los demás.

Al llegar a casa, me comporto con normalidad con mis padres para que no noten nada y les digo que voy a salir a comer fuera. Me ponen mala cara, pero asienten. Ya en mi cuarto, me quito el uniforme y me pongo mis ropas de siempre. Me cuesta un mundo no derrumbarme, pero sé que, si lloro, mis padres oirán mis sollozos y me preguntarán qué me pasa. Así que me trago las lágrimas y, con la sonrisa más falsa que soy capaz de pintar

en mi cara, salgo hacia el coche que me ha prestado Jack y conduzco sin rumbo, deseando encontrar un lugar donde nadie pueda ser testigo de mi dolor.

* * *

Hace rato que me metí por un camino de tierra que parecía poco transitado y que las lágrimas caen libres por mis mejillas, pues no hay nadie cerca que pueda verme llorar. Sigo conduciendo sin apenas prestar atención a mi entorno, lo justo para no tener un accidente.

De repente algo aparece en mitad del camino y freno de golpe. Es un pequeño conejo que sale corriendo hacia la derecha. Lo sigo con la mirada, con el corazón latiéndome con fuerza por el susto, y al hacerlo, veo a lo lejos las ruinas de una casa que en sus buenos tiempos debió de ser una bella mansión. Curiosa, aparco el coche en la cuneta y me dirijo hacia ella.

Paso una verja altísima de hierro forjado que antaño debió de ser majestuosa, pero que está corroída por el paso de los años, y me adentro en la propiedad. Escucho un ruido entre la maleza y por un instante tengo miedo de que me muerda alguna alimaña. Miro mi coche y luego la mansión medio derruida y sigo adelante con cuidado de dónde piso.

No tardo en llegar a las escalinatas. Solo una de las columnas que flanquean la entrada principal sigue dando la bienvenida a los que se acercan a la casa, pero las enredaderas se han adueñado del mármol blanco. Subo los escalones llenos de tierra y hojas secas y miro desde arriba la propiedad. Por los restos de verja se puede ver que era bastante grande. A mi izquierda hay una fuente medio escondida entre los arbustos y a la derecha, un lago privado.

Me doy la vuelta y cruzo la entrada pasando por encima de la puerta, que está rota en el suelo, haciendo que la vieja madera cruja bajo mis pies. Ante mí veo un enorme vestíbulo, con una impresionante escalera que lleva al piso de arriba y, en el centro, una lámpara de araña que en su día se descolgó del techo. El ala izquierda de la casa está destruida, llena de escombros, pero el ala derecha sigue aún en pie, por lo que me dirijo hacia allí.

Al abrir una de sus puertas, descubro una imponente estancia; sin duda, esta debía de ser la sala de baile. A pesar de su estado de abandono, la luz del mediodía se cuela por las cristaleras y puedo imaginar lo hermosa que fue. En una esquina, medio oculto entre las plantas silvestres que se han colado por las ventanas rotas y han hecho de esta casa su hogar, me parece distinguir un piano. Voy hacia él con cuidado de no tropezar. En su época fue blanco y reluciente, pero ahora luce desgastado por el polvo y la hojarasca. Aparto las ramas y me siento en la silla del piano a observar la sala. Imaginándome cómo sería. Y de quién. Este lugar me transmite calma y tranquilidad.

Después de unos minutos me levanto y sigo con mi investigación. Me fijo en que prácticamente no hay muebles en la casa; tan solo queda alguno olvidado, como si los

antiguos dueños hubieran tenido tiempo de recogerlo todo antes de abandonarla y dejar que se echara a perder.

Abro otra puerta y me quedo petrificada cuando veo una habitación vacía que da a un jardín inmenso cubierto por rosales salvajes rojos como la sangre. Cruzo la estancia y trato de abrir la puerta. Está atascada y tengo que forcejear con el pomo, pero finalmente consigo abrirla lo suficiente para salir. Es un paisaje precioso, salvaje, lleno de vida, de fuerza..., me encanta. Me siento en la escalera a admirar el bello espectáculo bañado por el sol y saco el móvil para fotografiar todo esto, para llevarme un pedazo de esta belleza, aunque tengo claro que volveré. Me siento muy a gusto en esta casa. La paz que siento aquí no la he sentido en ningún otro lugar, salvo cuando estoy en los brazos de Jack.

La tarde cae sobre esta bella estampa. Alargo el momento todo lo que puedo, hasta que empieza a refrescar y sé que ha llegado el momento de volver a la realidad. Mientras regreso a mi coche, prometo a estas viejas paredes que volveré.

CAPÍTULO 12



JACK

Estoy agotado. Harrison, mi *manager* y padre de Luz, me llamó para que fuera a verle: ha firmado un contrato con Gladis y quería mostrarme algunas canciones que ella ha escrito para que yo las modifique y dé mi visto bueno. A mí no me ha terminado de gustar ninguna, por más que Harrison se ha empeñado en ponérmelas una y otra vez.

Y después, cuando ya me disponía a volver a casa para ponerme a trabajar con las ideas que tengo para alguna de ellas, Luz me pidió que me quedara, alegando que le debía unos minutos de mi compañía, y acepté porque parecía preocupada. Me contó que estaba un poco nerviosa porque Harrison y ella acaban de mudarse a este pueblo y mañana empezaba las clases en mi universidad. No es que me haga mucha gracia, salvo porque ahora me pilla más cerca para nuestras reuniones. En la salita estuvimos con su prima, que también se ha trasladado a vivir aquí recientemente pero que ya ha comenzado las clases. Me pareció una joven inquietante y me hizo sentir bastante incómodo. Tal vez porque no dejaba de mirarme con deseo.

Son cerca de las nueve de la noche cuando por fin llego a casa. Me asomo a la cocina. No hay nadie, pero la cena está caliente sobre la encimera para que cada uno se sirva. Miro de qué se trata: pescado. A Natty le sale muy bueno. Pero antes de cenar, me apetece ver a Eimy.

Al entrar en su casa me cruzo con Javier, que me dice que está en su cuarto estudiando. Toco suavemente a la puerta y me dice que pase. Al entrar, alza la vista de sus libros y me sonrío. Por un momento veo algo en su mirada que me inquieta, por lo que me acerco a ella y le pregunto:

—¿Todo bien?

—No, estoy agobiada con tantos trabajos.

Cojo una silla para sentarme a su lado y echo un vistazo a lo que está haciendo. Me olvido de la cena y le echo una mano, pues ahora mismo lo único que quiero es borrar esa ansiedad que he visto en sus ojos.

—El nivel es muy alto —dice resoplando cuando cierra el último libro.

—Te adaptarás.

Eimy me sonrío y luego, sorprendiéndome y alarmándome, me abraza. Me quedo quieto, impactado por su gesto y, sobre todo, preocupado. Finalmente reacciono y le

devuelvo el abrazo, esperando a que hable. Me encanta tenerla entre mis brazos, no me canso de esta sensación.

—¿Seguro que todo está bien? —le digo cuando se separa y trata de sonreír.

—Sí. Solo es que el principio de curso está siendo muy duro... ¿Dónde has estado?

—Con mi «querido» *manager* —respondo con ironía; Eimy sonríe—. Ha firmado un contrato con Gladis, pero no me ha gustado ninguna de las canciones que ha presentado. Tengo que modificar alguna. ¿Tienes sueño?

—No.

—Estupendo. Acompáñame a cenar algo y luego revisaremos las letras.

—¿¡No has cenado todavía!?! —Niego divertido por su tono en plan madre. Se levanta y me señala la puerta con el dedo—. A la cocina ahora mismo, jovencito.

Estoy tentado de decirle que ya comí algo con Luz y su prima, pero prefiero ahorrármelo, pues no me apetece meter a Luz en nuestras conversaciones.

* * *

Cuando bajo a desayunar, mi hermano y Katt ya están en la cocina preparando café mientras Natty hace unas tostadas, pero a Eimy no la veo por ningún lado.

—¿Y Eimy?

—Buenos días a ti también —me dice Aiden ganándose una mirada de reproche por mi parte.

—Buenas. ¿Y bien?

—Ha quedado a desayunar con Gonzalo —me contesta Natty—. ¿Te preparo un par de tostadas?

La miro sin saber qué decir y supongo que con cara de perro, porque mi querido hermano no para de mirarme intentando leer mis emociones.

—¿Qué? —le digo cuando no soporto más su escrutinio.

—Nada, nada... —Disimula y mira a Katt, que le sonríe con intención.

—¡Oh! Dejaos ya de miraditas cómplices y decidme qué narices estáis pensando.

—Nada, salvo que Gonzalo y Eimy hacen buena pareja —dice Katt. Aiden se aguanta una risita y me enfurezco más.

—Sí, maravillosa —digo con una falsa sonrisa.

Ambos me miran en silencio. Me ponen tan nervioso que decido desayunar en otro sitio, uno donde no haya personas que traten de ver en mí algo que no hay. ¿Acaso se creen que soy tonto, que no sé que están intentando averiguar si me molesta que Eimy se vaya con otro que no sea yo? Es el colmo.

Llego a la universidad y, tras aparcar, voy a la cafetería a tomarme un café bien cargado. Anoche terminamos tarde de repasar las letras. Eimy me dijo que tenía la impresión de que estaban mal hechas aposta, pues, aunque Gladis no es santo de su devoción, había compuesto canciones mucho mejores que esas. Yo no sé qué pensar, pero, si es así, pronto lo averiguaré.

Al entrar, me paro en seco al ver en una de las mesas a Gonzalo y Eimy desayunando solos, separados de los demás. Desde aquí no escucho su conversación, pero Eimy se ríe por algo que le ha dicho Gonzalo y parece feliz..., demasiado feliz, maldita sea. Me molesta mucho que disfrute tanto de su compañía y me hace sentir algo que hasta ahora nunca he experimentado, pero que no hay duda de que son celos. Y aunque una parte de mí quiere creer que se debe a que temo perderla como amiga, otra me dice: «¿Acaso no eres tú el que dice que no eres tonto? Pues lo pareces». Y sí, tal vez ahora mismo me esté comportando como un tonto, pero prefiero eso a detenerme a analizar nada, porque hacerlo puede ser desastroso para mí y para nuestra amistad.

Así que hago lo único que se me ocurre en este momento: acercarme a saludar.

—Hola, chicos. —Eimy me mira con una gran sonrisa. Me siento a su lado y doy un trago de su café—. Buf, demasiada leche.

—Buenos días. Y ya sabes que el café no me gusta muy fuerte.

—¿Por qué no te compras un café a tu gusto y dejas de gorronearle a Eimy? Desde luego, ten amigos para esto.

Eimy sonrío a Gonzalo por su comentario.

—Tienes razón. Ahora vuelvo —mascullo.

Me pido un café bien cargado y algo de bollería. Cuando regreso a la mesa, por desgracia, Luz y su prima Olga se han sentado al lado de Gonzalo y Eimy se está levantando.

—¿Dónde vas? —le pregunto cuando llego junto a ellos.

—Yo... he... Quería ir a la biblioteca antes de clase para mirar unas cosas. Nos vemos luego.

Y sin que pueda leer sus emociones se va, prácticamente corriendo. Dejo el desayuno en la mesa y salgo andando tras ella, pero antes de que la alcance la prima de Luz se me adelanta, la coge del brazo y le dice:

—Te acompaño.

Miro extrañado a Olga y luego a Eimy. ¿Es que se conocen?

—Bueno..., está bien —responde Eimy un poco azorada. Olga me mira sonriente y explica:

—Eimy y yo nos conocemos hace tiempo, de cuando ella se fue a vivir con sus tíos. Íbamos al mismo instituto y nos llevábamos muy bien, ¿verdad?

Y sin más, Olga le pasa una mano por el brazo y se lleva fuera de la cafetería a Eimy, que me mira por encima del hombro y me sonrío, como pidiéndome disculpas por irse con ella y dejarme allí. Olga se ríe, como si Eimy hubiera dicho algo gracioso.

—Déjalas —me dice Luz—. Olga me ha hablado muy bien de Eimy. Dice que era una chica tímida. Le repateaba que la gente se metiera con ella, pero no pudo hacer nada por evitarlo.

—Ya.

—Te he traído el desayuno. —Me sonrío cariñosa.

Miro una vez más hacia la puerta por donde ha salido Eimy y luego vuelvo a la mesa con Luz. No sé por qué, tengo la sensación de que algo se me escapa, pero decido olvidarme de ello. Debo dejar de ser tan paranoico y permitir que Eimy coja confianza y se relacione con otra gente. No puedo ver enemigos por todas partes.

En el descanso, sin embargo, voy a ver a Eimy. Al asomarme a la puerta, veo a Olga con sus amigas sentadas cerca de Eimy, que parece relajada recogiendo sus cosas y no da muestras de que se estén metiendo con ella. Cuando se levanta y me ve en la puerta, se acerca y me sonrío como solo ella sabe hacerlo.

—Oh, hola, Jack —dice Olga viniendo hacia nosotros—. Eimy me ha invitado a comer un día en vuestra casa. ¿A que es genial? —Me coge del brazo, pero me aparto y miro a Eimy extrañado; esta asiente.

—Bien, entonces ya te veré —respondo.

—Vamos, Eimy, tenemos que ir a nuestra siguiente clase.

Las veo alejarse juntas por el pasillo. Voy a buscar a Gonzalo y lo encuentro hablando con una joven muy bonita que se lo come con los ojos.

—Me gustaría hablar contigo... si no molesto —le digo sonriente mirando a la joven.

—No, no molestas. Nos vemos luego, Clara.

La chica se despide de nosotros y se va. Empezamos a andar.

—¿Qué ocurre? Si es sobre Eimy, estate tranquilo, solo quedamos de vez en cuando y no hacemos nada malo.

—No es sobre eso, aunque ya sabes que como le hagas daño, te mato, y no estoy de broma —respondo serio. Evito decirle que como la toque íntimamente también lo haré, pues esto me cuesta más reconocérmelo. Prefiero creer que solo son amigos.

—No voy a hacerle daño, es una buena chica. Y ahora dime qué te preocupa.

—¿Qué opinas de Olga?

Alza los hombros.

—Es rara, pero parece inofensiva. Eimy la conoce de antes.

—Lo sé. Hoy han ido juntas a estudiar a la biblioteca.

—No es que sean íntimas, pero se saludan y hablan. No he visto nada raro.

Me quedo más tranquilo después de oír eso. Me suena el móvil; me despido de Gonzalo para contestar. Es Harrison. Me llama para decirme que ha estado hablando con Gladis de las canciones.

—Supongo que habrás tenido tacto y no le habrás dicho lo que me parecían.

—¡Pues claro! ¿Por quién me tomas? —responde con suficiencia como si fuera una pregunta estúpida, pero sé que me está mintiendo. Si no fuera el mejor, hace tiempo que habría roto mi contrato con él.

—A lo que iba —continúa—. Te espero en mi casa cuando salgas de clase; Gladis va a venir a comer. Se ha ofrecido a arreglar las canciones los dos juntos, ya que es su letra la que vas a retocar.

Pienso en lo que me dijo Eimy: que Gladis solo quería que grabáramos una canción para pasar más tiempo conmigo.

—No sé si podré...

—No hay excusas, te espero aquí. —Y cuelga. ¡Maldita sea! Estoy hasta las narices de sus desplantes. Me hierve la sangre.

Furioso, me dirijo a mi siguiente clase. Por el pasillo, veo a Eimy caminando en dirección contraria con un libro entre las manos y, sin que se dé cuenta, me pongo en su camino adrede para que se choque conmigo.

—Uy, perdón... ¡Jack! —Me sonrío y mi enfado se esfuma como por arte de magia. Ella siempre ha sido mi calma tras la tormenta.

—Parece ser que tenías razón con lo de Gladis. Se ha ofrecido para que revisemos las letras juntos.

—¿Ves?, te lo dije. Eres todo un rompecorazones.

—Pues conmigo no tiene nada que hacer.

—Sí, claro, como es tan fea la pobre... Reconócelo, es del tipo de mujeres con las que te han relacionado siempre...

—No es mi tipo —niego. Eimy se queda un poco asombrada por la dureza con la que lo he dicho—. Perdona. Es que odio que me manipulen y mi *manager* lo hace últimamente a menudo.

—Siento oír eso. ¿Puedo hacer algo por ti?

Me lo pienso y digo lo que me apetece.

—Cenar esta noche conmigo en tu cuarto o en el mío y ver algún programa absurdo de televisión.

—Me parece genial. Mejor en tu cuarto, tu tele es más grande.

—Y mi cama también. —Se sonroja—. ¿No me digas que te da vergüenza a estas alturas compartir cama conmigo?

Me pega de broma. La acompaño a su siguiente clase. Me despido de ella y quedamos en vernos luego en casa, pues hoy no coinciden nuestros horarios para vernos en la cafetería a media mañana.

* * *

Me empiezo a desesperar cuando a Gladis no le gusta ninguno de los cambios que le propongo. Luz no anda lejos, lo mismo que su prima Olga; parece que no tienen nada mejor que hacer que estar pululando a nuestro alrededor mientras trabajamos.

Me levanto, harto ya de tanta tontería. Gladis me mira intrigada con sus grandes ojos marrones.

—¿Qué haces?

—Lo siento, tengo cosas mejores que hacer.

—Pero no hemos acabado... ¡No puedes irte!

—Sí que puedo. Además, diga lo que diga te parecerá mal. Haz con tus canciones lo que te dé la gana.

Me doy la vuelta para irme, pero Gladis tira de mi mano.

—Perdona..., lo cierto es que varias de tus ideas son muy buenas. ¿Podemos intentarlo otra vez?

Harrison aparece en la puerta del estudio al oírnos discutir.

—¿Qué pasa aquí? ¿A dónde crees que vas? —me pregunta Harrison muy serio, dejándome claro que ni se me ocurra marcharme. «Capullo.»

—Nada.

Gladis salta contenta mientras que yo estoy cada vez más furioso por dentro. Estoy cansado de todo esto. Últimamente la música ya no me llena tanto como antes, siento que me falta algo, ya no disfruto cuando subo al escenario. Cansado y deseando acabar lo antes posible, me vuelvo a sentar.

* * *

Son cerca de las once de la noche cuando llego a casa. Al final he cenado con Harrison y las chicas. Lo único positivo es que ya hemos escrito la canción; así me ahorro tener que repetir esto de nuevo. Harrison me ha informado antes de irme que este viernes darán una fiesta en su casa y que ya nos ha enviado una invitación a mi hermano y a mí. Odio estas fiestas. Si por mí fuera, no iría a ninguna, pero son buenas para el negocio que regenta Aiden.

Al abrir la puerta de mi cuarto veo que la tele está encendida y Eimy, en mi cama. Que me haya esperado para hacer lo que habíamos planeado hace que algo crezca en mi pecho, una emoción que solo ella es capaz de producir. Cuando me acerco, me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Apago la tele y la observo. Lleva un pijama de pantalón largo sencillo y una camiseta de manga corta, y el pelo rubio trigo suelto se extiende por la almohada. Mis ojos se dirigen inconscientemente a sus labios. Unos labios entreabiertos que parecen pedir un beso... ¿De dónde ha salido ese pensamiento? Contrariado, me voy hacia atrás y decido cambiarme de ropa en el baño y prepararme para acostarme. Cuando vuelvo, arropo a Eimy sin que se despierte; no sé como puede tener un sueño tan profundo. Me meto a su lado y la acerco a mí. En cuanto deja caer la cabeza sobre mi pecho y me abraza, sé que esta noche me será imposible dormir. Y, sin embargo, no hay otro lugar en el que quiera estar. Solo en sus brazos encuentro paz. Siempre fue así. Desde niño siempre he sabido que ella me completa de una forma que no lo hace nada ni nadie.

* * *

—¿Jack?

Me despierto confuso y enseguida entrecierro los ojos, cegado por la luz del amanecer que entra por la ventana. «Mierda, anoche se me olvidó bajar las persianas.»

—Jack, ¿qué hacemos durmiendo juntos?

Eimy me lo pregunta sin levantarse de mi pecho y eso me gusta. La abrazo, pues no quiero que se aparte.

—Calla y sigue durmiendo, aún queda un rato de sueño.

—Sí, ya...

Sonrío. Acaricio su espalda y noto como se estremece. Lo vuelvo a hacer y otro escalofrío la recorre entera. Estoy tentado de hacerlo una tercera vez cuando se aparta como si quemara.

—¡Si mis padres se enteran de que no he dormido en mi cama, me matan!

Y sin más, se levanta de un bote de la cama y sale del cuarto. Miro la puerta por donde se ha ido, serio y pensativo. Mis ganas de acariciarla poco tenían que ver con la amistad, lo reconozco, pero me cuesta mucho refrenar estos impulsos. Cuanto más cerca estoy de Eimy, cuanto más hago lo que deseo con ella, más desconcertado estoy por mis sentimientos y por lo que ella despierta en mí.

CAPÍTULO 13



EIMY

Contemplo el jardín de rosas desde mi «nuevo estudio».

Estamos a viernes. Esta semana ha sido rara. Jack no ha parado en casa y en la universidad le he estado evitando porque está siempre con Luz. Las veces que su mirada se ha cruzado con la mía le he sonreído, para decirle sin palabras que todo está bien... Pero no lo está. Odio verle con ella y noto que esto me está acercando más a Gonzalo, que curiosamente aparece siempre que lo necesito. Lo cierto es que me cae muy bien: me siento muy a gusto en su compañía y le he cogido cariño, pero no siento nada por él más allá de la amistad.

He salido con Katt y Allie alguna tarde a tomar café o de compras. Mi armario cada vez tiene más cosas nuevas y, como en la universidad todos vamos con uniforme, me crea menos ansiedad dejar de lado lo conocido e ir cambiando poco a poco mi imagen.

Los ratos libres que he podido escaparme he venido a la casa antigua. El otro día descubrí una pequeña habitación con una mesa que, pese al polvo, estaba muy bien conservada y desde la que se ve el inmenso jardín de rosas. Me gustó tanto la vista que la he adecentado para cuando estoy aquí. Como ahora. Mis padres creen que cuando cojo el coche voy a estudiar a la biblioteca de la ciudad, pero en realidad es aquí donde paso las horas. Incluso he comprado algunas cosas en el centro comercial para acondicionar este lugar y hacer mi estancia más cómoda. Tengo algo de comida y bolsas de patatas en una alacena, he puesto algunos cojines en el alféizar para sentarme a mirar el jardín y me he traído algunos libros que he colocado en una estantería.

He estado explorando la casa estos días y la parte que sigue en pie es sólida. La que está destruida no sé si fue debido a un incendio o a una bomba, pues está quemada en muchas zonas. Es una lástima. Muchas veces he temido que los dueños se den cuenta de que he allanado su propiedad y me metan una multa, pero, viendo el deterioro de la finca, no creo que nadie venga con frecuencia por aquí.

Me gusta este sitio, la soledad que se respira entre sus paredes me calma, aquí me siento libre. Además, en casa suelen estar Luz y Olga cuando está Jack y eso lo odio. Por ahora Olga ha cumplido su palabra de dejarme en paz mientras no me cruce en su camino y por suerte sus amigas —o perritos falderos, según se mire— no han vuelto a hacerme comentarios desagradables. Todos creen que somos amigas y que nos llevamos bien y lo prefiero así. No me apetece entrar en guerra con ella. Lo que está claro es que le gusta Jack, porque lo persigue con Luz por toda la universidad. Son muy raras las dos. A Luz no

parece importarle que su prima se interese por el chico que a ella le gusta, pero, si cualquier otra estudiante lo mira, le pone mala cara. No sé como Jack las soporta.

Por otro lado, Jack y yo no hemos vuelto a dormir juntos. Afortunadamente. Porque la otra noche, cuando llegó tan tarde y me hice la dormida para estar a su lado, no pegué ojo en toda la noche. Solo era consciente de él, de su cercanía y de lo dichosa que me sentía entre sus brazos. Casi no dormí, pero, como siempre me pasa cuando estoy con Jack, todo es perfecto.

Jack anda muy liado últimamente, pero siempre saca tiempo para mandarme un mensaje y preguntarme cómo voy, o para colarse por mi ventana y preguntarme qué tal me ha ido el día. Lo malo es que, aunque me duela reconocerlo, algo ha cambiado entre los dos. A veces le sorprendo observándome serio, desconcertado, y luego sonrío, pero hay algo en sus ojos que empaña su mirada y no sé qué puede ser. Incluso he llegado a preguntarme si en verdad no tiene tanto trabajo y solo es una excusa para evitarme. Los dos nos empeñamos en hacer como si no pasara nada, pero se puede palpar la tensión que hay entre nosotros y eso me entristece. Tal vez lo único que sucede es que cada vez lo amo más y que me cuesta un mundo aceptar que, mientras yo estoy pensando en él, él está deshaciéndose en besos con Luz.

Me acerco a la ventana y me siento en el alféizar a contemplar cómo el sol cae sobre el valle de rosales. Las velas que he puesto en los candelabros, como antiguamente, no son suficientes para iluminarme y no estoy tan loca como para quedarme aquí sola por la noche. Sé que tengo que regresar. Si alargo el momento es solo porque no quiero ver a Jack irse a la fiesta con Luz...

No. No puedo ser una cobarde. Volveré y, si aún no se ha ido, le despediré y le desearé que se lo pase bien.

Media hora después, aparco el coche en el garaje y voy hacia la cocina. Mi madre, al verme, me da un beso. Estoy a punto de preguntarle si ya se ha ido Jack cuando este entra por la puerta vestido para la fiesta. Nuestros ojos se encuentran y me cuesta tragar por lo guapo que va vestido con ese traje negro, la camisa blanca, con los dos botones de arriba desabrochados, y la pajarita deshecha de forma casual. Está tan increíble que creo que me quedo unos segundos mirándolo con la boca abierta.

—Hola —le digo temiendo parecer tonta y, sonrojada, aparto la mirada. Mi madre se va dejándonos solos.

—¿Qué tal en la biblioteca?

—Bien.

Jack alza mi cara y me limpia la mejilla.

—Tenías polvo. El sitio donde estudias está un poco sucio, ¿no?

—Sí, un poco, la verdad —me callo sin saber qué más decir, pues no me apetece hablarle de la mansión abandonada.

—No quiero ir a esa tediosa fiesta —me reconoce sin dejar de acariciarme.

Estoy tentada de decirle que no lo haga, precisamente porque deseo que esta caricia no termine nunca... Pero cuando recuerdo que va a casa de Luz, me doy la vuelta y me apoyo en la encimera. El cristal de la ventana muestra la oscuridad del jardín, haciendo que me vea reflejada en él al lado de Jack, que me mira serio.

—Pásalo bien con Luz... —consigo decir.

—Es solo una amiga. —Alza una mano y la deja en el aire. Como si no supiera si abrazarme o no, finalmente no lo hace. Agacho la cabeza, dolida: hace años no hubiera dudado.

Me vuelvo sonriente, pero muerta de dolor por dentro, porque ahora tengo claro que algo ha cambiado entre los dos, y le digo:

—Disfruta.

—Eimy... —empieza a decir Jack con la mandíbula tensa, pero se interrumpe cuando Gonzalo aparece en la cocina y toca la puerta para hacerse notar.

—Buenas noches, ¿molesto?

Aliviada, me separo de Jack y voy hacia Gonzalo para saludarlo. No ha podido ser más oportuno, ahora mismo es mi salvavidas. Y mi excusa para no pensar en Jack.

—¿Tienes planes? Pensaba invitarte a cenar —me dice.

—Perfecto. —Me vuelvo para mirar a Jack con una gran sonrisa en el rostro—. Nos vemos mañana, pásalo bien.

Le guiño un ojo y, tras coger a Gonzalo de la mano, me marcho con él hacia mi lado de la casa. Nunca me he alegrado tanto de vivir en una zona apartada de la mansión; así puedo entrar y salir sin tener que cruzarme con Jack.

JACK

Miro la pista de baile sin muchas ganas y luego, por enésima vez, mi reloj de pulsera. No sé cuánto tiempo más tenemos que estar aquí. Si aguanto es solo por Aiden, porque en estos bailes puede hablar de negocios con algunos inversores y estrechar nuevos lazos con sus amigos.

—¿Qué te pasa? —me dice Albert poniéndose a mi lado—. Hoy tienes peor cara que yo.

—Pues ya es decir —le respondo aceptando la copa que me ha traído—. No soporto estas fiestas.

—Dime algo que no sepa. Lo que te pregunto es: ¿qué te sucede hoy, aparte de no soportar estas fiestas?

—Estoy un poco agobiado con el trabajo, nada más.

Mi hermano Albert me mira tratando de evaluar si le he dicho la verdad o no, y finalmente asiente. No quiero contarle que no sé qué me pasa con Eimy, que cada vez que la tengo cerca me muero por acariciarla, por tocarla, y que desde que volvió me he descubierto más de una vez mirando sus labios y preguntándome a qué saben. Y ni mucho menos reconoceré ante él, ni ante nadie, lo que me repatea que Gonzalo parezca interesado en ella. Por eso la evito, para no sentir, pero me duele estar así con ella. No sé qué camino debo tomar ni qué hacer para eliminar esta tensión que hay entre los dos.

Luz se acerca a mí sonriente, dejando claro que desea estar conmigo, a ser posible en la intimidad. Lo puedo leer en sus ojos.

—Os dejo a solas. —Albert se va tras saludar con un gesto de cabeza a Luz.

—¿Me concede este baile, caballero? —bromea ella, haciendo una reverencia.

—No me apetece bailar. —Doy un trago a mi copa y la dejo sobre la bandeja de un camarero que pasa en ese momento por nuestro lado.

—Vamos, no seas soso. —Me pone una mano en el pecho. La aparto suavemente, pero con firmeza.

—He dicho que no.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —me pregunta molesta.

—Que no quiere bailar contigo, sino conmigo —dice su prima Olga.

«La que faltaba.» Me paso la mano por el pelo, tenso. «Tengo que salir de aquí.»

Aiden se acerca con Katt del brazo como si hubiera notado que estoy a punto de perder los nervios. Todo sería más fácil si no estuviera constantemente pensando en qué estarán haciendo Gonzalo y Eimy ahora mismo. De repente, me asalta una idea. ¿Y si se están besando? No, imposible. Gonzalo no es el tipo de Eimy... ¿Y yo cómo puedo saberlo, si Eimy no ha salido con nadie?

—¿Qué tal, chicas? —les pregunta Katt a Luz y Olga. Y, sin esperar a que respondan, tira de mí hacia la pista de baile y les dice—: Me llevo a mi cuñado a bailar.

La sigo de mala gana. Cualquier cosa con tal de huir de Luz y Olga.

—¿Qué te pasa?

—¿Tú también con eso? —Katt alza las cejas por mi tono duro de voz—. Lo siento. Es que odio estas fiestas.

—Ya somos dos...

—Sí, pero tú puedes sobrellevarlas porque solo tienes ojos para Aiden.

Katt sonrío con picardía.

—Es cierto. Ahí me has pillado.

La pieza termina y la acompaño de vuelta con mi hermano. Sin embargo, Luz se acerca y me intercepta en medio de la pista de baile. No puedo rechazarla, por lo que al

final bailo con ella sin ganas.

—No sé qué demonios te ocurre. ¿Es por esa tonta de Gladis? No la soporto. No ha dejado de comerte con los ojos. Está claro cuáles son sus intenciones.

—Entre otras cosas —admito.

—Bueno, te lo paso, pero a cambio me debes una sonrisa. —Luz se muestra cándida conmigo como no lo hace con nadie. Por eso, y solo por eso, sigo siendo su amigo.

—Otro día.

Ella me sonrío, para hacerme saber que le basta con esa promesa.

* * *

Me cuelo en el cuarto de Eimy por la ventana. Acabamos de llegar de la fiesta. Aiden y Katt se han ido a su habitación; estaban tan pendientes el uno del otro que ni se han dado cuenta de que me he escabullido por la cocina para salir al jardín y escalar el árbol hasta la habitación de Eimy.

Ya en el interior, espero a que mis ojos se acostumbren a la penumbra antes de ir hacia su cama. Me da la sensación de que no está. Enciendo la lámpara de la mesita de noche y me trago una maldición. No ha vuelto todavía. Inquieto, saco mi móvil del bolsillo mientras un sinnúmero de imágenes de lo que puede estar haciendo con Gonzalo pasan por mi cabeza a toda velocidad. Me tiembla tanto la mano por la rabia que me cuesta buscar su número en la agenda.

Escucho abrirse la puerta y, al alzar la vista, veo entrar a Eimy, que se queda sorprendida por encontrarme aquí.

—¡Jack! —Cierra la puerta y mira su reloj—. ¿Llevas mucho esperándome?

La observo con los ojos entrecerrados mientras se acerca, buscando indicios de si ha estado íntimamente con Gonzalo. Eimy pone mala cara por mi escrutinio. Desde luego, no tiene los labios enrojecidos porque la haya besado... Por Dios, ¿qué me pasa? Enfurecido por lo posesivo que me siento con ella, voy hacia el balcón.

—Me alegra que estés bien. Nos vemos mañana.

Me marcho sin darme la vuelta cuando me llama. Cruzo a zancadas el jardín, maldiciéndome por estos celos irracionales. Es ridículo.

Me encierro en mi estudio y me pongo a dar vueltas por él como una fiera enjaulada. Mientras lo hago, me quito la chaqueta y la pajarita y las lanzo con rabia hacia el sofá. Necesito sacar estos sentimientos fuera de mí, así que me siento al piano y dejo que mis manos los transformen en música.

Tus labios son un fruto prohibido
que me promete un paraíso desconocido.

Tu cuerpo me llama desatando mi locura
y esta pasión me lleva a la amargura.
Quiero explorar cada rincón de tu cuerpo con mis besos,
quedar atrapado en tus curvas y no ser más que un preso.
Niña, di que sí o para de tentarme,
para que este loco deseo deje de atormentarme.
Porque siento que sin ti, me moriría.
Porque siento que sin ti, no habrá luz en mis días.

Leo lo que he escrito hasta ahora y, enfurecido, arrugo la letra, la tiro contra la pared y hundo la cabeza en mis manos. Tengo que detener esta locura. Solo somos amigos, solo la quiero como amiga... Pero mientras me lo repito una y otra vez para convencerme, una voz en mi interior se ríe y me dice: «Ya, claro».

EIMY

Miro el libro sin ver. No consigo concentrarme en nada, como me lleva pasando toda la semana. A ojos de todos estoy genial. Por suerte, al ser tímida, no esperan de mí que hable más de lo que lo hago normalmente. Desde que Jack entró el viernes en mi cuarto y me dirigió aquella mirada tan dura, como si yo tuviera la culpa de su existencia, casi no hemos hablado. Solo me pregunta si todo va bien, yo le sonrío y le digo que genial, y parece que, con eso, sobra. Además, a la hora del almuerzo me vengo a estudiar aquí, a la biblioteca, y me traigo un sándwich de casa. No me apetece comer con Jack y sus «amiguitas inseparables», Luz y Olga.

Me da rabia que todo se haya reducido a esto entre Jack y yo. Es como si al vernos ambos recordáramos de golpe lo felices que éramos de niños y cuánto han cambiado las cosas. Hemos tratado de ser los de antes, pero no puede ser. Ese tiempo quedó atrás.

Dejo caer la cabeza sobre el libro. Al poco, alguien me acaricia la nuca. Alzo la vista deseando que sea Jack, pero a quien veo es a Gonzalo.

—Te noto un poco agobiada —dice sentándose a mi lado.

—No lo sabes tú bien.

Me sonrío con esa sonrisa suya que vuelve locas a las chicas de media universidad. Es muy guapo, y simpático, pero yo no siento nada por él. Solo le veo como amigo.

Gonzalo me acaricia la mejilla desconcertándome; me sobresalto.

—¿Tienes planes para esta noche? ¿Vas a ir a la fiesta?

Me sube un escalofrío y contesto:

—Ni loca.

Aiden va a dar una fiesta en casa y me ha invitado, para que me presente en sociedad como la duquesa de Eternalrose, pero le he dicho que no. No he querido pensar en mi título en todo este tiempo y ahora mismo no tengo ganas de centrarme en otro problema más.

—Entonces, te invito a cenar... ¿Te apetece?

Por un momento, me parece ver un destello de duda en sus ojos. Le digo que sí, pues esa idea me gusta más que la de espiar lo que sucede en el salón de baile desde las ventanas del jardín —cosa que no sería la primera vez que hiciera.

Nos quedamos estudiando un rato hasta que llega la hora de ir a la siguiente clase. Al salir de la biblioteca, noto que alguien me observa. Aunque no suelo hacerlo, esta vez sí busco de quién se trata y mis ojos se cruzan con los de Jack, que me observa de forma tensa y seria. Le sonrío como si nada a modo de saludo, aunque me esté muriendo por dentro por su hostilidad hacia mí. Y tampoco ayuda que Luz esté a su lado. Seguro que esta noche pasarán la velada juntos.

Herida, me vuelvo hacia Gonzalo e intento sonreírle, ignorando cómo mi corazón se rompe a pedacitos a cada paso que doy.

Sigo las clases como puedo y, cuando finalizan, Gonzalo me espera en la puerta. Estamos saliendo del edificio cuando me toma la mano y me hace detenerme.

—Me gusta estar contigo —me dice de repente y le sonrío dejando claro que a mí también—, pero es algo más que amistad. —Mi corazón late por lo que prevé que va a pasar a continuación—. Me gustaría intentar una relación contigo..., creo que puedo llegar a quererte.

Mis ojos se agrandan, mi respiración se acelera. Todo desaparece. No sé qué decir. Es la primera vez que un chico me dice algo así. Es patético que en diecinueve años esta sea la primera declaración romántica que recibo y es por eso por lo que me quedo tan impactada. Por eso y porque no sé qué decir para no perder a Gonzalo como amigo.

Él sonrío y me toma la mano para darle un beso en la palma.

—Respóndeme esta noche. Te recogeré a las ocho. Nos vemos. —Se vuelve y se choca con Jack. Por su fría expresión, sé que lo ha escuchado todo—. ¡Eh! Hola, Jack, nos vemos.

Gonzalo se aleja, como siempre, ignorando el mal humor de Jack.

—¿Qué vas a responderle?

—No te importa —le digo con la misma frialdad con la que él me pregunta. Atrás quedan las falsas sonrisas. Esta amistad se ha ido a la mierda, es hora de que lo acepte.

Jack da un paso hacia mí. Está furioso, sus ojos son puro hielo. Finalmente maldice y se marcha hacia su coche dejándome de piedra. Katt y Allie se acercan a mí.

—¿Qué narices le pasa a mi cuñadito?

—Que es el mayor idiota que conozco —les digo incapaz de callar más.

—¡Oh!..., problemas en el paraíso —dice Allie a Katt; esta asiente—. Plan de emergencia. Nos vamos de comida y luego de compras. Sesión de chicas.

Intento negarme, pero no me dan oportunidad. Primero pasamos por casa de Allie para que se cambie de ropa y luego a la nuestra. Me pongo unos vaqueros y una camiseta de media manga, sencilla; no tengo ganas de arreglarme más.

Mis ojos van hacia nuestras fotos juntos cuando éramos pequeños: tan felices, ajenos a que cuando creciéramos ya no sería igual, que la realidad se interpondría entre los dos... Los ojos se me llenan de lágrimas. No debí haber vuelto. Ver como se rompe nuestra amistad es muy doloroso.

—¿Vamos? —me dice Katt desde la puerta de mi habitación. Asiento secándome las lágrimas y voy tras ella.

* * *

Me pongo unos pendientes un poquito largos que me ha regalado Allie y me miro al espejo. Mis ojos siguen tristes. No tengo ganas de salir con Gonzalo, de decirle que no siento nada por él. Es curioso, en un mismo día voy a perder a mis dos mejores amigos, porque dudo que todo siga igual entre Gonzalo y yo cuando le responda que no. Al final voy a tener que darle la razón a Jack cuando dice que el amor lo complica todo.

Oh, Jack... Solo pensar en él me duele.

Estoy cogiendo una chaqueta vaquera, pues ya empieza a refrescar por las noches, cuando tocan a la puerta. Alzo la vista deseando que sea Jack, que haya venido para pedirme perdón por ser tan idiota... Pero quien entra es mi primo Liam, que me saluda sonriente cuando le digo que pase, pero, en cuanto me ve, frunce el ceño, preocupado. ¿Tan mala cara tengo?

—¿Qué pasa, Eimy? —Se acerca y pone sus manos sobre mis hombros. Es tal la calidez que percibo en sus palabras que me abrazo a él. Liam me acaricia la espalda y deja que lo estreche con fuerza —. Tranquila, peque, estoy contigo.

Liam espera paciente a que me tranquilice. Cuando se me pasa este momento de debilidad, me separo. Sus ojos verdes me observan, a la espera de que le responda. Le digo lo único que puedo decir en voz alta:

—Gonzalo me ha pedido una oportunidad para ser algo más...

—Y a ti no te gusta —adivina. Niego— y no sabes cómo decírselo para poder seguir siendo amigos.

Asiento.

Se deja caer en el sofá y me hace un gesto para que me siente a su lado. Mientras lo hago, me fijo en que lleva un elegante traje de chaqueta de fiesta. Liam toma mis manos entre las suyas.

—Es posible que al principio vuestra amistad se resienta, pero con el paso de los días, él mismo verá que no se pueden forzar las cosas y que es mejor así. Dale tiempo.

Suspiro.

—¿Por qué el amor es tan complicado?

Liam me sonrío con cariño.

—Eso lo dices porque aún no has encontrado a la persona que está destinada a ti.

Agacho la mirada, pues la idea de que un día pueda amar a alguien que no sea Jack y dejar de sentir este dolor en el pecho me resulta atractiva..., pero ahora la veo imposible.

—O tal vez ya la hayas encontrado. —Alzo la mirada—. Jack.

Niego con la cabeza, dolida.

—Solo somos amigos. —«Ojalá», pienso, pero los problemas de uno en uno.

—El tiempo lo dirá.

No digo nada.

—Gracias por escucharme. Mis problemas deben de parecerte tonterías...

—Tus problemas nunca serán tonterías para mí. Somos de la familia. —Asiento. Tocan a la puerta. Es Gonzalo, tan guapo como siempre. Liam me da dos besos y aprovecha para decirme al oído—: Ánimo, primita. La verdad, siempre por delante. No se puede forzar lo que no está destinado a pasar.

Nos levantamos del sofá y Liam saluda brevemente a Gonzalo y se marcha. Me acerco a Gonzalo, que me da dos besos. Sería tan fácil sentir algo por él... Le conozco lo suficiente para saber que me haría feliz, pero yo no elijo a quién amar.

Salimos de mi habitación. Por suerte, aún no han llegado los invitados a la fiesta, solo Liam y Elen, que están hablando con mis padres. Me despido de todos y vamos hacia la puerta principal. Antes de abrirla, miro la sala de baile, que está a mi izquierda: las luces de las lámparas hacen que el pulido mármol del suelo, de color salmón, brille con intensidad. Me imagino, como siempre he hecho, bailando con Jack en medio de un corro de gente importante... Otro sueño que se rompe.

Gonzalo me abre la puerta de entrada y la mantiene para que pase, pero algo me hace volverme hacia la escalera central. Jack baja por ella vestido para esta noche y su gélida mirada azul está clavada en mí. Le sostengo la mirada y, sin poder contenerme, le digo sin emitir sonido alguno, solo moviendo los labios, lo que siento ahora mismo por él.

—Te odio.

Gonzalo no se ha percatado de nada, pero Jack se tensa, como si mis susurradas palabras le hubieran llegado alto y claro.

Me vuelvo y salgo de la casa, sabiendo que todo ha cambiado para siempre y no hay vuelta atrás.

—¿Eimy?

Levanto la vista de mi helado derretido. Después de cenar hemos venido a la heladería de Elen a tomar algo.

—Creo que es hora de que acepte que tu forma de comportarte es suficiente respuesta —me dice Gonzalo con una triste sonrisa.

—Lo siento, yo...

Coge mi mano y la acaricia.

—En esta vida hay que correr riesgos y sabía el que corría cuando te propuse dar un paso más. Aun así, quería intentarlo. No te sientas mal por no sentir lo mismo que yo. No estoy enamorado de ti, pero sí me gustas bastante. Creí que eran buenos cimientos para empezar una relación, pero también lo son para seguir siendo buenos amigos.

Me cae una lágrima por la mejilla; Gonzalo me la seca.

—Te mereces a la mejor mujer del mundo. —Sonríe—. Alguien mejor que yo.

—Tú eres mejor de lo que crees. Tal vez un día te des cuenta de todo lo que tienes que mostrar al mundo. Eres divertida, inteligente, ocurrente..., tienes muchos valores que te empeñas en ocultar por miedo a que la gente te rechace.

—Duele mucho cuando descubres que la gente no te entiende.

—No todo el mundo es igual.

Tiene razón, pero cuesta olvidar de un plumazo años de esconderme en la seguridad de mi timidez.

—Será mejor que te lleve a casa, no parece tener muchas ganas de estar aquí.

—Yo...

—No pasa nada. Solo espero que podamos seguir siendo amigos y que esto no estropee nuestra amistad.

Sonrío, relajada por primera vez en toda la noche.

—Por mi parte, sigue todo igual.

No tardamos en llegar a mi casa. Gonzalo se queda dentro del coche, pues en la entrada hay varios invitados a la fiesta que han salido a los jardines.

—Yo... —No sé qué decirle, me acerco a él y le abrazo. Gonzalo me abraza con fuerza—. Sé que hubiera sido feliz a tu lado.

—Lo serás... como amiga. Estoy bien, no te preocupes.

Bajo del coche y, tras decirle adiós con la mano, me dirijo hacia la casa por la parte trasera, para no pasar por la puerta principal. Sin embargo, cuando estoy sacando las

llaves, dudo si entrar o no. A mis oídos llegan los ecos de la música de la fiesta y, poseída por un deseo que sé que solo me hará daño, bordeo los parterres en dirección a las ventanas del salón de baile.

Llego a una de las grandes cristaleras y veo a los invitados hablando en grupos y algunos bailando. Sé que por ser hija de mi padre pertenezco a ese mundo, un mundo que para mí está a años luz. No siento que encaje en él.

Recorro con la vista la sala y no tardo en ver a Jack, tan guapo como siempre y con esos ojos gélidos que ignoro por qué están así. De repente, como si me presintiera, gira la cabeza y mira hacia donde estoy. Inconscientemente doy un paso hacia atrás, como para esconderme de él. Decido ir a la fuente que hay en el centro del jardín; por suerte no hay nadie en esta parte de la casa.

Me siento en el borde y paso la mano por las frías aguas, tan frías como siento el corazón ahora mismo ante la mirada de Jack. Lo veo tan lejos de mí, tan inalcanzable... Cuando vivía con mis tíos estaba la distancia física, pero no sentía este abismo entre los dos. Una parte de mí quiere abordarle y preguntarle qué le pasa; otra tiene miedo de lo que me pueda contestar.

Escucho pasos sobre la grava que hay alrededor de la fuente y me levanto temiendo que sea un invitado.

—¿Le has dicho que sí? —Me vuelvo para enfrentarme a Jack, que me mira muy serio y tenso.

Me enfado.

—¿A ti qué te importa? ¡Como si vengo de montármelo con él! Es mi problema —le digo retadora, cansada ya de todo esto.

No estoy preparada para lo que sucede a continuación.

Jack camina los pocos metros que nos separan y me coge entre sus brazos para alzarme hasta su boca, que me espera hambrienta. Siento sus cálidos labios sobre los míos. Me cuesta reaccionar, pero lo hago, pues tal vez sea el único beso que pueda darle. Sus labios acarician los míos y mi boca le sigue. El beso se torna desesperado. Tiemblo entre sus brazos y alzo mi mano para acariciar su pelo, para acercarlo más a mí. No quiero que este instante termine nunca y Jack tampoco parece querer ponerle final. Su lengua me acaricia y gimo entre sus labios por el placer...

Mi gemido hace que Jack sea consciente de la situación y se separe, provocando que el frío de la noche me golpee y su distanciamiento casi me duela físicamente.

—Yo no... —balbucea.

Está impactado; peor aún, arrepentido. Incapaz de escuchar de él una vaga excusa para justificar su comportamiento, salgo corriendo hacia mi habitación y me sumerjo entre las mantas de la cama. Tiemblo y en el fondo sé que esperaba que él me siguiera.

¿De verdad me ha besado? Ha sido tan raro que el placer de ver satisfecho mi deseo se entremezcla con la pesadilla por las consecuencias que eso pueda tener. Sé que Jack

solo lo ha hecho porque siente celos de Gonzalo y tiene miedo de perderme como amiga, pero me temo que este beso ha acabado por destrozar lo poco que quedaba de nuestra amistad. ¡Dios, por qué todo es tan difícil!

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi marido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir un pequeño teatro y con doce escribía poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho años cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito teregalounlibro.com, que cuenta con un millón y medio de visitas, en la actualidad sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora: «La única batalla que se pierde es la que se abandona».

Logros

* **Nominada a los premios DAMA 14** a mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.

* **Nominada a los premios DAMA 15** a mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.

* **Ganadora de los premios Avenida 15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica 2015 con *Por siempre tú*.

* **Numero 1 en ebook en Amazon.es, Amazon.com e iTunes, y play store** con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009; Editorial Ambar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones junio-julio de 2016) y *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016).

Antologías

150 rosa Editorial Divalentis.

Libro de relatos de VI RA.

Venus de Nowevolution.

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen X

Mi error fue ser sólo tu vecina. Parte I (12/12/16)

Mi error fue ser sólo tu vecina. Parte II (27/12/16)

Serie Mi error

Mi error fue ser solo tu mejor amiga. Parte I

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Petrenko Andriy / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16200-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Aura tira los tacones y echa a volar

Alexandra Roma

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori